



# José Vicente Abreu

TOMA MI LANZA BAÑADA DE PLATA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200  
BATALLA DE  
CARABOBO

**José Vicente Abreu** Periodista y escritor apureño nacido en 1927. Su lucha contra Pérez Jiménez le costó seis años en las cárceles de Guasina, Sacupana y Ciudad Bolívar. Tras ser expulsado a México en 1957, regresó apenas cayó la dictadura y se unió a la lucha contra el puntofijismo. Participó en el Carupanazo y volvió a la cárcel y al exilio. Autor de la emblemática novela *Se llamaba S.N.*, escribió también *Manifiesto de Guasina* (1959), *Rómulo Gallegos: ideas educativas en La Alborada* (1977), *Guasina donde el río perdió las 7 estrellas* (1985), entre otras obras.

« *Batalla de Carabobo* (detalle).

Martín Tovar y Tovar 1888. Marouflage.

Plafón de la cúpula del Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo, Caracas.



**12**

**Toma mi lanza bañada de plata**

JOSÉ VICENTE ABREU



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**





# Toma mi lanza bañada de plata

JOSÉ VICENTE ABREU





# Índice

13	I
55	II
77	III
93	IV
107	V
161	VI



*A mis hijos:*

*Juan José*

*Manuel Vicente*

*José Agustín*

*Amanda Beatriz*

*Usa Marina*



|

---

Cuando Braulio Fernández y yo nos encontramos, veníamos de la guerra. Pero yo estaba cansado de caminar en el sol sin trabajo. Venía sudado, hediendo a sebos y gorduras extrañas, sin el espíritu de la guerra. Presentía seguimientos, emboscadas en las esquinas, voces de arresto, me sentía sospechoso y perdonado al mismo tiempo. Y me cubría con un pañuelo esa cara de sin trabajo que es el primer escalón de la muerte. Desadaptado, torpe ante unos miedos que apenas sospechaba —a cada paso entre vidrieras y gente apresurada—, quería volver a casa a buscar la pistola para sentirme de nuevo el dueño de la tierra.

Braulio estaba sentado en su banco predilecto de la Plaza Bolívar. Meditaba, escupía, entrecerraba los ojos para oír mejor las lejanías de la historia patria: andaba entre caballerías y voces de mando cuando me descubrió a su lado:

—Siéntate, muchacho —dijo—, ¿de dónde vienes?

Casi le respondo con la ansiedad automática de quien busca trabajo (iba de puerta en puerta y decía a antiguos conocidos que buscaba trabajo).

Me había encontrado y olido animales muertos en los basureros que se exhiben en las calles: reconstruía el vientre purulento de un gato, de una rata, de un feto cortado con hojillas. Me enfermaron dos amigos que me enloquecían con sus preguntas sobre mis hazañas —brindaban cervezas insignificantes, intrascendentes,

fuera de peligro para que les dijera qué había sentido tantas veces frente a la muerte—, y me escapé cuando dije que iba al baño.

Aníbal era policía ahora y me siguió dos cuadras sin pacificación, desapareció cuando me devolví a enfrentarlo.

Apresuré el paso. Me sentía sospechoso de un policía uniformado frente a una tienda grande, extranjera como todas las tiendas y con grandes facilidades de pago como todas las tiendas.

Descubrí una puta en pantalones calientes; tomaba un taxi con la precisión y la maestría de entrar a la cama. No me guiñó, no me hizo señas, no me silbó su desesperanza: ya estoy viejo.

Me aturdía el ruido de los carros, los gritos, los colores de las blusas de las muchachas, las piernas de las minifaldas, las camisas transparentes: ese sexo de ahora que se lanza a la conquista sin temor, con una expresión nueva para mí. Nosotros estábamos en la guerra mientras el mundo siguió. ¿Qué les importó nuestra guerra? El mundo sigue e inventa nuevos colores, nuevas muchachas y muchachos y es más importante el ocio que la guerra (eso que nosotros, exagerándolo todo, llamamos guerra).

Braulio me dijo que no podía venir de la guerra así:

—Porque uno es y se hace respetar como hombre... cuando sobrevives y te impones a la muerte... Y dices patria solamente en lugar de tu nombre para identificarte... y la sientes ardiente, propicia en su nacimiento bajo los pies. Entonces eres potente y altivo... y el caballo se te caracolea sólo en las ventanas de las muchachas para sentirte embraguetado caballero que buscó y fabricó la esperanza (la esperanza, para la que no encuentro una palabra buena cuando quiero expresar que una cosa ya no es esperanza porque la tienes real y verdadera bajo los pies). No se viene con miedo de la guerra, muchacho.

Uno viene así de la guerra y sólo es un fantasma. Apenas es un hombre que sobrevive a la muerte. De la guerra no se regresa a buscar trabajo...

—Porque te sobra...



Tú no buscas. Tú das. Te nacen amigos nuevos, parentescos, infancias sin recuerdos, viejos nexos inverosímiles, casas solariegas o escudos de armas si eres blanco o bachaco y un compadrazgo de agua que tú no entiendes. (Y él, Braulio, solamente Braul o Liooo distante del grito del general Bermúdez, y, Fernández o Hermano para el comandante Torrealba... sabía por experiencia propia, que muchos de ellos cuando regresaban a sus pueblos — ya empezando a crecer en la patria recién nacida y enguerrillada—, después de guerrear como Dios manda... no había mucho trabajo, pero siempre quedaba el recurso de convertirse en matarife, carnicero, pesero o cachapeador de hierros con un cuerno caliente —para vender los cueros después de enterrar la carne. Porque solo se sabe matar animales en la paz y ya no encuentras otra cosa para clavar tu lanza que la nuca de los animales //cuando el Dr. José M. Vargas, dueño de la pulpería de El Zamuro y autor del zamurito helado no aceptó los bonos de tierra de Torrealba en empeño, tomamos las botellas en nombre del Libertador. Entonces Páez nos quería enviar al Perú porque levantamos la espada contra un científico. ¿Quién era el Dr. Vargas para nosotros? Un extraño que debíamos someter a la ley que inventamos: nosotros podíamos bebernos los bonos de tierra que inventó el Libertador en la Independencia, cuando nadie quería pelear).

Entonces Braulio dijo con su voz de explorador, de avanzada, de punta, de vanguardia, con un dolor que yo no puedo describir:

—Tú no vienes de la guerra, muchacho...

(Otra vez se me manifestaron las frustraciones del sin trabajo: si un anciano me dice que no vengo de la guerra, ¿hay que matar al anciano para demostrarle mi guerra? ¿Acaso la única es su guerra? Pero cuando llego a una oficina donde antes me halagaban con expresiones de admiración para mi hueca vanidad, y digo:

—Doctor, se acabó la guerra y yo busco trabajo... comprendo a Braulio en la respuesta negativa del doctor).

Yo no vengo de la guerra o es mentira mi guerra. Y me avergüenzo mientras él, Braulio, se sirve un trago para proclamar que no bebe realmente (beber es

militar: guerra sin bebida es guerra perdida, dice. Al menos así lo afirma mi general Bermúdez. Y agrega lentamente: yo lo hice dos o tres veces en campaña. El general Bermúdez decía a su ayudante que le diera la mañana a Braulio para aclararle la vista y despejar garganta, mente y madrugada de las sombras del sueño medio muerto que no sirve en la guerra. Porque no se puede guerrear en la oscuridad de uno mismo o eres hombre muerto. O se te hunde la patria en la tierra, en el caballo, en los anhelos en tus propios huesos. Y preferible aclarar la vista con el frasco de anisado de Antonio, y morir hartó y ardiente, que ciego y confiado en la oscuridad redonda de tu andanza.

—Era bueno el anisado de Antonio. Tan bueno que me hacía ver donde los demás no veían. Y me adelantaba leguas que los demás no podían adelantar y en eso confiaba mi general Bermúdez).

Bebió, escupió en el piso de la Plaza Bolívar, oyó unas voces distantes confundidas con las campanas de la Catedral y me dictó un largo monólogo que no debería olvidar nunca si acaso me iba a la guerra otra vez:

—Esta es una ley: uno va a la guerra sin beber y regresa bebiendo. Necesitas quemarte por dentro los restos de la muerte que te quedan. Y la soledad de verte en la normalidad de un toro que cae sin nuca bajo la lanza o la bayoneta. Y la muerte no te abandona nunca. No se va, no te permite evasiones. No sé si los muchachos de ahora lo han logrado con las drogas. Se bebe por tantas cosas insoportables, que uno se acostumbra en la fantasía de unos borrachos historiadores que todos los días esperan otra de las versiones difíciles de tu hazaña. Vuelves a la guerra y a la muerte cuando bebes. Vuelves a ser héroe con tus catorce a caballo, mediomuertos y ansiosos detrás del anisado que anima y te hace inventar recuerdos —para los boquiabiertos— cuando falla la memoria. Uno vuelve a la guerra borracho, hijodeputa, criminal, embustero, vagabundo, inventor de heroísmos. Y cuando ya no inventas nada, le tomas

prestadas sus hazañas a Torrealba, a Rondón, a Páez y hasta a Bobes\*, que ya están muertos y no cobran mucho rédito.

Y mientras más bebes, eres más embustero.

Después de un largo silencio de cortos monosílabos, suspiros y exclamaciones que no entiendo, me toma una mano para decir muy triste:

—Escondido de uno mismo cuando mira el sol, entre sombras, huyendo de la luz. Extraño, raro en medio de la gente normal, con ese temor permanente de regresar al hogar, con celos de los hijos. No puedes hacer la paz con esos miedos insoportables de los sintrabajo. Y tampoco puedes reconocer a un poderoso que niega el trabajo y el pan.

—Si me niegan el derecho al trabajo y al pan... entonces yo no vengo de la guerra... o estamos en guerra otra vez...

(Porque la ley soy yo, vergajo. Te di el derecho a vivir bajo techo y a comer después de una plegaria. Y a tener un comercio de mierda donde son tan importantes tus ratas como tus ambiciones. A mí no me puedes dejar fuera de tus números: yo traigo un despacho del Libertador donde me quiere como ayudante en el Perú //un despacho que quemo borracho un día porque no me gustan las señoritas del respeto limeño//. La ley me da derecho a que esta retaguardia de la muerte no me acepte ni me rechace, sino que me respete: somos Torrealba y yo los hacedores. Inventamos la patria en los campos de batalla, en la sed de nuestros caballos cansados, ¿no podemos inventar una ley?).

—Uno busca un artículo de la ley y la hace valer, porque te tienen que respetar como hombre que es lo menos y lo más de la circunstancia (busca-trabajo, triste-pañuelo-grasiento, lleno-de-sol, cara-perdida, peldaño-sucio, despojo-de-la- muerte). Tú llegas de la guerra así y hasta la mujer te dice:

—¿De dónde vienes, Braulio?... ¿De la guerra?

---

[\*]\_ El autor se apega a la forma original del apellido de Boves, en cuya partida de bautismo aparece como “José Tomás Millan, hijo legítimo de Manuel Rodríguez de Bobes, natural de Oviedo, y de Manuela de la Iglesia” (N. del E).

Y si no has dejado atrás todo lo que es menester, le pintas los canales o el caballo del escudo del sable en las espaldas para que la pobre comprenda. Luego te vas a guerrear a los botiquines y posadas, donde siempre hay arrieros que te oyen, te dan un trago o te apuestan un macho de quinientos pesos y colorado contra tu lanza bañada de plata que trajo Morillo para que nosotros la cubriéramos de sangre.

—Tú no debes perder tu lanza... pero allí están los riesgos cara a cara y apenas te dejan acular a la pared, y juegas, para llegar a la casa montado en un macho de quinientos pesos y colorado.

(Y la mujer se queda quieta en su rincón de las ánimas y los santos, de los milagros y de los imposibles. Ese rincón que te hizo posible el regreso no solo por la punta de tus lanzas, sino por las oraciones. Y ella se queda allí porque no quiere guerrear con un hombre sin trabajo que solo sabe hacer la guerra y amenaza con irse hasta el Perú y hacerse de una buena mujer con voz de flauta, experta en pacificaciones, y no reclama ni regaña el hambre de los bolsillos vacíos. Y ella tiene que conformarse siempre con unos ojos en blanco, relampagueantes, cuando el hombre habla así, de irse al Perú y resignarse con un te comprendo mi amor, has regresado vivo que es lo importante. Y tú te calmas y te conformas con soportar esa guerra de no tener nada ni traer otra cosa a casa como no sean las miserias de la guerra).

Tú acaricias la lanza: ya no hay caballos ni caminos ni español que te impidan una vida en paz. Esa paz municipal de criar los hijos, atender los gallos, bautizar, sentarte en el lugar principal de la misa o visitar la tumba de Torrealba los días feriados. La mujer te ve triste cuando acaricias la lanza y la repasas en la piedra lentamente y se vuelve al rincón de los santos y llora:

— ¿Otra vez te quieres ir, Braulio?

—Esto como que necesita otra guerra —respondes, pero tomas un trago largo que pulverizas en el cuello rojo de tu galloflor).

Te quedas a hacer la guerra en casa. En los botiquines, en los bautizos, en los matrimonios de tus catorce, en sus reuniones de concejo municipal, en

la Semana Santa con el sepulcro que camina redoblado y donde los catorce y otros comerciantes montan guardia de honor con sus viejos sables y unos fusiles sacados de un parque, que se entierran otra vez después de las fiestas.

Tú empiezas a comprender que el sepulcro es propaganda del ebanista y el funerario, recién inventados. Ellos saben de la distinción de las maderas pulidas y de no enterrarte vivo o en cueros y sin música y caballos emplumados —aunque no eres músico ni militar ni policía ni torero, ni talabartero insigne en un país de caballos y caballeros de cotiza y garrasí. Y es entierro con música aunque no has inventado una batería de aguardientes y tampoco sabes nada del bombardino y el bajo de cobre que tiene vetas verdes en el interior de la garganta. Un bombardino y un bajo que siempre tocan los negros de más bamba en el pueblo. Un sepulcro que camina en hombros mecedores, redoblado, sonoro y rápido, violento y con paso de calambres de aguardientes de promesas moradas. Porque así era la diana de la patria. Mi general Bermúdez lo dijo un día: hay que distinguir nuestra diana de las dianas solemnes y mortales de España.

La diana tiene que ser bien repicada, cortadita, de trote, de carga de caballería... tan violenta que se pueda bailar...

Pero yo sabía que Bobes inventó la diana repicada, aquella de cantaba la pava que mandaba a ejecutar en los bailes, en los repartos de tierra y en los azotes.

Y como hablamos de música debemos establecer los orígenes: yo conocí al gitano que inventó el cuatro para violar los tiempos realistas, los armónicos de la guitarra grande, para decir en clave sus noticias del ejército enemigo. Con esa música que hizo vibrar a Alirio Díaz en sus años de muchacho, cuando aprendía inglés con el chingo Oleary —que no era chingo entonces ni lo fue nunca en vida, pero en Apure unos jóvenes antimperialistas le quebraron la nariz a la estatua con una llave inglesa cuando aparecieron los primeros bungalós de una compañía imperial—. Un gitano venía y cantaba con una guitarra grande una chacona y otro respondía con una guitarra pequeña siempre con noticias realistas o patriotas según las circunstancias. Fue un espionaje con música, aceptado por ambas partes (la guitarra pequeña de cuatro cuerdas se

explicaba porque escaseaban las cuerdas y las hacían de tendones de becerro o de tripas de jaguar, de morrocoy o de tapir. Porque también los animales se iban lejos por los montes huyendo de la guerra).

Los gitanos inventaron muchas cosas, pero su mejor invento fue Alirio Díaz.

Alirio quería aprender de un compositor inglés del ejército de Barinas y entonces se metió a la guerra también como tanto gitano. Tenía esos mismos ojos grandes de ahora. Y el Libertador lo distinguió con una misión y fue enviado a Londres para rastrear o traducir varios capítulos de Las Sabanas de Barinas que se habían perdido en los informes anónimos a su majestad —reina o rey—, que querían conservar en secreto, junto con la riqueza de que hablaba Sir Walter Raleigh. Generalmente eran ambiguos estos informes a su majestad para sembrar cierta confusión y evitar la rapiña inmediata de otros estados en América, libre ya de España, pero a merced de los imperios en formación o ya formados. Alirio conquistó a Europa. Se ha hecho de una merecida reputación. Pero aún sigue en la búsqueda de una música de la Independencia rica en los sonidos de la guerra.

De esa época solo quedamos Alirio y yo, porque hasta los gitanos se murieron.

Esos gitanos —inmortales en la fantasía de la infancia— jugaron un papel importante en la guerra de Independencia y en la civilización de García Márquez. Fueron grandes contrabandistas de armas y municiones. Ellos eran neutrales y cuando no había tiempo para limpiar el campo, entraban los gitanos en la noche y despojaban a los heridos de la vida y a los muertos de sus armas y pertenencias.

Los gitanos instalaron la primera fábrica de pólvora e inventaron de nuevo el acero azul y toledano de las corridas de toros. Fundían las espadas y las lanzas de los ventanales de hierro de Calabozo, y templaban el metal en pantanos manchados con sangre de gallo en un extraño ceremonial de invocaciones en una lengua de sonidos y gruñidos antiguos.

(Los gitanos inventaron la mujer delgada. Porque entonces las únicas mujeres que gustaban a los hombres eran las gordas y había poca variedad //me

gustas porque eres gorda, porque tus nervios son suaves entre lubricantes, porque la paz empieza con gorduras//. Había cierto gusto por la lentitud, por ese andar de bola con patas donde las nalgas se desplazan como una vieja campana de bronce. Eran tiempos de los eructos de báquiro y etcétera de los pulperos en sus ratos de ocio, al caer la modorra del almuerzo. Y esa prosperidad y esa salud que se medía en las panzas protuberantes de parturientas estériles. El amor y el apetito realizaban las combinaciones de la cópula. Aún éramos los primitivos que ligábamos el deseo al hambre de la guerra. Deseo de manteca, de lubricantes, de suavidades, porque la manteca rezumaba un almizcle de atracciones y compromisos //mientras más gorda eres, más te deseo. Porque la guerra nos lleva a tensiones que solo se calman en las suaves sedas de carnes acolchadas//. El hambre y el sexo juntos, tal vez porque las escrituras cristianas no se refieren a la grasa, a los vegetales, sino a la carne, la prohibida, la del ayuno. Y esto también lo comprendieron los gitanos piadosos cuando transformaron los gustos. Porque tampoco las escrituras hacen ninguna referencia a los huesos cuando establecen sus prohibiciones. Y por eso no era antirreglamentaria la mujer delgada. Y las gitanas para pescar un hombre —ya con la cintura delgada, en una etapa de transición— se cubrían de ropones enormes — falda sobre falda, hedor sobre hedor, color sobre color—, difíciles de desatar todas de una vez en la angustia y desesperación por llegar donde naturaleza manda).

No me atrevo a interrumpir a Braulio. Me dicta las Tablas de la Ley. Acaso Moisés —que sin duda era gitano—, ¿interrumpió el parlamento divino? Sin embargo, pensaba: es muy vieja la moda cingara. Y una muchacha pasó frente a nosotros vestida a la gitana con colores nuevos y Braulio la vio, la siguió con la vista, guardó un expresivo silencio y solamente escupió cuando desapareció detrás de la estatua del Libertador. Apenas dijo brevemente:

—¿Ahora como que han vuelto los gitanos?—. Son gitanas de medio pelo, Braulio...

Pero ya no le importan los gitanos y me dice: esta es otra ley de la guerra, muchacho...

En campaña siempre hay tiempo para la mujer. Ella, la pobre, está allá en casa con sus oraciones, sus santos, sus muchachos, los gallos y el conuco. Ella está en su guerra. Esa guerra difícil de la retaguardia de uno mismo. Se duerme con el rosario cuando duerme. En la vigilia, se incorpora de pronto porque muy cerca oyó los cascos de tu caballo, el zaino viejo que te llevaste un día. Sale y desde la puerta solo distingue las pequeñas luces de los ojos de los conejos en el camino. Y oye a la pavita que comienza a cantar su miedo en el bucare y hace siete cruces en el patio de la casa y se calla la pavita porque tú no estás muerto. Y el potro se asusta a medianoche. Y las gallinas tratan de cantar como gallo, dormidas. Y el cuchillo se cae al suelo con un sonido triste de sortija de compromiso. Y al fin oye lejos, pero oye, al aguaitacamino que siempre trae un perdido hasta la casa. Y cuando amanece le dice a los hijos:

—Ya va a venir... ya está en camino —y le dice al mayor que se pase todo el día en el árbol más alto del camino—. Si es polvo lo que ves, es él...

Y el mayor de los hijos se va al camino una semana larga de aguaitacamino hasta que le da hambre y está cansado de comer palomas.

—No viene, mamá...

—Si viene... mañana habrá luna nueva... (Y tú estás todavía en campaña. Pero se te llenan las verijas de temblores. Pierdes el apetito y la respiración cuando llegan los gitanos o hay un pueblo allí, a dos leguas. Se te cae la lanza y el caballo te extraña, cabecea y se pone duro de quijadas o pierde el paso y empiezas a temblar en los pulsos como cualquier amansapotros puñetero. El caballo sabe y es arisco y no baja la cabeza cuando descubre el freno entre tus manos //los soldados pelean por una muía renca y ciega que viene con la artillería y tú ya no les dices nada, y te haces el comandante ciego y sordo cuando se juegan a los dados la guardia entre las bestias... y hay que ponerle candados a las muías, y la situación es peligrosa entre soldados y oficiales porque los gitanos venden duplicados de las llaves//. El viento viene y da en la cara y ya no es el viento silencioso y simple, refrescante después de la jornada de sol y aire caliente, sino el viento sonoro, aquel de la canción, la



melodía del árbol de espigas a medio abrir que le dictan las canciones a los músicos. Es la frase ambigua del Zambo con voz de mujer y coraje de sol que se cree decidido ante el catire Braulio, sin barba bermeja y escogido entre los escogidos que se atreve a apostar su cuchillo gitano cachicuerno, de vaina de madera labrada o la vida por una mujer: la primera que encontremos en el campo).

—Te apuesto mi rucio, mi mozo y mi sirviente por el tordillo a que te parto la cara y el machete con mi lanza...

Y al Zambo se le llenan los ojos de sangre en dos mil vetas y se le oyen sonar las venas de la sien cuando se acula en las nalgas de su bestia para alargar la apuesta por una mujer, la primera que encontremos en el campo:

—Una vara de tabaco de mascar // de oreja pura, y en cartucho de bambú curado con café, agua bendita, y especias y buchets de buena suerte de Chagín por la primera que veamos...

Y todo se queda en nada cuando llega el general Bermúdez y ordena esperar hasta encontrar a Páez o a Rondón para probar quiénes son más gallos. Entonces te ganará Braulio, Zambo, porque sabe pelear...

Tienes un vidrio entre las piernas cuando el general Bermúdez te dice que le des el parte de El Consejo y recuerdas a Torrealba y tu hermano Ramón cucaracheando mujeres. Tú debías saber todo porque eras la imaginaria. Tú no tienes tiempo para las mujeres. Pero a la hora del mosca de Morales, aquella noche ella vino a decirte:

— Braulio, mi marido es mosca del general Morales y está dormido en mi cama. ¿Qué te parece, Braulio? Yo también soy de la patria.

De la patria: tuya. Un marido español o canario que no importa en la guerra a muerte porque ella no es ni español ni canario. Aunque le gustan catires como Braulio, porque son bachacos de la patria. Y ella le vio el caballo y esa cola larga hasta el suelo que borraba los pasos en el polvo. El mosca de Morales vino y se acostó con ella y le dijo que en San Juan de Payara descubrieron la fábrica de lanzas y Morillo afirmó que eran lanzas malas de un acero que se

quebraba como vidrio y no tomaba filo nunca. ¿Qué te parece, Braulio? Es el mosca de Morales y tiene un trabuco debajo de la almohada que arma una bayoneta cuando dispara. Es de bronce, con pólvora en un cuerno apureño labrado por los indios y en la guarnición de su sombrero trae las instrucciones. Los niños están dormidos y yo saqué el alcaraván de la casa...

—Y no lo despertará su canto cuando entres...

Y ella tenía las tetas olorosas, sudadas entre café, cebollas y claveles blancos, enormes de tulipanes: esos gigantes redondos y perfectos, untados de onoto y maíz en los pezones flojos, azul-violeta de las mamadas tristes, largas y solitarias de sus hijos. Y no sabes cómo explicarte ante el general Bermúdez ni recoger unas palabras más que se te salieron en el parte:

—Sí, mi general, son grandes sus tetas porque tiene cinco hijos que amamanta todavía. El mayor fuma tabaco y mientras descansa del humo, fuma en la teta... ella busca su norte.

—Tú le buscas el sur, Braulio...

—Su norte, su rumbo... la patria. Yo busqué la patria y la encontré, mi general, con usted...

—No me hables de rumbos, Braulio. Porque solo tú sabes de rumbos. La patria es la patria y una mujer se queda con cinco hijos en El Consejo y un retoño de libertad en el vientre.

Porque ya no puedes hablar de otra cosa que de la última mujer que has visto o imaginado. Y el caballo que todo lo entiende, camina a paso largo sin pedírsele y él mismo busca los desechos, evita los malos pasos, descubre las picas enemigas y no se espanta ante las cruces del camino.

Y vienes casi amaneciendo y receloso, con una mano hundida en la cañonera (donde reposa el trabuco de bronce del mosca de Morales), y la otra en el sable y el zaino ya sabe qué hacer aunque te falten manos para la lanza y las riendas. Hasta que oyes al muchachito llorón a media legua y no oyes al aguaitacamino, pero ves sus huellas en el polvo, marcado de cruces en zigzag de buen acontecimiento, como el Cid a la entrada de Burgos. Y te desmontas

agachado para caminar en la barriga del caballo, con el estribo bajo el brazo y los oídos tensos, pegados al alón de la coraza.

Siempre llevas en las verijas y en las alforjas —entre los dados de huesos de quijada de español o canario que dan suerte en las paradas, el aldabón, las cabuyas, los tacos de sisal, los anzuelos, las sueltas, el tabaco y el mentol—, un ropón de tocuyo cinturero y cuatro trompos finos, de menudito, que no se rajan nunca y dejan escamas en el suelo de la Semana Santa como los peces. Y extraño que ahora, en este instante, te olvides de acariciar la muñeca de trapo que te hizo el sirviente comenzándola por el culo.

(Le has dicho a tu hombre de confianza —que ahora es el Zambo—, son tres los muchachos y todos juegan trompo. Y les han roto la cara a los hijos del isleño con el clavo. Y hacen su guerra a muerte de trompo contra los niños, hijos de los godos. Y el Zambo discute con los demás catorce que él sabe tanto de trompos como de mujeres y distingue un menudito de un sietecueros. Y por eso te pide permiso para beber agua y llenar la bota, pero corta una rama de menudito, para los trompos que no se rajan en el llano. Cuando los termina, los pinta con túa-túa y quedan morados como nazarenos para estar en armonía con los santos. Luego les introduce un clavo de iglesia para partir a los demás con el poder del Espíritu Santo, amén. Y por eso le permites al Zambo sacar un clavo de la Catedral, que después funde en clavos redondos de trompos. Y lo dejas inventar el engaño del trompo que no se raja, que no se parte porque es el trompo de los libertadores.

—¿Tú has visto alguna vez un libertador, trompo o libertador que se raje?

Cuando es de iglesia, el clavo es un trompo-escama-pezc-celestial de los libertadores).

Le llevas, pues, a la mujer, el ropón y los hijos que te formó el caballo en las verijas para que ella siga su guerra, que no termina en la paz de uno y se prolonga después del armisticio solemne o de la patria que has traído en las huellas de los cascos de tu zaino.

La mujer no va a la guerra, pero se queda en ella siempre. Uno guerrea menos que la mujer. La casa misma es una guerra insoportable. Son los niños, es el fuego, los gaitas finos, la clueca y la vecina, el agua que debe buscar y los niños sin escuelas porque nadie quiere ser maestro todavía.

Y tú acaricias la lanza o el sable con deseos de volver a deshacerte de ese ruido de los niños que es totalmente distinto a los ruidos de la guerra. Al fin y al cabo, lo que buscas en la guerra ella no lo encuentra nunca. La guerra de las mujeres no concluye cuando al fin exclamas patria, aunque es ella la que la construye realmente en los gallos y en los hijos, en la tierra del conuco y en los becerros del corral. El papel de las mujeres en la guerra es muy importante. La paz de ellas es la guerra con Dios y los santos porque no te maten. Inventan y ruegan a viejos santos y ánimas nuevas, de la patria —ni españolas ni canarias—, por el regreso medio-muerto, medio-rencó, sin un brazo. Y verte allí, medio andar danzando en un mundo de echarle bendiciones a los hijos, a los sobrinos, a los ahijados y a los hijos de los muertos. Te sales entonces, en la mañana, con la franela rota y las ganas de pelear —de matar a un cristiano—, a echarle el maíz, las naranjas y el pimentón a los gallos de pelea que harán tu guerra en la gallera, a un jefe-civil tuerto y oportunista que perdió su ojo derecho en la cuerda de gallos y no en la guerra. Aunque con un aguardiente llega hasta Pichincha y con otros se incorpora a Ayacucho como ayudante de Sucre, que no quiso seguir por los Andes con ayudantes tuertos. Un jefe-civil que se emparenta con la mujer de Páez y que Páez deja allí porque le manda morrocayos a Valencia y cada cuatro meses seis salones de venado.

—Después me dejé de vainas y lo maté cuando Monagas. El primer Monagas que me hizo jefe-civil...

Pero eso fue después. Te hablo de la mujer en un pernocte que me dio mi general Bermúdez.

La mujer...

Eso lo entendimos en la patria, cuando hacíamos la guerra. De otra manera no se entiende. Se razona con cuatro tragos o se pierde la razón con diez. Ella está allí a la despedida. Y le levantas los vestidos delante de los hijos y los gallos porque te quieres llevar su sexo, su calor, sus almizcles y dejar la nostalgia de su carne. Lo sientes húmedo y caliente y los hijos comprenden cuando se van a correr tras el alcaraván y los perros. Ella se queda quieta y uno se va con una despedida de tragedia, de no volverse a ver, de un regresar sin nada entre las piernas porque todo se lo llevó una lanza enemiga o una bala de cañón. Tú quieres decirle solamente:

—Te dejo eso allí, no lo vomites...

Das vueltas alrededor de la casa. Sabes que falta un paral atrás, la lluvia ha lamido el barro y se ven los nervios de la paja de las paredes.

Le hablas de la guerra. De una yunta de bueyes y un toro de España, legítimo y de raza, aunque tú luchas contra España. Lo dejaste en manos de un compadre que ya no puede guerrear porque ha quedado manco. Le dices que el gallo que trajiste es de Puerto Rico y apenas toca tierra cuando pica. La camisa blanca es de Bobes y debe entregarla a la iglesia para que la usen de sudario. Y la bandera hay que hacerla así en tres colores que se mezclan al final —en el rojo— con la muerte. Y eso de la muerte no lo entiende ella cuando le dices lo del caballo solo, sin dueño, sin jinete, oliendo el viento en el campo desolado de jinetes muertos, y que se irá sin libertad, hasta encontrar en la sabana la madrina o nueva tropa que lo enrole. Y menos entiende si le hablas de las bondades del general Bermúdez cuando se sienta en un tronco a contemplar y pulir con sus dedos la cucaracha de oro de su esclavina. Esa cucaracha de oro confidente de tantas sentencias de muerte.

Pero te debes ir. Te quieres quedar con los gallos y los hijos. El caballo te mira y baja la cabeza para el freno cuando le llevas el maíz. Oyes muy lejos la artillería... todo te llama. Te dice:

—Aquí estamos, Braulio...

Y la mujer no se atreve a hablar para no oír tus últimas respuestas. Ella apenas suspira y te agarra las manos de más de dos docenas de muertos que ya no sienten las de ella. Eso fue allá en Chaguaramal de Mayorga, sin cines ni otra cosa para las mujeres que esperar a un hombre en la ventana. Y ella estaba allí cuando pasabas de dragón, en un caballo bayo cabos negros, en un alardoso paso de volatería, tan ceñido y trabado que sus patas se movían como si estuviera en sueltas todavía.

—Te acuerdas, Braulio...

Nos vimos en celajes: algo como la luz que atravesó el postigo. Y te bajas punteando las espuelas en el suelo de ladrillos. Y pides agua en esa casa. Y preguntas por tu madre —si ella vive en la misma casa. Si está en el pueblo tu hermano Ramón, que ya guerrea con la patria y tú eres realista. Y si han pasado los mantuanos recientemente —y ella no te habla pero te trae el agua en ese primer encuentro que culmina una semana después en la iglesia.

—¿Te acuerdas, Braulio?...

—Tráeme otra poquita de agua...

—Y la ves venir igual a aquella vez...

—Yo creo que para el invierno hemos terminado...

Porque te debes ir y dejarle la esperanza del hijo en el vientre y en los oídos. Y después sin tocarla, con la mirada en la frente, le dices:

—Cuídeseme y cuídemme los muchachitos y el gallo que son de raza. Porque no hemos terminado todavía. A veces pienso que no terminamos nunca, pero no busque otro hombre, yo volveré. Y que los hijos no pongan esa cara y crezcan: un día me los llevaré para la guerra si esto no termina. O si hay que hacer otra guerra...

Te dan ganas de abrazarla. Pero sólo le tocas el sexo con ternura y ella se queda quieta en esa soledad que ha empezado antes de tu partida. A los niños les echas la bendición con un signo de la cruz en el aire y les prometes volver para enseñarlos a leer y escribir, para que sean maestros de escuela después. Uno te da la lanza y otro, el trabuco de bronce del mosca de Morales; el más pequeño,

las alforjas, y la hembra, la capotera y el porsiacaso con carne de báquiroy que has cazado hace dos semanas.

Y tú te vas y piensas solamente en el hijo que le dejas en el vientre, que es lo justo en la guerra. Y se te alinean los hijos delante del caballo como una tropa sentimental que no puedes destrozar con tu lanza. Y se atreven a decirte que es hora de volver —ella no te lo ha dicho nunca—, que ya han vuelto en los alrededores otros hombres a quienes piden la bendición porque son de la patria también y han guerreado con él cuando todavía estaban completos. Y el hijo mayor, catire, flacucho y cometierra se te ofrece de tambor, de corneta — sabe tocar un cuerno—, de recogebalas, de andar por allí espía o buscar papeles de cartuchos, de mensajero, de tantas cosas que tú no lloras porque eres duro y terrible soldado de la patria. Pero te lo traes oreja gacha dos leguas largas para devolverlo polvoriento y lleno de remordimientos, porque deja a la madre y a los hermanos menores con todo el peso del conuco, de los gallos y de la retaguardia. Él todavía puede esperar y acompañar a la madre y cazar con el viejo arcabuz, que ya necesita otra chimenea, y te vas con la seguridad de dejarlo para que otro se lo lleve —realista o patriota— a la guerra. Donde siempre se comienza con una batalla contra el miedo con uno mismo.

—Es preferible que el hijo haga la guerra al lado de uno, muchacho...

Tú le puedes enseñar sin sangre todo lo que has aprendido en las cicatrices propias. Tú le puedes hacer los oídos y los ojos, las mañas de los caballos y de los hombres. Tú mismo le das los hábitos de partir al encuentro, y el lugar exacto de empuñar la lanza y el tiempo de maraquearla antes que la sangre te llegue a las manos. Tú lo enseñas a matar, aunque tu único compromiso con la naturaleza es enseñarlo a vivir. Tú tienes que convertir a tu hijo en criminal, en aparato terrible de la muerte. Apenas él sabe inventar o repetir cuentos de aparecidos bajo las estrellas. Sólo ha matado palomas, venados, gallinas, animales de la necesidad. Pero debes lograr que él mismo invente la muerte del hombre para sobrevivir. Y todo resulta difícil al principio, porque tú no piensas en ti

mismo como soldado, sino en los peligros que corre tu hijo o tu hermano en el combate. Vas al campo y no ves tu enemigo, sino el enemigo de tu hijo o de tu hermano. Y eso te puede costar la vida.

Así ocurrió con mi hermano Ramón, aunque ya éramos veteranos los dos, y a él lo hirieron por primera vez.

Fue difícil encontrarlo en la guerra, porque mi hermano guerreaba por la patria y yo guerreaba por la España. Nunca nos encontramos en combate frente a frente, pero esa no es una ley. Buena suerte y nada más. Siempre iba con el corazón encogido a revisar el campo después del combate. En cualquier momento podía encontrarme a mi hermano Ramón herido. Todavía no sé si mi deber de rematarlo se hubiese cumplido. Y así se lo decía siempre a Torrealba, cuando todavía éramos realistas.

Pero ya vas de regreso y has dejado atrás a la mujer, los gallos y los hijos. Mi general Bermúdez puede más. Te asaltan los deberes que a veces no entiendes, pero cumples. Y el regreso se te va caminando por las orejas de un camino que quieres desandar para dejarle otro hijo a la mujer, antes que te rematen si quedas malherido como ha dicho mi general Bermúdez tantas veces y yo mismo he ejecutado... Un regreso largo por las tantas veces que has vuelto en la imaginación, a tu mujer. Por lo cerca que presientes la lejanía de volver. Y comenzar de nuevo a acumular tiempo para ver otra vez a tu mujer, los gallos y los hijos.

Ese volver horrible al campamento. Vivaquear con el último recuerdo de su sexo. Oír a los heridos y a los muertos. Rematar, como ordena mi general Bermúdez. Apagar unas voces que todavía gimen y tienen sed. Esa sed del combate que no termina nunca.

Uno se duele y se muere mil veces con tanto lamento cuando no limpia el campo, ni remata, para quedarse en la vigilia de la muerte. Y no duermes después del combate. Uno oye: hermano Braulio, una poquita de agua... compadrito por su ahijado, por el sacramento, su comadre lo quiere y reza por usted... Braulio, no nos dejes solos, no estamos malheridos, solo son rasguños en las piernas



y los brazos. No hay que rematarnos —porque ellos también han rematado una y mil veces cuando han limpiado el campo anteriormente. Podemos caminar con poca cosa... yo solo estoy ciego, ¿dónde están? Sácame esta lanza de la espalda, ¿eso no fue lo que hablamos? Y un ayyy interminable que se confunde con la música de los perros, los grillos y los sapos. Solo los caballos están quietos, sudados y callados.

—Me duele mucho que me llamen. Hasta hace unos años me llamaban. Y yo gritaba en el chinchorro y mi mujer me decía con razón que eran remordimientos. Pero ya se callaron hace tiempo y estoy en paz. Antes bebía ron para no oírlos. ¿Tú no has oído nunca a los muertos? El ron es el mejor silenciador de muertos (pese a que Eduardo Gallegos Mancera, que fue médico, dice que el ron le da urticaria, pero nunca ha bebido).

Esa es una noche de grandes dolores. Nadie duerme. Se espera al enemigo. Cerrar los ojos y ver las lanzas enemigas es lo mismo. Vienen apretadas, codo con codo o caballo con caballo a chocar y producir la chispa seca de la muerte. Tú piensas en ti mismo, pero con los lamentos del campo. Y no quieres salir a auxiliar a los amigos, aullar como los perros o andar de grillo en grillo silbando en los oídos de la muerte. No te dejan salir porque casi siempre resulta una trampa del español que se simula herido y compadre. O tampoco sales porque no tienes voluntad para levantarte, tomar la lanza y saltar a la oscuridad de la muerte. Estás cansado, medio muerto, te has bebido el anisado de dormir, se te acabó el agua y tienes hambre. No te vas a mover aunque lo ordene tu general Bermúdez.

Uno quiere acabar con la lanza o la bayoneta aquello que no termina nunca y te hace pensar en la mujer. Y se te forma un largo camino que oyes en sueños en los cascos de los caballos con quejidos que van quedando atrás. Caminos de mil leguas en redondo porque había que dispersarlos antes de Carabobo: evitar todas las concentraciones de tropas enemigas y lograr que nos persiguieran a nosotros como tropa principal de la patria. Eso fue lo que nos dijo a los de su

confianza mi general Bermúdez. Morales debía seguirnos y por eso dejábamos rastros buenos y malos. Le decíamos:

—Aquí vamos...

Porque Morales debía descubrirnos, pero al mismo tiempo darle confianza de buen rastreador, de general de ejércitos que sabía procesar sus informaciones sin cometer errores.

Yo con mis catorce a caballo me adelantaba a los pueblos cercanos y hablaba de nuestra tropa numerosa. Y ordenaba raciones para seis mil hombres. Igual hacíamos en la requisa de caballos y ganado. Inflábamos las cuentas para el ejército español. Morales tenía que vérselas con nosotros, que éramos nadie ante sus nueve mil llaneros. Y siempre nos preguntamos, ¿cómo quedará el campo después de una confrontación con los nueve mil de Morales? Sería un campo de miles de hombres muertos.

(Siempre era, así: recoger a quienes se valieran por sus propios pies, de brazos y manos completos y rematar —realistas o patriotas— a los heridos graves que son impedimento en una tropa escasa, destinada a la distracción del enemigo. Como lo había ordenado el Libertador, el enemigo debía alargar sus comunicaciones, que fueran poco fluidas o que pudieran cortarse en los baches patrióticos capaces de interceptarlos. Por eso el enemigo debería descubrirnos en los mil vivaques falsos, que les diera la idea de muchos hombres cuando apenas éramos dos batallones escasos de dragones. Pero siempre pensé que cada uno de nuestros hombres valía por cinco de ellos. Igual lo han pensado ustedes en la fuerza que da la sobrestimación propia).

Trato de interrumpir a Braulio. Yo tenía una guerrilla en Apure que solo cumplía misiones de distracción (¿pero distracción de qué, muchacho? ¿Acaso concluirían en algo grande y definitivo, dentro de una estrategia?). Y lo difícil de ser señuelo y saberse carne de cañón y ocultarse para que te descubran en la exageración de los efectivos. Pero Braulio no me oía, aunque escupió y me miró a los ojos, incrédulo, en un sí lejano y anónimo (¿era una distracción por distracción, para descubrir si era posible?). Prosiguió:

Para nosotros, Carabobo era una incógnita. Pensamos en algo decisivo cuando Bermúdez nos dijo a los de su confianza que sería premiada la unidad que tomara Caracas antes del 12 de mayo. Y mandó a capilla a un teniente —que no fusiló cuando se lo pidió la tropa. El teniente sólo había dicho a su compañía:

—Muchachos, vamos a comernos las hallacas a Caracas... lo dijo mi general Bermúdez...

Y era secreto militar todavía. Y la sorpresa estaba en el secreto. Pero ese fusilamiento frustrado y esa voluntad de tomar Caracas te los contaré cuando te relate cómo llegamos Torrealba, yo y los demás a los campamentos de la patria. Déjame seguir:

Al iniciar la campaña de Caracas, Torrealba me llamó y me condujo, muy serio, hasta un recodo de un río que pasaba por allí. Quería hablarme a solas: somos hermanos y mutuamente nos hemos salvado la vida muchas veces. En ocasiones —cuando todavía éramos realistas—, él me llamaba así, muy serio, misterioso, duro, con grandes reservas, y siempre me exigía que le cantara canciones con mi cuatro, realistas o patriotas. Pero ahora recordaba la última vez que nos fuimos solos a un monte largo y oscuro de mosquitos y malezas, una noche, y hablamos bien de la patria cuando todavía éramos realistas. Yo pensaba mal esta vez: seguramente lo había atemorizado lo de la campaña de Caracas y me iba a proponer hacer la guerra por nuestra propia cuenta como habíamos soñado en la rara emoción de las conspiraciones. Torrealba ahora parecía contradictorio, inconforme, decidido a dar un paso hacia una profundidad desconocida. Tomó un tallo de hierba fresca y lo chupó. Me ofreció de su tabaco cuando lo arrancaba nerviosamente para masticarlo. Escupió lejos y me dijo:

—Tú sabes la ley de mi general Bermúdez. Es la misma ley que nosotros hemos cumplido a cabalidad, sin faltar en un pelo cuando éramos realistas. Yo no tengo miedo. Yo sé que eso es lo justo y correcto en cualquier lado. Si caigo, solo acepto tu remate. Si viene otro y tengo fuerzas todavía, si me queda un brazo con vida, el rematador será rematado. Te traigo aquí para que jures por

los muertos en este río: remátame cuando ya no pueda levantarme, cuando se me vean los ojos en la caída blanca de la muerte. Te pido que lo jures por la patria también. Eso te dolerá, pero tú sabes cómo hacerlo sin dolores para mí. Júralo, Braulio, hermano, por tantos que hemos rematado juntos...

Fijó los ojos en el río, en el retrato de mi rostro. Yo sé que me miraba allí en el río. Cantaban arroceros, cucaracheros y turupiales, pitaba una paraulata y el cristofué se bañaba con el signo de la cruz en el pico. Una rama derramaba su sombra entre nosotros dos. Yo no pensaba cumplir con mi deber, pero le dije:

—Por esta cruz —y besé la cruceta de mi lanza—, te remataré como Dios manda si tú prometes hacerlo conmigo en esa fiesta terrible de la muerte...

Torrealba no se inmutó. Demostraba la superioridad de un oficial que ya empezaba a tener una respuesta para todo:

—Tú andas con tus catorce muy lejos, en la punta, donde nadie te ve. Pero si caes cerca, lo haré... ese es mi deber, muchacho...

Nos abrazamos junto al río y nos prometimos la custodia de la mujer y los hijos. Yo tenía ganas de llorar. Pero Torrealba iba altivo a mi lado y me dijo que su sirviente había cazado un paují y esa era noche para comer juntos, ya que no estábamos en la época del curubujul.

Cuando regresamos al campamento, el Zambo me dijo al oído:

—¿Ustedes como que se van de la patria?

Y yo le rompí la pierna con la lanza. Y mi general Bermúdez no me castigó cuando le di el parte. Dijo simplemente:

—Cuando se cure, me le das dos carreras de baqueta a este vergajo...

(Yo no se lo discutí nunca a mi general Bermúdez. Tenía mi propia Ley en los catorce. Y muchas noches lo comentamos y lo discutimos entre nosotros:

—Somos la vanguardia escogida de los escogidos. De nosotros depende la vida de los demás. Ellos vienen ciegos y nosotros somos un avance de sus ojos en los caminos y los montes. Nadie debe caer vivo en manos del enemigo.

De igual manera te van a despellejar, te van a dejar los pies en carne viva para que camines a la cola de un caballo hasta el campamento, donde no habrá paz

ni en tus carnes ni en tus huesos ni en tu espíritu. Porque te van a exprimir la información en los dos limones de las bolas. O te someten a un cepo de pulgares y testículos con chopos entre los brazos, para arrancarte las posiciones o la lengua de un tirón que se te va garganta abajo hasta las cercanías del culo, llagado por las brasas. Por eso es preferible el silencio, la muerte en la que va la vida de los demás.

Así lo entendimos.

Y una vez me dijo el Zambo si no era mejor — ya rodeados— lancearnos entre nosotros mismos para dejarles sólo la respuesta callada de la muerte.

Nunca podría el enemigo con nosotros: éramos catorce, con las mejores armas, las bestias más prodigiosas y los ojos más abiertos de todo el ejército libertador. No había ni atajo ni camino capaz de ocultarnos sus secretos. Éramos los catorce de Bermúdez, los primeros en pisar patria en cada paso de nuestros caballos maliciosos.

¿Acaso ustedes eran los escogidos de los escogidos de la patria cuando se fueron a la guerra?).

Respondo tímidamente algo al azar para ganar tiempo. Pero Braulio no quiere oír. Ya está en el combate de Caracas y hace un signo con su lanza en una casa desde donde le disparan. Aprovecha los largos segundos que necesita el enemigo para cargar su arma de avancarga para hacer la marca en la casa, con la mala intención de volver. Porque el tiro solamente le tumbó el sombrero que lamentó en voz alta cuando lo recogió iracundo de los adoquines ensangrentados.

Entonces me dice solemne, con voz de recogimiento, arbitrario, superior, anciano decidor de consejos y sentencias, con toda la frente cubierta de arrugas, sudor e inteligencia (sus ojos viven y se llenan de luz que llega al negro vivo):

—Tú no vienes de la guerra, muchacho. Tú vienes de “la resta”. Como dijo mi general Bermúdez cuando huíamos de Caracas. Aquella vez que también le tumbaron el sombrero y recibió dos tiros en la vaina del sable, y le deformaron los ojos a la cucaracha de la esclavina, y le perforaron las piernas anchas del

pantalón y marcó el portón de la casa con el sable antes de partir en dos rolos al corneta —muchacho y lerdo—, que tocó reunión al centro cuando ya los teníamos a punta de lanza en la derrota. Todos fuimos al centro dejándonos perseguir por el enemigo y solo vimos cómo el sable dejó de brillar en dos mitades y lo carajeba, mientras el enemigo nos rodeaba y nos lanceaba a gusto. Liquidamos ciento y pico enemigos. Eso es la resta, cuando uno, derrotado, les cobra en combate su diezmo en vidas.

—Tú vienes de la resta. Eso lo vivimos también. ¿Cuántos restaron ustedes al enemigo o nunca lograron restar nada y se quedaron con las ganas de la frustración?

(Yo recogí el sombrero alón con un agujero en la copa porque apenas tuve tiempo de hurtar la cabeza. Y si no es así, me dan en la sien y me desflora el pañuelo de guarnición y el guardasudor y más abajo los huesos templados del campanario).

Fue terrible restarle ciento y pico al enemigo en Caracas. Y quedarse sin caballo o con un soldado al anca y el sirviente llorón amarrado a la cola como un novillo. Quedarse así: cortos de comida, de pólvora, de lanzas y sombreros, como si uno empezara a nacer en la escasez de la guerra. Porque te inicias desnudo, huérfano, llagoso, pero con la voluntad de mearle la cara a Fernando VII y a toda la familia real. La voluntad de vencer te hace recordar a un fernándo séptimo que no conoces y le quieres partir la cara para seguir. Y darle matica de café en el primer realista que encuentres y ponerle la comunión del pus de tus llagas en la boca y punzarle lentamente la barriga con tu lanza forrada en trapos o en cueros. Te dan ganas de prestarle la lanza a un muchacho recién llegado para que también aprenda a hundirla en el vientre de fernándo, séptimo cabrón de capitulaciones.

¡Cuánto hubiera dado yo por mearle la cara a fernándo séptimo aquella vez de la derrota!

(Yo presté mi lanza muchas veces. Y mi sombrero también. Nunca presté mi caballo porque es mi caballo, con las mañas que hemos inventado entre nosotros dos.

Tú tienes una lanza en la que encuentras la seguridad de su peso en su equilibrio entre asta y punta. Confías en los filos del hierro amolado y repasado mil veces con ternura en el grano fino de una piedra del Guárico que te ha traído el Zambo, hace un año del pernocte. Le tienes una cruceta fija en la hoja para que no se te pasen las tripas del español hasta la mano. Tú le has labrado el cabo del asta en donde insertas el cubo, en dividive o brasil, para que no se hinche en el agua, en la sangre o en los orines del cristiano. Has comenzado con ella en “palmera” y después fue “lengua de vaca” a los tres años, pero a los diez de guerra de tanto filo, ya es una “chivacoa”, “ñata”, “enana”, hasta que la destinás a la cintura y te procuras otra, ancha, de hierro grueso y tosco que otra vez comienza su proceso de desgaste con la guerra.

Tú tienes un arma así con la que has pasado tantas noches de Quijote en vela, a la espera del combate, entregado a ella en prolongadas caricias amantes. La abrazas, te detienes en el filo, le buscas unas muescas o mediaslunas que no existen, le besas la punta con cuidado de no perder unos pelos del bigote y haces la señal de la cruz antes de hundirla firmemente. Es tu ángel de la guarda y forma parte de las oraciones que dice tu mujer en su rincón solitario de los santos desvaídos que ya no son santos. Y esa arma, esa amada que te ha acompañado más que tu mujer en esta vida, se la das a un muchacho nuevo y catire con la confianza —más en la lanza, menos en el muchacho—, que quiere demostrarte algo: no sé qué a sus sueños y a una muchacha de Clarines, emparentada conmigo, por unos viejos nexos de Chaguaramal de Mayorga. Te quiere demostrar lo que tiene para sentirse pariente tuyo y digno pernocteador de una muchacha que ama en Clarines y le hace promesas de misas a las ánimas de la patria.

Y tú le das el corazón y tus amores en la lanza. Pero no le prestas el sombrero porque te has acostumbrado a meterle el dedo en el agujero de Caracas, aquel en la copa grande que te duele en la sien cuando recuerdas el tiro que por poco fue resta en tu cabeza. Y metes el dedo allí —en el agujero del sombrero— para sentirte vivo y completo más abajo, al tocar el pañuelo y la sien firme y dura, tostada por el sol.

Y el muchacho nuevo y catire se va con la magia de tu lanza y regresa en bestia nueva, con silla adornada de plata y los arreos de un húsar como bandera en la punta. Te regala la silla nueva y te devuelve la lanza manchada de sangre para que tú le escribas una carta a su novia con la muestra de buen patriota que merece su mano.

Entonces no te duele la sien en el agujero del sombrero. Y vuelves a la confianza de saberte vivo todavía cuando suspiras hondo y miras en la lejanía del sol la alegría de cabalgar la tierra).

Una campaña donde tan importante es el sombrero como la pólvora y la lanza si vas derrotado por un río o un camino que te llena de agua y lamentos los oídos. Se te hacen pesados los heridos, se te vuelve sangre la roncha del gusano de monte, se te cruzan los tábanos en los ojos, vienen pegones a fornicar en tu pelo, y el caballo no relincha, no levanta la cabeza y se espanta ante las cruces. Va más la bestia que tú mismo porque te has quedado atrás en la derrota y, sin embargo, sientes cómo se hunden los cascos en el fango. Ya no aguantas los heridos que te cortan el habla. Te dicen un testamento a caballo en sus delirios. Te piden besar la cruceta de la lanza antes del remate de cristos medio muertos. Y ya te dan ganas de dejarlos tendidos en el degüello injusto, pero necesario, de la guerra.

(Uno moja el sombrero y el pañuelo en el agua. Y los lamentos no se van en el agua fría. Ni te pasa el hambre con los tragos sonoros de un agua musical entre las piedras redondas, calvas y sin sombreros del cauce. Conoces exactamente la llaga que tiene el caballo del Zambo y el Zambo en la punta de la coraza de cuero curtido con dividive, y que se tiembla como una lámina de acero con el sol. Pero no dejas de oír los lamentos de los heridos en el río. No hay sino ayes y dolores y el agua sabe a sangre después, aunque vengas en la punta con tus catorce que la beben pura y sin sangre.

—Muchacho, malditos sean los lamentos. ¿Cómo podemos acabar con los lamentos en la guerra, sin acabarles la vida?

¿Tú has visto una guerra sin lamentos, sin dolores, sin heridos, sin moribundos encomendándose a Dios, las ánimas o los infiernos?



Sobre todo las ánimas que son invento criollo, fuera de santoral y bendición pontificia.

En silencio no se hace ni el amor que es lo más sencillo de la tierra //aunque lo más inhumano, por supuesto, en este mundo donde lo decente está en la guerra//.

El amor se llena de mentiras, de máscaras y policías que quieren arrancar las máscaras para quemarlas porque no pueden conservarlas ellos mismos en sus fierezas de encargo. En el amor, como debes comprender, hay variedad de sonidos musicales: sinfonías, misas en re, danzas del fuego y patéticas, que concluyen en las grandes calmas que siguen a las tempestades.

Los cuerpos en el amor solo se armonizan al final un instante. Pero ese instante no identifica. Los cuerpos se armonizan en el amor en el segundo de la muerte suprema, cuando se llega a la nada de la creación. Y eso quiere decir el Génesis con aquello incomprendible de la nada. Andar en la nada es andar en el paroxismo del amor. Aquella prolongación inconclusa siempre de las sectas religiosas moras, de los poetas del zéjel. El amor inacabado, el que no concluye y se prolonga en la eternidad de no terminar en la nada de la creación, ¿entiendes?

¿Me perdonas estas digresiones del amor que me apartan de todo y se me hacen universos? Pero no se puede hacer la guerra o hablar de la guerra sin amor. Sobre todo en este siglo signado por el love indiscreto, donde es más fácil hacer el amor que la guerra. Y donde se tienen que reclutar, en las huestes del amor, las nuevas tropas de la guerra. Porque con solamente amor, ni Cristo pudo variar el sistema).

Ahora se ilumina todo su rostro. Se levanta tambaleante y me toma por los hombros. Temo que se me pierda, se vaya lejos y no vuelva. Pero habla con vehemencia, en una voz ronca jadeante, fuera del tono anterior:

—Esta sociedad se va a morir, muchacho. Pero nadie ha inventado su muerte todavía. Cuando preguntas cómo liquidar esta sociedad todos responden con los proverbios bíblicos de esperar un mesías. Y así nacen profetas y profecías del siglo XX. Y lo cierto es que los mesías existen, llámense

Fidel Castro o sustancia de poder negro con todo el atraso que esto significa. Desde la Biblia nos sometemos al nacimiento de ellos (pero ningún mesías real llega al poder, muchacho. Allí están Cristo o Ché Guevara como ejemplos). ¿Acaso no debemos declarar desde ahora que los mesías existen, pero que no tenemos tiempo para esperarlos si queremos inventar la muerte de este sistema?

Esta sociedad está enferma, incurable, y hasta ahora no ha encontrado más que la medicina del amor vacío. Porque estamos en un mundo donde no satisface ni el amor. Amar hoy no es ni siquiera proyectarse en el futuro como especie.

La ley de Marx: cuando una sociedad agota sus posibilidades se muere, no se cumple, porque ya están agotadas hasta las posibilidades del amor, esa enajenación pequeña e insignificante de la sociedad, pero que lo llena todo.

Estamos, ante un mundo que solo ha descubierto —a la vista de todos— el sexo de los contrarios. Los jóvenes parecen decirse hoy: me amas un instante, el otro instante no me importa.

El amor atómico.

Esta sociedad atómica, que espera a cada instante la muerte, crea mecanismos para vivir solamente en fracciones de segundo, si ese es el tiempo que dan para vivir: en este momento pueden disparar los cohetes y todavía nos quedan unos ocho o doce minutos para amar o para yo contarte las tantas cosas que aprendí en la guerra, en la vejez de casi un siglo de fantasma y que ya me parece la eternidad.

(Yo soy viejo porque amo a mi mujer todavía y no tengo tiempo de amar a otras ni siquiera en la fantasía.

//el saludo secreto del hippy y muchos jóvenes del presente es una palabra cotidiana, real, que constituye parte importante del cuerpo y el alma, y tan antigua como el reino animal y vegetal: sexo.

Yo te digo sexo y tú tienes que sentir las convulsiones primitivas. Sexo significa: el tiempo está contado. Apresúrate, muchacho, no hay tiempo siquiera para las caricias, para deshacerme de las ropas, para un programa lento de

cópula o para identificarnos más en los sueños. Ya comenzó la cuenta regresiva para disparar los misiles o para que te reclame la sirena o el timbre del trabajo.

Todo está contabilizado. Porque te obligan a seguir construyendo, inventando, creando sin sosiego, sin los ocios de sentarte aquí en la Plaza Bolívar y comenzar a hurgar en uno mismo tratando de encontrar el alma humana, tus razones patrióticas o tus ideales. No hay tiempo: te apremia la cuenta de la computadora y la sirena, salió el autobús, te deja el avión: la velocidad es una lucha para liquidar etapas y liquidarte a ti mismo, o violar las leyes del tiempo. Ese maldito y enorme enemigo que urge en liquidar tu juventud lo antes posible, en nombre de ideales que te imponen los viejos.

Yo no puedo caminar ya en la tranquilidad de saludar lenta y ceremoniosamente con el sombrero.

Lo único que no viola las leyes del tiempo es la revolución. Rousseau, Montesquieu, Diderot nos dieron los elementos teóricos necesarios para hacer una revolución después de tres siglos de esclavitudes. Y Carlos Marx apenas conoció unos rudimentos de la energía moderna y no pudo prever esta velocidad en la cual se refocila la sociedad actual que no espera ninguna etapa de madurez o pudrición para abocarse a nuevos engendros. Estamos en el engendro. Todo apremia novedad, nacimientos, cuando la juventud se quiere convertir en estéril simplemente para sobrevivir una efímera existencia. Estamos en el siglo de las síntesis. Reduce en cópulas fugaces la sociedad. Inventa la píldora antirreproductiva, antifeto, antiaborto prohibido. La esterilidad es una de las más provechosas sobrevivencias del sistema. Todo debe quedar en la nada.

Hasta el lenguaje se reduce a un diccionario de símbolos insignificantes de la esterilidad. Sexo por sexo y nada más. Un día el saludo será sencillamente tocarse el sexo en lugar de las manos y se suprime una palabra más en el espíritu de confraternidad, de lealtad, de encuentro casual, de despedida. Ese día llegará. Pero entonces yo estaré caído, con mi cara de indio viejo, quizás entre los primeros hongos de la era postatómica, cuando ya no seremos ni siquiera sexos hambrientos y apresurados).

¿Debes admitir esta libertad que me tomo al analizar tu sociedad? Tú no puedes analizar la mía en aquellos viejos heroísmos, en los sueños de una grandeza que se nos hizo pequeña al día siguiente de Carabobo. Se nos crecieron caudillos los viejos compañeros. Nos pesaba la lanza de una paz de mentiras. Inventaron los sabios extraños a la guerra. Nos llegó esa Inglaterra con sus cuentas. Santander intrigó hasta hacernos repúblicas en la disolución de la Gran Colombia. Se nos iban los roños a las sienes en los nuevos heroísmos de otra guerra. El Libertador se murió de pena y nos dejó con todo, sin saber hacer nada. Yo aprendí que la libertad solo existía cuando andaba en mi caballo con la lanza en la mano. ¿Qué éramos, qué queríamos después de enterrar a España bajo la tierra parda y ensangrentada? Cada vez que mirábamos el sol veíamos la libertad disfrazada de algo.

Aquella fue una sociedad de caballos y lanzas, pese a los académicos —rección inventados— que todavía añoraban —y añoran— un caudillo de pelucas, aceites y rapé en el país del tabaco en rama de mascar.

Me perdonas entrar en esa sociedad nueva de basamentos instintivos fundamentales: sexual-no-reproductivo, no conservación, no engendro, y sexual no heredero, no nacimiento, todo en la síntesis de la píldora o de los condones. Rebeliones contra el jabón y los desodorantes de bolita o espray. Hacer una revolución contra el champú y el agua. Ser distintos porque se distingue perfectamente lo transitorio de mí mismo. Así creo que piensan algunos jóvenes: me niego a pertenecer a la civilización del papel toalet que sabe exactamente cuántas toallas de papel debo gastar en el retrete.

¿Te sorprende que hable así? Nosotros nos refinamos un poco después de tantos golpes, de tanto meditar cuando terminó la guerra, donde participé activamente durante cuarenta años. Debimos aprender de los sabios que llegaban. Recuerda al viejo Páez: le dieron lustre en su voz poderosa que ya acompañaban pianos en los refinamientos y no el viejo cuatro de peón llanero silbador de madrinan en la punta. Y muchos de nosotros aprendimos a escribir en las largas polémicas de los miles de periódicos provincianos, al desenmascarar

oportunistas que se hacían pasar como héroes de Las Queseras o de Carabobo, y apenas miraron pasar al Libertador con su casaca.

Déjame continuar:

—Yo no estoy conforme con eso de hacer el amor solamente... es evidente: hay una guerra por hacer. Inevitable, difícil, imaginativa, distinta a todas las guerras revolucionarias que han triunfado hasta hoy. Una guerra que solo tendrá en común con las anteriores el asalto al poder para transformar el cielo de la patria. Pero distinta. Nueva, con unas características basadas en la realidad y no en las fórmulas, en las recetas de los catálogos revolucionarios. Y por supuesto, si quiere ser revolucionaria debe romper con los esquemas mentales de preconcepciones de teóricos y prácticos, o repeticiones de experiencias que dan resultado una sola vez. La revolución cubana o china se da una sola vez. Debemos decir a la juventud que las guerras revolucionarias no se repiten. Y es mentira: de ellas no se pueden extraer leyes definitivas y universales. En las guerras populares no hay leyes ni POV (procedimiento operacional vigente) ni reglamentos ni fórmulas mágicas. Siempre hay que inventar unas nuevas leyes de la guerra revolucionaria. La única ley es: prohibido imitar, no se toma el poder dos veces con el mismo método. Tú lo sabes, muchacho, porque has imitado e inventado todo para llegar al poder, y aquí estás a mi lado buscando trabajo.

Ustedes intentaron esa guerra una vez ingenuamente. Y la desgracia es que tampoco hay guerras ingenuas. La ingenuidad puede ser un buen ingrediente en la poesía, pero no en la guerra. De una vez te lo digo: estudia todas las revoluciones, pero no imites ninguna, ni sigas a ninguna. Es mentira la universalidad de cada revolución. Y te digo más. Siempre la guerra necesita los más puros ingredientes, los extraordinarios elementos de la poesía, para triunfar.

Nosotros ligamos el amor y la guerra siempre. Tanto hicimos el amor como hicimos la guerra. La patria está llena de hijos nuestros, no de esterilidad, sino de mujeres preñadas, a punto de parir o de engendrar. Porque nosotros nos planteamos las cosas sencillamente: si matamos debemos engendrar. Si nos rige la destrucción, el saqueo, las cenizas, debemos crear, elevar-

nos, trascender, no solo como asesinos —aunque la patria estaba de por medio—, sino también como sembradores. Más de la tercera parte de la población del país fue aniquilada en la guerra. Preocupaba ser libertadores de cenizas, de carroñas, de huesos calcinados o de pequeños vegetales que empezaban a crecer. Por eso a la ley mortal de la guerra sigue pareja otra ley tácita que llamamos simplemente del engendro. Y engendrar con amor. Con la carne y el espíritu juntos, tal como concebíamos la patria ya naciente para las gozaderas.

Porque tú te vas y dejas un retoño que quizás ya no volverás a ver. Y si lo encuentras, en los largos años por venir, apenas te reconoces tú mismo en él, con los rostros de tus camaradas muertos. Tú quieres encontrarlo con una huella de amor en el rostro para que no se desarrolle en la amargura.

(Tú no puedes llegar después del combate y decirle a la mujer desamparada, llorosa en los temblores de la última horda que pasó, tú eres mía como parte del botín, carroña amada. O tú eres mía por la violencia y ese derecho de macho vencedor que mató tu hombre en combate).

Tú debes llegar suavemente a ese pequeño animal recogido, harapiento, mugroso, con dos rayas de lágrimas abriéndose paso en el polvo del rostro, y darle la seguridad de la vida a ella misma y la posibilidad de procrearla, en esa grande y perpetua ley —la más cierta— de la resurrección de los muertos.

Porque todo esto se acompaña de otra ley en la guerra: si soy de la patria me debo a todo lo contrario de lo que hace el realista. Yo no le puedo decir a nadie, conquistador de viejos ancestros, arrogante y sudado, todavía con los hedores del caballo y las manchas ocre de la sangre coagulada en las manos que se empieza a subir en miasmas hasta el sol:

—Abre las piernas, botín —mientras le cubro el rostro aterrado con el morral para el maíz del caballo...

Y saciarme en un cuerpo que se entrega en espíritu bajo los auspicios de la muerte. Porque como patriota, es decir, engendrador de patrias, tengo que iniciar el amor bajo los auspicios de la vida, como única condición humana en

la guerra. Dejarle —más allá de su vientre, de sus retorcidas entrañas del hambre— una vida sin el signo de la cruz adentro. Yo la quiero de paso, pero con un descubrir de retoños de luna en las piedras del río, si es a un río a donde vamos. Yo le digo que la quiero —y no la tomo por débil, por inútil-guijarro-animalito-despojo-de-la-guerra—, sino porque un hombre ha muerto y hay la necesidad de engendrar otro hombre en esta tierra, donde nos hemos matado tantas veces entre nosotros mismos...

—No, muchacho. No se puede hacer solamente el amor. La guerra y el amor son dos inventos coetáneos de los hombres.

En los anales pétreos más primitivos, donde se entroncan la realidad, el mito, la fantasía, los sueños —en esos terribles quehaceres épicos de los nacimientos—, las guerras se confunden con los raptos de helenas y sabinas. Guerras donde tan importante era matar como procrear constituyeron desde el principio los ideales. Después nos hemos inventado otros ideales, otras helenas-botín o sabinas-botín, más o menos entre justicias y rapiñas.

(Ya sé, no me digas cínico con los ojos ni me hagas la separata entre las guerras justas e injustas, entre la maldad y bondad de las guerras. Deja ese rostro tranquilo, muchacho. Me dirás que lo has discutido muchas veces con Héctor Malavé-Mata //ese bisnieto ilegítimo de mi general Bermúdez// en la Troya de encontrar un camino cuando les han frustrado todas las encrucijadas. Yo sé que también lo has hablado —largas noches de ron, ingenio para las paredes y las sombras— con Caupolicán Ovalles, antiguo poeta bíblico de las elegías, donde la muerte es un beso torpe de bala que se pierde o de labios moribundos que se desinflan globos en su rostro infantil, para hacer posible nuestro encuentro. Ese poeta te dijo:

—Ven, trae a Beatriz, tu mujer, también... conocerán a un patriota escapado de la independencia...

Porque él me buscó en el siglo pasado donde comenzaron a definirse los orígenes y me encontró en el XX, presente de las frustraciones y de las esperanzas. Necesitaba una razón épica para su República Bamboleante y Discursera

del Este. Se le llenaron —como a nosotros en los caminos de la patria— los bigotes y las cejas de polvo —de polen fósil de papeles—, en la Biblioteca de la Gran-Papelería-del-Mundo-de-placeres oníricos del gran abuelo Ovalles, y pensó en un contagio de la vieja influenza española cuando pasó el cometa como el fin del mundo, mientras iba del presente al pasado entre Palmiras y rezongos a comprobar si fue verdad nuestra existencia.

Y me descubrió moribundo, boqueando entre polillas y suspiros con los pies sobre cronistas de la conquista y la cabeza apretujada y doliente entre antiguos códices mayas de astronomías terrenas de maíz.

Esa fue la noche, borrachos, que nos presentó y apagaron las luces por temor a mis agonías y encendieron velones y se ciñeron fajas con espadas y ahumaron las lanzas con las flamas y dijeron quijotes de discursos sobre las armas y las letras en la ilusión de encontrarse otra vez avellanas-Cervantes en la vela eterna de las justicias por el acero y la palabra. Y luego, para romper ilusiones, ambiciones y esperanzas denunciaron la República del Este porque nacía del sistema viciado del presente, donde quien había soñado con ser ministro, alguacil o secretario, policía, senador o presidente del Inciba, editor, habla-el-presidente o académico, se nombraba a sí mismo en nombre de la humanidad y tomaba posesión y le pedía rúbrica, sello y Dios y federación correspondiente al presidente-Ovalles que otorgaba pláacet y bendiciones. Y así se hacían realidad las ambiciones de borrachos neutrales —que no mandaban a vivir ni a los vivos ni a los muertos— que roen por dentro en cada ron.

Tú has hablado con el presidente-Ovalles de la guerra y tienes razón cuando rechazas los viejos planes guerreros de su Ministro de Guerra. Por eso esa noche, en un solo gesto, en un simultáneo ahumar de lanzas y cuchillos, suprimieron la presidencia- Ovalles y toda la República del Este. Probablemente de todo eso les quedó el ron y la pequeña historia de haber fracasado también en esa república de la ilusión y los incipientes delirios //delirium tremens//, donde ya el mal comienza a invadir los sueños.



Yo insisto, estoy desesperado, mi resistencia empieza a desplomarse, me siento en esa soledad del anónimo en la cual solo se resignan los presos, los tullidos y los contaminados en aislamiento. Se resiente mi temperamento ante el monólogo. Recuerdo que dejé a mi mujer y mis hijos a la espera de un trabajo que puede hacernos felices unos días, siquiera unos minutos. Ella me dio ánimos y salí sin la pistola esta vez (compruebo que lo más difícil del mundo es andar sin pistola cuando uno es un desempleado indeseable y todos se sorprenden, pero nadie dice las palabras claves ante la petición de trabajo:

—¿Y a ti no te mataron?). Pero se atreven a decir:

—Aquí se corrió que habías quedado ciego en la explosión...

Es una desgracia: no te han matado. ¿No te sigue nadie? La mujer y los hijos esperan: él te quería mucho. Todos los años les traía una pistola de juguete a los muchachos:

—Ustedes tienen que ser como él...

Te quieren. No te han olvidado.

Y entonces golpeo hasta un dolor agudo en el banco de granito de la Plaza Bolívar. Soy un animal en la jaula de unos hechos que se extienden del futuro al pasado sin interrupción. Yo venía en la trampa del buscatrabajo y la mujer quedó en casa con los hijos, donde todos nos miran mal porque eres un vago, apenas si dejaste de ser maleante, pero vago, vago, sí, que te duermes y miras largas horas el Ávila y supones a Humboldt en aquellas peñas donde quizás hubo un manantial o donde llegaron un día los astronautas en naves que parecían escobas de brujas.

Trabajo. Tú aparecías en la lista de la AP que se comieron los caribes en el Arauca.

—Oye, ¡lo que son las noticias falsas! Esa gente sí inventa...

Ella está esperando y soy un animal en la jaula. Ya estoy sin equilibrio otra vez y he visto el caballo de la estatua de Bolívar —que una vez tuvo una garrapata de oro en las bolas— saltar muchas veces sobre el Palacio Arzobispal. En cualquier momento dejaré de oír los carros, las voces de las gentes, sus pasos para

quedarme aquí en la gran batalla con la muerte de no tener trabajo y donde le pido su lanza de plata a Braulio que solo me la presta cuando le beso la cruz después de una larga reverencia. Me santiguo ante el Libertador-dame-trabajo.

Ellos quedaron en la casa con la ilusión. Tú siempre has partido de nada, hijo mío...

Pero le devuelvo la lanza a Braulio con la alegría de tocar la Independencia. Se lo digo y sonrío sin comprender, porque ella le dice cuando la besa que el mosca de Morales está en la cama dormido y hace poco le dejó en las verijas los olores del caballo. Y recuerda sus leyes de catorce a caballo, con mujeres preñadas en la retaguardia (esa retaguardia que empieza en la cola de las bestias). Y puede más la mosca del deber cumplido que aquel olor a hembra y a caballos, untada de onotos, y que le hacía falta después de la campaña de Caracas.

(Una hembra se te ofrece y te dice patria. Y la dejas con un beso largo y un te busco después, con la información del mosca en la cama, dormido, cansado, satisfecho seguramente en los sueños de la felicidad. Y tú te vas sin llevarte a la mujer que huele a onotos de la infancia, de los antepasados onoteros, inventores de los cosméticos y los repelentes de insectos. Te vas así y vuelves el rostro y la cabeza del caballo a cada paso para ver a una hembra colorada de rostro y de vestido que te pregunta si tienes sed, aunque ha visto la bota llena en el pico de la silla. Y no te despides, no le dices adiós ni con el sombrero ni con los ojos. Y el caballo comprende y caracolea de cola a cabeza en una coquetería que todas las mujeres de antes sabían comprender. Porque en aquel amor se conocía al caballo que comenzaba a hablar por el amo, impedido por los deberes de la patria. Y ella te miró abajo en el hueco de la silla, donde suponía la ibas a cargar hasta el monte más cercano, donde arrancaría hierbas aromáticas: tomillos, yerbabuena, vetiver y siemprevivas para untarlas con las fuerzas del amor en tus espaldas. Y ya el caballo no resiste y quiere volver o te mira con su ojo redondo desde abajo cuando lo castigas con las espuelas y el látigo).

—Hay mujeres así —y suspira hondo—, pero no son las nuestras, las necesarias en la guerra. Uno debe distinguir una mujer en miles porque sobran en

la guerra. Mientras más guerra hacemos entre los hombres hay más mujeres que hombres y menos caballos. Al pueblo se va uno montado de dragón y te sobran, pero debes escoger solo en aquellas que faltan y no te dragonean en la plaza de armas.

Si algo aprendí en la guerra fue a escoger la mujer y el caballo. Porque es tan importante la mujer como el caballo: seguridad en retaguardia y vanguardia. El caballo te debe responder a freno, bozal y espuela según tus necesidades en combate. Y la mujer también. Tú no te puedes ir a la guerra cabalgando un mal caballo o dejando atrás una mujer ligera de cascos que no puedes cabalgar por mucho tiempo.

A la guerra se va en la seguridad de la mujer y el caballo. Y esa es una ley, muchacho. O fue una ley vigente en nuestra guerra. Y el mosca de Morales no lo entendió ni con su mujer ni con el caballo. La mujer ya la conoces y el caballo era un rucio mosqueado que reflejaba las estrellas en la noche. Y no es recomendable como el mejor caballo para un mosca.

Ella era la mujer del mosca de Morales y tenía tres años sin pernocte de él y con muchos pernoctes de los demás —realistas o patriotas—, según la tropa que pasara. Ella era la mujer del mosca-muerto pernoctado. Y era gorda y buena que es lo importante y se había hecho su cara de onoto con una muñeca de granos ocres que le hacían un rostro parecido al arroz. Y uno la ve entre los humos de comida caliente servida en una mesa y a manteles sin votos que te la prohíban en la guerra. Y de no ser por el mosca de Morales y la imaginaria, la habrías hecho gritar patria muchas veces con las necesidades que el deber impone. Me hubiera ido al monte y al cielo de una vez para caer en los infiernos, que están en la frontera del deber y de la mierda. Y me voy con la imaginaria de mi imaginación y el mundo se convierte en el nudo de no saber qué hacer con mi deber de patria y mi deber de hombre. Aunque patria y hombre significan entre nosotros la misma cosa.

(Oficial o cuadro es una identidad donde es más importante el caballo que la mujer, mi general Bermúdez y la tropa, que los hijos y los gallos. Y esa es una

ley inhumana. Aunque toda revolución es un hecho humanístico y deja de ser revolución cuando el humanismo se llena de censuras y prohibiciones, tabúes y razones de orden público, índices e inquisiciones que pretenden ponerle freno a la imaginación, a la creación, a la inteligencia, a la razón o a la ira).

Son cosas terribles. Un deber de hombre y de verijas, de hijos que te golpean con los testículos la silla de montar y ese otro deber de patria que te golpea la voluntad, el cuerpo y más allá —quizás más profundamente— el espíritu.

La guerra es un arte más difícil que la poesía, la música o la pintura. La guerra —uno de los primeros inventos de la humanidad— no consiste en echar cuatro tiros y matar dos policías borrachos o drogados. Quizás hay una sola ley de la guerra revolucionaria: el sacrificio. Y sacrificio quiere decir aquello de Lenin: decidirse a morir, a desaparecer (a quedar tuerto — digo yo— o manco, o respirar por un cañuto directo en la garganta, y sin sentirte feliz decirle a los demás que eres feliz y quieres comunicarle tu alegría a los otros combatientes. La guerra no se hace para el sexo. Viva el sexo y salimos a matar un policía juntos. Y luego nos acostamos en nombre de un policía imbécil, matador de estudiantes. Pero no. Se mata un policía por el arma y no como motivación para hacer el amor a una pobre muchacha inducida en la imbecilidad revolucionaria.

—Tú le dices: maté un policía...

Y ella se acuesta contigo, con un héroe.

Vamos a tomar el poder, aunque España está tan subdesarrollada con Franco. Porque España murió en sus antiguas colonias. Y antes de morir inventó los adecos. Esos que hablan de revolución, pero son realistas en la práctica. Y los realistas nunca se sacrificaron, pero hicieron demasiadas víctimas en mulatos que se llenaron el alma con un rey de dudosa limpieza de sangre. España nos dejó llenos de dolores).

La patria. Saber eso, patria, es difícil. Y ella lo supo y se decidió conmigo. Por eso la besé y le dije patria al oído, con una voz de quedarme con ella esa noche. Pero me dijo lo del mosca que llegó con instrucciones de saber quiénes éramos, cuánta nuestra gente y de paso acostarse en pernocte con su mujer.

Pero no cumplió con sus primeros deberes. Y si él no cumplió, yo no podía faltar al mío. Porque si el realista hace algo es malo para la patria.

(Yo siempre he reflexionado sobre este mosca y su mujer. Me obsesiona. Todavía veo a veces el terror de su rostro en las sombras de un rincón. Aún me parece extraño que abogara por su vida. Casi lo pido para formar en mis catorce porque me daba pena, y no era por su mujer y sus hijos. Porque ella me parecía una pernoctera. De las que salen al camino real a preguntar por un pernocte. Y en aquel hombre se acostó Morales confiado y se levantó conmigo mi general Bermúdez cuando le puse la daga en la horquilla de la muerte, allá en la cama de su mujer pernoctera. El pobre hombre mosca-ingenuo montado en un caballo rucio mosqueado —un caballo para el día porque alumbra de noche y brilla bajo las estrellas. //Porque nada debía brillar: nosotros pintábamos de negro las lanzas que trajo Morillo para que no brillaran en la noche. Y a mí se me ocurrió bajarles los tapaojos a los caballos para que el rayo luminoso de sus ojos no nos delatara ante el enemigo. Y enseñamos a los caballos un paso largo de venado con los cascos forrados en bajos. Y eliminábamos el bocado del freno y ajustábamos más el bozal para que no relincharan si acaso se espantaban de sus propias sombras//. Pero ellos no aprendieron nunca. Y los llaneros se embrutecían cuando peleaban al lado de España y no inventaban nada.

Recuerda siempre lo de apoyar el cabo de la lanza en el empuñadura del pie y no debajo del brazo. Los engañábamos todos los días: dejábamos correr los caballos enfermos para hacer ruido y ellos rompían cartuchos y disparaban a las sombras. Luego entrábamos nosotros y no les alcanzaba el tiempo para romper nuevos cartuchos ni sacar de la suerte a los caballos).

La mujer del mosca dijo que vio cuando Bermúdez le hizo la seña en la mano a Bardonado: 21 a la bayoneta de las condenas a muerte sin juicio ni apelación. No sé, pero me dolía su muerte. No me importaba que su mujer me mirara de un modo extraño: ella tenía sus pernoctes garantizados mientras durara la guerra. Pero ante el 21 a la bayoneta le pregunté a mi general:

¿Por qué lo manda a matar?

Me miró a los ojos y escupió, acarició la cucaracha de oro, me puso una mano en el hombro derecho y dibujó una estrella con la bota en los ladrillos del piso. Yo esperaba algo muy duro. Sin embargo, no temblé aunque estaba lleno de miedo:

—Braulio... —gritó débilmente.

—A sus órdenes, mi general...

—¿Tú crees que lo mando a matar por gusto?

¿Me gusta, Braulio? ¿Se me sale la baba cuando ordeno una pena de muerte? Ya un confesor me dijo que estaba condenado... me espera un infierno que me han preparado cientos de mis muertos, según el cura... y las llamas lamen al mismo cielo...

—Mi general...

—Espera, Braulio. Él vino a contarnos, a descubrir nuestras posiciones... él tiene los ojos de Morales en la frente... somos muy pocos y si se nos huye da cuenta y no nos dejan beber agua, nos parten en dos... somos muy pocos y nos pueden destrozarse con unos cientos de sus miles de caballería...

Tenía razón mi general. Ni siquiera contábamos con un campamento para ensogarlo. Y por eso no le dije que lo quería para mis catorce, con la intención de hacerlo un buen soldado de la patria.

Pero mi general no había terminado. Me tomó de los hombros de nuevo. Me hizo servir un anisado con Antonio, que te hace falta, dijo y afirmó que a mí no se me enfriaban por pendejadas y era mucho el muerto que habíamos cargado juntos. Después miró con calma las lejanías de la sierra, los cielos, los relámpagos, la pequeña luz de la lámpara de aceites en el rincón y dijo una ley de la guerra:

—La guerra es una cita con la muerte, Braulio... donde hay que matar siempre al emisario... y este es un emisario de la muerte...

A mí se me salieron las lágrimas con el anisado y declaré que era por el anisado y no por el muerto. Abracé a mi general, le pedí la bendición, bebí otro trago y volvió a latirme el corazón en el pecho.

Y así se lo conté a la gorda mujer del mosca esa noche que también se fue en blanco. Y ella me respondió distraída, quizás con la imagen de 21 a la bayoneta en la mano de Bardonado:

—Así será... nadie debe convertirse en emisario de la muerte...

Y mis catorce y yo siempre hemos hecho ese papel en la guerra...

Y ella quería convertirse conmigo en emisario de la vida...





Está cansado, muy triste y muy lejos. Parece agotado en los recuerdos del mosca. Los ojos se le hunden en una tupida malla de figurillas geométricas. Sus sentidos parecen vencidos. Busca torpemente un pañuelo en todos los escondrijos de su blusa. Se ha ido de pronto, aunque su cuerpo y su respiración permanecen a mi lado. Yo sé que no ve en este instante. Pasa una muchacha y sus ojos siguen fijos en la estatua del Libertador. Me atrevo a decirle algo de la muerte de Toribio semiciego perdido en el monte. Y lo repito y vuelvo a mis palabras obsesivas y apenas dice desde muy lejos:

—Te oigo... te oigo...

Y confío en sus oídos finos de vanguardia. En ese estar siempre en la guerra y en los temas de la guerra. Y repito:

—A Toribio lo mataron ciego...

Y por un largo rato parece oírme, aunque sus ojos están en el lugar de la estatua. Ya no me pide un trago, lo toma y escupe una telaraña cada vez distinta para aplastarla con los pies lentamente y sin tino. Tiene las manos frías y suda. Pero me dice periódicamente, como un viejo piache:

—Te oigo... te oigo...

Dejo de hablar y presiento de nuevo lo mismo de oírme, de registrar mi voz en el cerebro duro y de hueso formado en la guerra. Después habla de mujeres y caballos: es sencilla esa ley de la guerra.

—Tú tienes un caballo y una mujer y haces la guerra hasta la victoria, siempre...

Otra vez silencio y sé que no oyó nada. La muerte de Toribio se quedó aquí en el aire contaminado de la Plaza Bolívar, al pie de la estatua del Libertador.

Pasan otras mujeres y otros hombres: ya se puede caminar frente a la estatua con un atado bajo el brazo y en camisas, y eso no es un irrespeto ni significa codearse con el Libertador y sentirlo tan pequeño como uno en este mundo aplastado y torpe.

Le digo:

—Toribio era un intelectual y se fue a las guerrillas porque le parecía cobarde y falso quedarse aquí en la ciudad y escribir unos cuentos sin vida...

¿Cuántos se fueron con ustedes así, también?

¿Acaso fusilaron a todos los intelectuales: músicos, poetas, soñadores, simplemente hombres inteligentes y preocupados? Toribio entre nosotros, fue uno de ellos.

Pero Braulio no estaba ausente. Descansaba. Por lo menos había oído lo de Toribio y aquello de escoger las cabalgaduras que se montan o se desmontan en la guerra.

De pronto se levantó del banco de granito, caminó solamente dos pasos hacia la estatua y volvió con el índice en la boca, en señal de silencio. Era una mirada fija a mis ojos, y los suyos eran grises y opacos, cegados en una película de tiempo, de haber confiado en ellos toda su juventud, como su mejor arma en combate... Pensé que había vuelto del más allá al hilo de sus cosas. Otra vez lo reclamaba la caballería. Regresaba de muy lejos: había vuelto de unos combates con la muerte que aún le daban vida. Me dijo un no lejano, incomprendible para mí al principio. Dijo un:

—No, largooo...

Y cuando ya creía que estábamos en dos mundos distintos, en realidades extrañas, continuó fluidamente:

—Es un error: la guerra no consiste solamente en saber escoger el caballo y la mujer. La guerra exige más, y sobre todo, antes de comenzarla. La guerra se

gana en los planes de batalla. Pero siempre la vanguardia es impaciente y quiere hacerlo todo un día, un año, a lo sumo unos oscuros años de pocos meses. La colonia se establece durante siglos como virtud. Y sin embargo, quieres liquidarla en minutos, y en teoría te haces la ilusión de sus cenizas:

—Sí. Todo es salir en el bayo a liquidarla.

La gente en siglos se acostumbra a la colonia. Y a tu minoría insurgente nadie la sigue, y todos persiguen, porque eres el intruso, el bobo que interrumpe la paz de la siesta, con la oferta de una cosa que nadie conoce.

(Escoger el caballo no es la guerra. Distinguir sus pasos por los cabos negros y saberlo cortar con tijeras como un macho no significa la mitad del combate.

Tú bañas el caballo y la piel es caótica, salta en varios sitios donde punzan los nervios, y concurren sus bríos de la piel que luego se concentran en las patas para tus necesidades en combate. Y después del baño no lo ensillas ni lo montas porque él debe caminar en el sol, lograr la calma cuando le dices vida, hermano, viejo, hijo, patria y le pasas las manos frescas en donde lo has acostumbrado. Y él te mete la cabeza en el sobaco cuando la sangre vuelve a sus pulsos normales para quedar en la serenidad de su soledad de caballo. Yo sé que te dicto las leyes del caballo y tú no entiendes. Hoy, cuando haces la guerra, los caballos no te importan. Uno de estos días me dices:

—¿Para qué me hablas tanto de caballos, Braulio ? Esta no será una guerra con los yoquis...

Y te comprendo. Pero no puedo hablar de la guerra sin caballos. Y debo decirlo todo para llegar a los orígenes, y si es preciso, hurgar en los antepasados onoteros.

Hace algunos años uno debía saber tanto de bestias en la guerra como de los gustos del general //mi general Bermúdez parecía un hombre sin gustos ni grandes satisfacciones personales, como no fueran los de la guerra. Si no guerreaba, apenas si se alentaba a vivir acariciando la cucaracha de oro de su esclavina//. Ya te he dicho que hay que conocer de mujeres también. Pero en la pasión por ellas me olvidé de muchas cosas más importantes en la guerra.

—Perdóname, muchacho: a esta edad todavía una mujer me hace perder el hilo de la guerra.

Porque en la guerra si algo es importante y esencial es saber todo lo que puedas de la gente que te acompaña. Saber quiénes son tus catorce y sus resabios: afinarlos, moverlos como tus dedos, como tus piernas y como las patas de tus caballos. Crear tales hábitos que hasta un guiño pueda convertirse en una orden. Pero al mismo tiempo que actúen así como equipo, desarrollarles capacidad para tomar decisiones por su propia naturaleza de hombres empeñados en una empresa de libertarios.

Siempre hay situaciones en combate donde la solución es un despliegue y el soldado debe valerse por sí mismo en ausencia del jefe o de la unidad. Porque aunque sea gente escogida entre dragones —como mis catorce—, siempre hay resabios.

—Apenas somos una unidad nacional, muchacho...

Hay variantes de pueblo a pueblo. Desarrollos, sustratos humanos, conformaciones mestizas, leches que no vienen de la misma madre. Leyendas que te forman la cabeza y el corazón en el miedo, en las valentías, en los acosos interiores, en las debilidades y las fortalezas heroicas. Hay que conocer a fondo a tus compañeros de armas. Y si no los conoces, desde mucho tiempo atrás estarías muerto, sepultado entre unas piedras negras de un camino, que nunca sabrás si condujo a la libertad o la frustración).

Nosotros éramos catorce a caballo. Yo quería una unidad mayor para contener al enemigo en los primeros tiros del enganche o para impresionarlo con una falsa información: si descubrían una vanguardia grande bien montada y mejor armada, harían sus cálculos sobre la base de una gran concentración de tropas. Pero mi general Bermúdez dijo:

—Puede ser razonable, Braulio. Pero el enemigo es numeroso y no se va a dejar impresionar por una vanguardia grande. Al contrario, te perseguirá hasta encontrarnos y aniquilarnos. Los catorce no son ni mucha ni poca tropa. Y los confundimos porque ven una unidad irregular formada por un jefe que supuestamente sabe poco de milicias.

Y tenía razón, porque el español nos veía como una unidad rara, fuera de las formaciones regulares y se confiaba. Nos tomaban por tropa bisoña, de muy pocas luces en la guerra.

Éramos, pues, los catorce, un número loco en la guerra de la patria.

Para los demás dragones había una ley. Para nosotros, otra formada en la vanguardia, en el tiro inicial que se dispara, en el primer hombre que bajas del caballo contra su voluntad de jinete. Teníamos el privilegio de manchar el campo con la primera sangre.

(Una escuadra de doce no era recomendable entonces. Nos habríamos parecido a los apóstoles en el número. Y no hubiera faltado quien nos contaminara de Biblia, como ocurrió más tarde con aquellos de la Federación que escogieron nombres de fieras antes de la justicia de Zamora. Y más todavía porque en la guerra si algo no conviene y es penado con sus leyes más crueles, es aquello de los judas y los cristos que podían surgir —naturalmente bíblicos— en una tropa de doce hombres o doce apóstoles pescadores o carpinteros de la muerte. Con cristos o con judas no se hace ninguna campaña, porque ni uno ni otro te sirve en la guerra. Con cristos o judas tú andas en predicaciones o milagrerías, en ese lento caminar por Judea entre harapientos y menesterosos, en el plan de no hacer la guerra, sino las traiciones y los apaciguamientos. Si eres doce, te quedan dos caminos: o son las doce fieras de la Federación —los doce emisarios de la muerte no solo para los godos, sino también para los inocentes— o eres el perdón y las bendiciones, la alabanza de los pobres, la repartición de los panes o la bendición de las rameras que te ungen con aceites aromáticos... amén.

Hasta un número es importante en la guerra. No se puede decir doce en la guerra y guerrear tranquilo, fuera de los nuevos testamentos. Y cuando somos catorce estamos fuera del alcance de la cabalística. Y además podemos sobrevivir y ganar entre la tropa reputaciones de apóstoles).

Antes de contarte como nos formamos los catorce, quiero que comprendas las cosas de entonces.

Entre los realistas uno se desesperaba de tanto esperar siquiera un reconocimiento. Pero en la patria todo se realizaba por el apremio de las circunstancias. Uno esperaba años entre los realistas para realizarse. En cambio en la patria apenas llegabas y ya eras un patriota, un hombre útil a la libertad, un ser humano que comenzabas a sentirte indio, o inca nacionalidad suprema de América sin fronteras. Tú podías libertar lo mismo a Colombia que a Bolivia o el Perú. España intervenía aquí y allá al mismo tiempo. Entre los realistas o eres Bobes o no eres nadie. La patria te hace sentir algo distinto a la carne de cañón.

Y eso hizo conmigo mi general Bermúdez cuando apenas era un recién llegado y ni siquiera distinguía los galones de los soldados de la patria.

Nos dolía a Torrealba y a mi conocer a mi general Bermúdez cuando mandaba a fusilar a un teniente que no fusiló nunca. Nos daban ganas de irnos a hacer la guerra por nuestra propia cuenta. La patria no podía ser así. Pero “entonces mandó Bermúdez a formar el Ejército y les manifestó para donde íbamos, que el que quedara vivo el 15 llegara á Caracas, que comida podían cojer, pero que el que le cojera el valor de un pollo, u otra cosa, lo fusilaba. Allí mismo públicamente le pidió á Torrealba un hombre de la confianza de Colombia para guía del Ejército; de entre 800 dragones escogieron á Fernández; hice juramento solemne de no traicionar á mi patria, y me dieron á conocer como guía del Ejército, y que mis palabras se atendieran. Mi misión era andar media legua delante del Ejército, y catorce hombres escogidos detrás de mi á un cuarto de legua distante, con la disposición que cuando se rompieran los fuegos, nosotros quince viniéramos á servir de guardia de honor, porque no había gente suficiente. Y en este orden seguimos nuestra jornada”.

Así fue de sencillo en la patria: solamente se trataba de escoger un hombre y otros catorce, en una formación con partes a vistas y oídas de soldados y jefes, en una austera ceremonia ante el sol de nuestro oriente.

Bermúdez dijo estas palabras mientras miraba el sol:

— ¡Desde hoy, Braulio es el guía de Colombia! Téngase como tal y guárde-sele todo el respeto que merece. Y si él nos mete en apuros, sabrá sacarnos. Es la voz suprema en los caminos...

Pero eso fue al final de aquella guerra. Después seguimos guerreando y fueron otros juramentos en otras causas superiores de la patria, donde Braulio fue voz suprema, guía, buscador de rumbos y sueños, con pocas paces compartidas con la mujer, los hijos y los gallos. Por eso te digo que la paz es solo para la preparación de otra guerra por otra justicia que se convierte en injusticia en corto tiempo de ejercicio.

(Así me escogió la patria. Y cuando me juramenté ante los jefes y la tropa se me salieron las lágrimas y me bajé torpemente del caballo a abrazar a Torrealba y a Bermúdez. Torrealba comprendió mi emoción. Pero quizás Bermúdez, que apenas me conocía, pensó que era flojo de ojos. Pero yo recordaba entonces los años pasados y perdidos entre los realistas. Yo no me parecía a ellos aunque era blanco y alto y altivo, dotado físicamente de lo mejor de los húsares de España.

//Pero yo nací guerrero en la patria y con ella hice mi primera sangre, mis primeros miedos, mis hazañas de cabalgar siempre en la punta para la azarienta emoción que aguarda a los adelantados. Cuando nací, los amigos de mi padre, que eran todos los hombres de Chaguaramal de Mayorga, dispararon sus arcabuces y escopetas y jugaron en la gallera solamente pollos de una misma pinta de las cuerdas locales. Había nacido un macho en la aldea poco después o en los instantes de un eclipse. Era la fiesta del nacimiento de un macho en la aldea de transición medio española y medio indígena.

A los 20 años, aquel mozo de las vecindades de Zaraza ya servía a la patria en 1810 como asistente de un capitán llamado José Arboláis. Pero no te voy a cansar. Te lo diré en pocas palabras).

“...Fuimos derrotados en la batalla de Aragua de Barcelona, estando presente el mismo Capitán General Libertador (Simón Bolívar). Como yo estaba en una edad muy temprana, me aterró tanto dicha derrota, que me rendí á los

Godos; agradecido porque me salvaron la vida sin ultrajes, no quise traicionarlos aunque en contra de mi gusto. El año 17 acompañé al General Aldama á tomar el Fuerte de Barcelona. El año 18 el Teniente Rey General Juan Pablo Morillo, del Cuartel General de Valencia, mandó oficios fisonómicos para todos los pueblos, pidiendo tres hombres de cada uno para su guardia de honor, que no fuera color oscuro, bermejo, vitola, ñato ni de mala voz. En San José de Uñare formaron mil y pico de hombres y nos pusieron á hacer ejercicio. Un Secretario cumánés llamado Francisco Rodríguez, con el oficio á la vista estaba fisonomisándonos y a mi fue uno de los que apartaron, con el titulo de teniente. Me mandó el Comandante Torrealba a la madrina de cuatrocientas bestias para que apartara una muía que me gustara y la pusiese en cuerda hasta segunda orden: yo escogí un macho colorado que hoy valdría 400 fuertes. Varios oficiales se le acercaron a Torrealba y le dijeron que por qué mandaba á Braulio.

Les contestó:

No sean sonsos yo debo mandar á uno que no se diga.

Los oficiales dichos llenos de sentimientos por mi separación para Valencia, entonces se acercaron á mi y me dijeron:

—Somos del parecer que te alistes del todo, te despidas y te vayas á defender la Patria, que nosotros tenemos amigos en ella y te recomendaremos.

Pero hasta hoy no se la causa por qué no se efectuó el viaje. Desengañado por si mismo que era torpeza acompañar más á la España, el año 21 determiné con el Comandante Torrealba presentarnos al constante General José Tadeo Monagas en el Carito Hernandero, vecindario del Departamento Zaraza del Estado Guárico, íbamos cuarenta hombres de á caballo cuando la vigía nos avistó, disparó un tiro y se fue. Nosotros ocupamos el puesto de la vigía y nos formamos en fila, viendo el movimiento de los escuadrones ensillando al vapor; como á veinte varas delante de un escuadrón de doscientos hombres aparecía el General José Gregorio Monagas, en un caballo bayo, cabos negros,



raspado a tijera, con una cobija forrada en azul y amarillo tendida en el brazo izquierdo y su espada desnuda al derecho, y nos preguntó:

—¿Quién vive?

Le contestó Torrealba:

— Patria...

¿Quiénes son Ustedes?

—Torrealba y Fernández...

—¿Con que disposición vienen?

—A ponernos bajo las órdenes del General Tadeo...

Nos dijo:

—Muchas gracias.

Pero no nos despreció.

—Avancen —nos dijo.

Nos preguntó:

—¿La compañía viene cargada?

—Si, señor...

—Que descarguen al aire y los míos también, que vamos á almorzar sin centinela, porque hoy en oriente ha florecido la Patria”.

(Hacía tiempo se habían pasado a la Patria Juan José Rondón y los suyos. Y los realistas contaban como una de las mayores ofensas que Rondón había hecho escupir, pisotear y desgarrar las enseñas de la España por sus bravos soldados. Y que estos lloraban mientras cumplían las órdenes del jefe porque adoraban los colores del rey y no se amañaban a las nuevas insignias patriotas. Rondón los obligó a gritar patria tres veces al momento de arrancarse las cucardas y colocarse los colores nacionales, teñidas en sangre de ellos mismos. Porque ordenó sangría primitiva como los indios, pero esta vez —así lo dijo—, para que no les quedara en las venas nada de aquella sangre contaminada que los había hecho guerrear hasta allí, por un rey desconocido, colocado en su trono de huesos, allende los mares. Y decían los realistas que las primeras insignias de Rondón en la Patria hedían a sangre y por eso lo seguían bandadas de zamuros en el aire.

Otros jefes también habían vuelto a la patria y les reconocían rangos y jerarquías. Y muchos de los soldados nuestros peleaban unas veces en la patria y otras en el campo realista, según la oportunidad que le daban. Porque llegó un momento en que todo era pelear para salvar el pellejo. Los jefes decían:

—Muchachos, ¿quieren pelear por la patria?).

Yo me sentía muy mal después que me escogieron y me dejaron allí de plantón entre cierta burla disimulada de mis compañeros, que empezaron a murmurar sobre el color oscuro, bermejo, vitola, ñato y de mala voz, que tampoco habían sido escogidos, pero que permanecían tranquilos sin escogencias ni rasgos raciales del gusto español.

Lo interrumpo de pronto y digo:

—Braulio: ni gato ni perro de aquella color, decía Quevedo cuando hacía el retrato del licenciado Cabras...

Me mira a los ojos. Trata de recordar algo. Y luego dice:

—Yo sé quién es Quevedo. Conozco algunos de sus cuentos. Pero, ¿quién es el licenciado Cabras? ¿No será uno que vino de maestro a Clarines? Ya debe haberse muerto... de hambre como tanto maestro que se moría entonces...

Le digo algo de El Buscón, pero solo por decirlo. Braulio ha vuelto al hilo de la guerra.

Yo no podía dormir tranquilo. En los zafarranchos frente al enemigo debía hacer grandes esfuerzos para no correr hasta ellos y entregarme.

Torrealba me dijo un día que ya no cantaba y andaba huraño y perdido en unos pensamientos que no comunicaba a nadie. Ya no era el mismo y ni con él me sentaba a compartir la noche y el tabaco. Fui franco: ya no soporto la guerra de este lado, le dije. Ya no aguanto, la patria es peor que el paludismo. Me dijo, no sigas. Y me llevó misterioso y oscuro a un lugar apartado del campamento. Masticamos tabaco y meditamos en silencio los dos. A los pies corría un pequeño y ruidoso río entre las piedras. Cantaban pájaros de patria entre las ramas. Asomaban guaruras de silencio y escupimos mucho ese río antes

de hablar. El me miraba y escupía. No fue para ensalivar el río que vinimos. Tampoco esperaba que mi hermano Torrealba me dijera:

—No seas sonso, Braulio... aquí y en la patria da lo mismo hacer la guerra...

Seguramente no encontraba las palabras para comenzar. Y así lo confirmé cuando al fin me dijo:

—Ya somos cuarenta, Braulio, casi dos secciones de un escuadrón de cabaillería. No te lo había dicho porque esperaba que naciera en ti por tu propia mano. Además, los jefes nos tienen a ojo desde la ida de Rondón... Ya casi no nos dan pólvora y nos colocan en el centro como si fuéramos nuevos. Y la patria cada año nos necesita más. Soy de parecer que en la primera oportunidad nos vayamos a buscar al general Tadeo. Pero de esto no se puede decir nada ni siquiera a los sirvientes. Porque yo creo que en la patria no lo aceptan a uno con sirvientes...

Yo le dije que sí y le reproché su desconfianza. Él me dijo:

—Yo no me iba si tú no me decías. Ahora debemos esperar la oportunidad...

Pero seguimos un largo rato-diente-tabaco y lengua escupiendo parsimoniosamente en el río. Y sonaron cristofueses y arrullaron palomos y volaron mariposas amarillas y se nos acabó el agua de la boca y bebimos del río en hojas de uvero.

Después no veíamos llegar la hora del encuentro con la patria. Empezamos a ver el mundo de otra manera. No pisábamos la patria con nuestros propios pies, porque aún era realista todo lo que pisábamos. La patria se me aparecía todas las noches en los sueños-patria de una canción o un silbido. Y me levantaba con los temores de haber hablado en sueños y dicho los secretos paisajes-patrias que empezaban a invadirme. Pero ni siquiera entonces cantaba. Silbaba solamente las tonadas largas de cabrestero que aún no terminaba de llegar. Y se me pintaban en los ojos mis alegrías interiores, aquellas de los místicos en el éxtasis de los cielos. Porque nunca hubo cielos entre los realistas y para mí había nacido con la patria aunque fuera solamente para vivir el instante de morir en ella. O vivir un segundo de patria para borrar todos los años abyectos de realista.

Aunque había jefes sectarios y bocones —en uno y otro bando— que afirmaban aquello de que realista es realista hasta la muerte.

Y de pronto, en mis sueños comencé a descubrir el futuro en algo nuevo por nacer. Porque entre los realistas todo moría o estaba condenado a muerte.

—Lo más extraordinario de uno, muchacho, como ser humano, es sentirse futuro, porvenir, sueño, nacimiento-constructor-hacedor, engendrador de algo y no sepulturero de las cosas mejores de los hombres. Quería violar las leyes del tiempo que para mí se había detenido desde que andaba entre godos.

Torrealba y yo meditábamos, planificábamos, cuidábamos los más pequeños detalles. Escogimos las mejores bestias para nuestros cuarenta. Nos armamos con lo más nuevo que llegaba de España —cada uno cargaba tres y hasta cuatro cachos de pólvora—, nos hicimos de dobles lanzas: una en asta y otra en la cintura. Ahorramos papel y todos los días nos íbamos más lejos del campamento y los sirvientes apenas sí podían con la impedimenta. Torrealba quería que nos lleváramos también alguna artillería, pero era sospechoso.

Cuando pensaba en el oficio de Morillo y los rasgos de su guardia de honor, me indignaba. Así hablaba con Torrealba. Hasta que un día no regresamos porque habíamos llegado a los límites y ya en territorio de la patria.

Apenas faltamos del campamento hubo requisitoria contra nosotros: éramos malagradecidos, traidores, cimarrones, asesinos, bandidos, hijos de puta, prófugos, desertores malos-hijos-de-España, carajos y comemierdas para quienes una pena de muerte resultaba muy poca justicia. Sin duda éramos desertores del pasado porque nos incluíamos voluntariamente en la nómina de la patria.

Y ya en la patria recordé con más fuerza el oficio del teniente rey general Juan Pablo Morillo, cuando quería integrar su guardia de honor con hombres de todos los puestos realistas. Pensé que no debí sentirme orgulloso por la distinción. No tenía por qué alzarme en los estribos de mis orgullos. No era bueno que entre mil y pico te escogieran a ti como una excepción porque no eras color oscuro, bermejo, vitola, ñato ni de mala voz, en un ejército donde predominaban el color oscuro, la nariz chata y el poco tamaño de los hombres.

—Vivan colores, tamaños y todas las formas de ser de los hombres.

La patria tiene todos los colores del universo y así debe integrar sus unidades. A mí me habían escogido los godos porque me parecía en todo a las normas establecidas por los godos. ¿Por qué me iba a sentir orgulloso de ser como ellos y gozar las satisfacciones de su racismo? Yo soy americano puro, es decir, un ser integrado por todas las razas de la tierra, razón de ser de la variedad y no de la monotonía.

Por eso cuando escogí mis catorce seguí un criterio nacional. ¿Cómo somos? No podía integrarlos con excepciones. Ni crear la categoría de los extraños, de los distintos, de los que menos se parecen a los criollos. En mis catorce entraron todas las posibilidades del engendro nacional.

Los españoles no podían entendernos como engendro nacional. Como no entendieron que muchos de nosotros aprendíamos a guerrear a la española entre ellos, para pasarnos luego al ejército libertador, ya en conocimiento de todos sus POV.

(¿Qué sabía Morillo de nosotros? El venía con una ley falsa de catorce cargas de caballería —contra mis cansados batallones—, que lo mordían y lo picaban y lo asechaban y no lo dejaban dormir ni beber agua ni desplegar sus efectivos para presentar batalla campal definitiva, de enganches frontales a escalón divisionario. Y Páez le hizo una guerra de guerrillas, de ataques avispa, al detai, sin frente determinado, sin vanguardia ni retaguardia. Y le prendía la sabana y no entendió. El llano era un TO extraño, demasiado chino para el pobre. Aunque el teniente rey general don Pablo Morillo venía de ganarle una guerra a Napoleón con los mismos recursos utilizados por Páez y los llaneros. Morillo y otros generales españoles en la guerra contra Napoleón asimilaron los métodos que había inventado el pueblo. Entonces luchaban por la libertad de su pueblo. Pero no entendieron la guerra de Las Queseras del Medio, de Mucuritas y de catorce cargas consecutivas contra sus húsares de España. Y no entendieron porque se vinieron a América a hacer una guerra represiva, de policía, de tiranía y esclavitud.

—Porque en la guerra lo más importante es el objetivo ideológico. Aquel que te motiva, te enciende y te permite comprender los sacrificios y la muerte como simples accidentes de trabajo. Ese objetivo que no llega nunca al combate real como no sea en el espíritu del combatiente revolucionario.

Y el único peligro del objetivo ideológico es cuando se te calienta en la cabeza hasta el punto de deformar la realidad y hacerla acomodaticia.

No comprendieron el sentido de nuestra guerra aunque se habían formado en la lucha por la libertad de su pueblo).

Pero no es solamente escoger un catorce lo mejor de la guerra. Lo más importante son los jefes. Para ser jefe se necesitan condiciones probadas. Si alguien te envía a la muerte es porque ese alguien ha ido muchas veces por sus propios pies a ella (si tú eres mi jefe es porque me superas en inteligencia y valentía. Dos cosas que generalmente no se combinan).

Para nosotros fue sencillo cuando propusimos como escuela de guerra medirnos con nuestros propios soldados y descubrir así sus capacidades físicas y mentales. Los jefes no se pueden escoger a dedo porque la vitola puede confundirte y crear predilecciones y amiguismos y adulancias que ciegan. Porque hay bocones y gente que se arregla sus pintas todos los días al amanecer.

Lo que tú escoges en la paz casi nunca da resultados positivos en la guerra.

A la guerra no se puede ir ni con malos jefes ni en mala compañía.

(Si vas a la guerra debes ir con los hombres de la guerra y no de la paz. Si vas a la guerra debes violarlo todo antes de irte y no atarte a disciplinas que solo se han probado en la paz.

Los llaneros —que no éramos belicosos— nos convertimos en los mejores guerreros en una coyuntura. Pero éramos hombres que aprendíamos a sacrificar desde niños en nuestro trabajo diario. Para nosotros la sangre no es un líquido extraño pegajoso, capaz de producir náuseas. Los llaneros veníamos de nuestras soledades sangrientas, entrenados en la escuela de ver caer a un animal cualquiera bajo nuestro cuchillo, sin horrores interiores ni remordimientos. Desde la infancia estamos en contacto con la sangre de los animales

y apenas a un paso de las sustituciones: la mínima distancia entre sacrificar un toro o un realista).

Los llaneros siempre hicimos nuestros jefes en combate y nunca tuvimos jefes en retaguardia. El Libertador lo comprendió así y vino a ver a Páez a San Juan de Payara. Los jefes en retaguardia se convierten en impedimenta, en malas plagas que quieren manejar la guerra con instrucciones lejanas. ¿Qué le importaba a Páez el CC o el CA de Angostura y sus resoluciones constitucionales? Páez andaba con sus llaneros y hacía sus Mucuritas contra los realistas.

Los jefes de retaguardia se te convierten siempre en una carga pesada de gastos clandestinos.

—Bolívar nunca fue un jefe de retaguardia, muchacho...

Cuando guerreábamos al lado de los realistas, todos los jefes nos llegaban de España —salvo Bobes y otros jefes formados por los llaneros, por supuesto. Eran jefes por despachos de la metrópoli, muy curtidos, pero extranjeros, entrenados para ciertas situaciones y hechos, pero novatos en los nuevos acontecimientos.

Debemos tener siempre la valentía de gritar: —Señor, usted fue jefe de otras cosas. Quizás de otra guerra, pero no entiende la nuestra y por eso mismo no puede jefearnos...

La mitad de la guerra está en saber escoger los que te acompañan. Sé que es muy difícil. Me dirás que cuando uno comienza la guerra tiene poco en donde escoger: los más son los enemigos y tú apenas has comenzado con voluntarios y no tienes medios para distinguir a un comandante de café universitario de un buen comandante con condiciones naturales de jefe. Es preferible empezar con poca gente, pero muy bien escogida.

—Y por lo que me has dicho —te oigo... te oigo—, Toribio era ciego. Toribio no era un catorce a caballo legítimo ni había hecho como tanto guerrero nato su metafísica de la muerte. No se va a la guerra sin definirse interiormente la muerte como posibilidad. Cuando se va uno, solo con las definiciones revolucionarias de asaltar el poder, lleva el engaño que conduce en poco tiempo a las desilusiones, a las deserciones, al regreso frustrado.

/// Cuando me repite que Toribio era ciego, le digo que usaba lentes muy gruesos. Pero él insiste ///.

—Toribio era ciego y le sacaron los ojos como una ostra. Andaba sin anteojos cuando llegó el enemigo y apenas veía el bulto de un tigre, de una sombra en la cebra de la hojarasca de chamizas quebradas con cautela de animal herido.

—Escoger la gente —y luego hace gárgaras con el trago y lo pulveriza en su pulgar como en la cabeza de un gallo.

Luego silencio. Pienso que se va a ir muy lejos otra vez. No debe irse. Siento necesidad de sus consejos. Cuando lo creo ausente, lo tomo de las manos y le digo al oído:

—No te vayas ahora... espera, sigue... la nueva guerra no ha comenzado aún. Apenas hicimos algunas escaramuzas y seguimos en la vieja patria...

— ¡Patria! — repite con voz quejumbrosa.

Cierra los ojos otra vez, pero habla lentamente con alguna dificultad:

—No toda la gente que dice patria, es la misma patria entre nosotros. ¿Cuántos la invocan hoy para cubrirla de iniquidades, de negocios sucios, de entrega petrolera, de humillaciones? ¿Cuántos la manchan cuando la invocan con su lengua vil?

Hoy mucha gente habla un lenguaje revolucionario de cambio. Han descubierto que el lenguaje no mata a nadie ni modifica el sistema. Hay gente honorable en este país que no puede invocar la patria porque la mancha de dividendos, de fechorías. Debiera existir una ley de invocaciones donde se establecieran sanciones. Moisés tenía una ley para evitar la invocación de su dios en vano o en pagano...

Hay cierta incoherencia en sus palabras. La lengua se le pierde. Sus ojos muestran con más frecuencia un blanco ya turbio de mieles opacas. Tímidamente sugiero un descanso —en la guerra no hay treguas, me dice y toma mis manos—. Pero de nuevo dice palabras raras: un inglés del chingo Oleary, amonestaciones al italiano artillero medio muerto de miedo y que él, Braulio, animaba



con canciones para cortarle el llanto y pudiera corregir un tiro graneado y a ras como lo ordenaba el general Bermúdez. O viejos sonidos guturales de indio onotero medialengua. Esta vez se ha ido en parrafadas sueltas que yo trato de seguir, mientras él escupe y escupe en el piso de la Plaza Bolívar. Poco a poco comprendo que pasa revista a su tropa y cuenta trozos de la vida de cada uno de sus catorce a caballo. No recuerda sus nombres, pero sí sus hazañas. Y se le confunden los catorce de la Independencia con los catorce de la Federación que muchas veces los integró con los hijos de los primeros.

Si se complica, pienso llevarlo a la casa arzobispal —aunque ya no está Coll y Prat—, y no se lo digo porque con sus catorce a caballo vuelve al espíritu de los racionalistas franceses.

Dice un Rafael entre dientes a mil leguas de memoria y de cansancio. Es uno de sus hombres y monta una bestia cana, mientras Braulio anda en un caballo marmoleño, de cascos de aire, escogido entre cuatrocientos, todos del mismo hierro. Y lentamente comienza a narrar fluidamente:

Uno de mis catorce quedó tuerto cuando se sacó el ojo con su propia lanza. La lanza tenía una lengüeta muy cerca del cubo y me parecía peligrosa.

Yo le decía:

Te vas a malograr, muchacho... uno de estos días se te queda un ojo en el garfio...

Pero él se reía y la dejaba descansar por la lengüeta en un apero de su silla que había inventado.

Era una lanza corta que llamaban la ñata o la retaca entre la tropa (en cambio Torrealba tenía una lanza- quijote de seis varas y sin empates —salvo el dividive de la punta—, bautizada la Torrealba porque podía punzar el cielo hasta la cruz). Rafael adoraba su lanza corta de dos varas y media y con lengüeta en lugar de cruceta fija en la hoja. Decía que cuando le provocaba arrastrar un español a la cola de su bestia cana, lo fijaba con la lengüeta y lo paseaba como un manatí de la venganza (era una lanza fuera de reglamento por el tamaño y la lengüeta, pues parecía más bien arpón. Pero muchas armas de la independencia no eran tan

reglamentarias que digamos, pese a que el Libertador insistía y mi general Bermúdez también. Fabricamos o imaginamos muchas armas que nunca manufacturamos. Por ejemplo, siempre tratábamos de estar fuera de los calibres establecidos y mientras el español aumentaba los pesos de las balas nosotros las disminuíamos para llegar más lejos // a mí siempre me gustaron mis balas de cuarenta y cuatro que vaciaba en moldes de trompo en la tierra. Y me las aceptaban porque yo inventé las bombas tulipanes de cuero que dejaba templar en el sol, con mechas de cuatro pulgadas que hacían estragos en el enemigo ignorante de estas armas//. En la guerra, muchacho, comienzas con un arma y terminas en la paz con otra. Si tengo tiempo te hablaré de otras armas que inventamos y no se registran en la historia).

Rafael recibió su lección reglamentaria: el hierro le quedaba muy cerca de los ojos en los movimientos. Y él no lo entendía así hasta aquel día que salió conmg y sus dos ojos para regresar tuerto...

Mi general Bermúdez me llama aparte y me dice:

—Lo voy a exponer al mayor peligro, Braulio. Si usted no quiere, me dice y no va... esta es una misión voluntaria...

—A sus órdenes, mi general...

—No te habla el general... te habla el general y amigo, Braulio... Tú eres mi hombre de confianza... pero los godos fusilan diariamente a los desertores... vas a ir de parlamentario ante el general Pereira...

—Ya viví bastante entre los godos, mi general...

—Pero me he encariñado contigo y no quiero que te dejen muerto allá...

—Desde que se reguló la guerra respetan a los parlamentarios...

—Quiero que vayas a negociar: la permuta de un soldado patriota por dos de los suyos, por un cabo tres y por un sargento cuatro. Y si aceptan, por un oficial una sección de caballería sin las armas ni los caballos. Y cinco gallardetes de España por uno nuestro. Porque debemos dejarles ver que les pisoteamos sus insignias como alfombras de tantas que tenemos...

—Escoja la mejor bestia y si no encuentra apropiada, llévese la mía. Y deje hombres a escalón que puedan avisarnos con tiempo.

(Ellos debían saber que teníamos muchos prisioneros. Pero no podríamos permitirles ni siquiera suponer que eran una impedimenta en una tropa escasa, sin campamentos en retaguardia y con una misión diversionista al entrar y salir de Caracas. Presentíamos ya la victoria y evitábamos derramamientos inútiles de sangre. Por eso debía correr todos los riesgos y llegar al cuartel general enemigo.

Me llevé a Rafael con su lanza corta de lengüeta a un cuarto de legua de mis catorce escalonados —él era bueno con la lanza y montaba una bestia que volaba).

Le dije:

—Quédate emboscado; si no regreso, soy hombre muerto. Y debes avisar con mis catorce a mi general Bermúdez. Les prohíbo que vengán a rescatarme. Esa no es misión de nosotros (pero el catire no obedeció la orden estrictamente. Se vino poco después cuando le pareció que tardaba mucho y se emboscó en un carutal, cerca de la primera posta).

Y yo me fui patria y patria por el camino, aparentemente sin armas, pero con un cuchillo escondido profundamente en las verijas. Porque no se puede confiar nunca en los realistas, y menos si, como yo, había formado parte de sus tropas meses atrás y conocía perfectamente sus malas maneras.

Yo me decía, si razonan como lo ha previsto mi general Bermúdez, no me fusilan. Si razonan así, me repetía.

—Bermúdez manda un emisario a negociar prisioneros, eso significa que tiene suficientes fuerzas para perseguirnos y aniquilarnos si le matamos al emisario...

Venía por el camino repartiendo mis patrias con los cascos de mi caballo y afincaba mi voluntad y mi vida en ellas. Pero se me ocurrían otras razones que trataba de apartar con los alones de mi sombrero:

—Si Bermúdez manda a negociar los prisioneros es porque son impedimenta y no puede incorporarlos a su ejército y anda escaso de recursos...

Y agregaba para mis adentros:

—Además, manda a Braulio, un desertor, para ofendernos más...

Y si razonan así, me fusilan, después de leer la requisitoria contra Torrealba y yo, en un acto de moralización de tropas.

Pero moriré patriota y no realista que es lo importante en la muerte de uno. Y con estos pensamientos llegué en mi yegua rucia "...á la primera avanzada, me preguntaron quien vive, á lo que contesté ser parlamentario de la patria; como hasta esa fecha la voz de patria era un terror para el godo, formaron inmediatamente la guardia viniendo á mi encuentro á espada desnuda, un comandante, un capitán y un ayudante; me mandaron desmontar y me examinaron: me vendaron y volví á montar y tomando ellos la bestia de diestro me pasaron de la avanzada; antes de llegar á donde estaba Pereira encontré dos retenes más los que me hicieron las mismas operaciones; llegué pues á la Comandancia de dicho Pereira, donde le propuse como me ordenaron, la permuta de un soldado patriota por dos de los suyos, por un cabo tres...

Contestóme que no había lugar; regresé por donde mismo, pasando la pena de ser nuevamente vendado.

Y ni siquiera ante la humillación de la venda pensé en el fusilamiento. Me sentía orgulloso de cumplir misión tan importante, y sobre todo cuando veía el lado humano de intentar salvar los nuestros...

Venía de posta en posta y "preguntóme el Comandante del último retén en qué bestia entraría yo en batalla para seguirme; le contesté:

—En esta misma y nos veremos...

—Es que me gusta esa yegua rucia que son muy buenas en el agua...

—Pues la encontrará sin jarretes...

Y cuando me quitó la venda apenas vi al Catire Rafael, con su lanza en el empeine del pie que lo suspendía en el aire malherido para rematarlo con los cascós afilados de su bestia. El otro se me vino encima, pero ya tenía el cuchillo en la mano y lo dejé clavado en el fuste blando de bucare. Cuando alcancé al Catire le corría sangre cerca de un caruto por un ojo y le grité:

—¿Cómo que te cortó el sargento, muchacho?

El se tapaba media cara con la mano y le brillaban unos cristales gelatinosos en los dedos. Corrió a mi lado y me dijo:

—No, mi capitán... me malogró la lengüeta en el ojo.

Era muy liviano y me levantó mucho la ñata. Y quedó tuerto, pero llegó a Bolivia y allá vive con una mujer blanca y lechosa que le reparó la patria.

Después que llegué á donde Bermúdez le di la contestación y me dijo:

Está bueno: mañana se los quitamos...

El día siguiente amanecimos con los fusiles en balanza, ocupando las bocacalles de Caracas, repartidos en guerrillas de compañía; aquí volví a mi caballo alazano y le dije á mis compañeros de á caballo:

—Si la necesidad nos obligare á echar pie á tierra, cada cual desgarrará su bestia y nos introduciremos en su Infantería; el que muera aquí va á resucitar a su tierra y el que quede vivo, se abrazará de la Cruz”.

Y todos desfilaron para besar la cruceta de mi lanza, con el sombrero en la mano.

No habla más. Se le traba la lengua. Pero le vuelve la voz con un trago y, mientras escupe, me dicta la síntesis con los ojos, con las manos, con su paso decidido a aplastar la araña en el piso:

Tú no vienes de la guerra, muchacho... no se viene de allá a buscar trabajo o a vender el trabuco de bronce del mosca de Morales. No se trata de saber escoger el caballo y la mujer... hay que saber escoger los hombres...

Silencio otra vez. Pero sus ojos están vivos. Aún no concluye.

—La guerra es también lograr la decisión y la voluntad para el sacrificio supremo. ¿Toribio era ciego? Un ciego es un escogido para otras cosas... desde el nacimiento de la humanidad...

Y el hocico de bronce de la estatua del Libertador se llena de sol en esa hora única de la tarde... cuando a mí se me llenan de nieblas, de oscuridades y de soles muertos, en los ojos, con las lágrimas.

Braulio me ve, toma mis manos y declara solemne:

—Llora, muchacho, yo lo hice dos o tres veces en campaña... hoy la humanidad solo llora en los dolores físicos...

Pero ni eso. Apenas son dos o tres lágrimas, nada más.





Yo apenas sabía de reyes y de patrias. Esos eran mis elementos antagónicos en la más extraordinaria simpleza. Liquidar al rey o el reino y establecer la patria. Y parecía suficiente para realizar los sueños de libertad.

(Primero fue en la infancia como saca-real-majestad en los cuentos de los indios, de los negros y de los zambos, ya deformadores ingenuos o irónicos de las realezas esclavizantes. Entonces aparecían en sus cuentos con mantos enjoyados y palacios y princesas encantadas debiluchas y pálidas, pero contados por harapientos sudorosos en los galpones de pardos o esclavos. Y allí lograba la infancia su felicidad en sueños. Luego, cuando nació la patria se la identificó como la diablocracia, mandingocracia, bandidocracia o belcebucracia enemiga de la princesa encantada. Y más tarde gavilla-de-cobardes-numerosa, cimarrones, salteadores de caminos para lograr una contrapartida favorable a la causa del rey).

Te hablo así porque estaba muy confundido cuando se nos exigía entender que era un presidente, después de la toma de Caracas. Yo no sabía de presidentes. Para mí, Bermúdez era el jefe porque sabía exactamente lo que ordenaba: mata o sigue adelante, duerme o despierta, no descanses, prende el monte para que salga la emboscada, vamos a Caracas. Y eso era la patria para todos en aquella campaña.

Yo llegué a la casa de don Roque Pinto el mismo día que tomamos a Caracas, donde estaba hospedado mi general Bermúdez, porque me mandó a llamar. Él quería explicarme las cosas que uno empieza a comprender lentamente en campaña. /Porque si yo camino adelante, soy un adelantado de la tropa que debe saber las estrategias de los jefes y no solamente las pequeñas situaciones del combate/. Pasé el cabestro de mi alazano por una de las argollas de la casa y le toqué las orejas a la bestia para que se quedara quieta un rato, solo con el abanico de su rabo. Caminé con mi marca de espuelas en los ladrillos porque estaba contento y victorioso después de cumplir con la orden del Libertador. Crucé entre rosas un patio, seguí por un pasillo, columnas y materos. Oí unos pájaros que retozaban en una pequeña alberca azul —ni realistas ni patriotas retenían las aves en jaulas para evitar identificaciones esclavizantes. Llegué a un cuarto de esclavos, escogido por mi general como dormitorio y cuartel general. Una jofaina, un catre entre amarillo y sucio, una pequeña mesa con papeles y borradores de proclamas, y el frasco de anisado de Antonio con un vaso en el gollete que escurría gotas azules en la oscuridad interrumpida por una claraboya. Yo me figuraba a mi general en el mejor cuarto y atendido por sirvientas mulatas y esbeltas. Pero estaba allí solo, ojeroso de no dormir, con la cucaracha de oro en las manos y la espada ancha en el cinto. Su caballo predilecto bien aperado en la puerta y un sirviente le servía maíz en un viejo y remendado morral por donde escapaban granos blancos que se disputaban dos palomas y un gallo tuerto.

Ya había dejado de marcar el piso con las espuelas cuando llegué a mi general. No quería que tintinearán siquiera en su presencia de ídolo flaco, picado de viruelas. Cuando habló hasta los pájaros callaron y sólo se oía el maíz en los colmillos del caballo.

Me dijo:

—Braulio, hay que hacer las cosas bien hechas: ya tenemos Caracas. Pero necesitamos un Presidente para la patria...

(Para mí había sido muy fácil hasta allí: llegamos a Caracas en lo que canta un gallo. Pero no entendía eso de presidente y menos si se trataba de uno



constitucional porque había que nombrarlo. Se me formaban imágenes confusas de reyes-presidentes, regentes-presidentes, gobernadores-presidentes, virreyes-presidentes, libertadores-presidentes o soldados-presidentes, porque pensaba en mí como tal cosa, cuando me mandó a llamar.

Deberíamos necesitar uno, pero yo no sabía.

¿Para qué sirve un presidente, me preguntaba? Patria y presidente no formaban en mí un solo elemento. ¿Todo en la patria era llegar a eso, nombrar un presidente? ¿Tener uno? Torrealba, por ejemplo, presidente, ¿para qué, si no dejaba de ser Torrealba para mí y sus escuadrones? ¿O sencillamente hay heridas suma por suma que dan ese último grado en la patria? ¿Mientras más cicatrices tienes más presidente eres?

Mis propias preguntas me volvían loco. Y mientras más me esforzaba por comprender surgían nuevas preguntas: ¿Un presidente era como un nuevo rey? ¿Si desconocíamos a Fernando VII deberíamos sustituirlo por un rey de la patria de garrasí y sombrero, pero también dotado de cortes y maravedíes y doblones mal habidos?

Un presidente es raro e incomprensible, si sales de un reino después de derrotarlo en los campos de batalla. Porque te preguntas sin darte cuenta, ¿de qué sirve el general que te conduce victorioso? ¿O se trata de crear un poder real y otro poder obediente? // Yo entré a la patria para no tener rey ni reinos ni imperios ni dominios coloniales. Mi único rey sustituto es la anarquía de liquidar los reinos autocráticos o parlamentarios, absolutos o constitucionales. Después entendí que un presidente en nuestro país es un rey en la miniatura de un período constitucional o de una asonada militar).

Se me hacían pequeños los dos ladrillos donde apoyaba mis pies casi descalzos, sucios, mugrientos, llagosos, pero firmes allí ante mi general. Yo no quería contestar de inmediato porque mientras me confiaba sus pensamientos en voz alta me invadía cierta tristeza. Algo así como si nos abandonara ahora después de la victoria. Pero Bermúdez me apremiaba: habíamos pasado ya dos horas en Caracas y era mucho tiempo y podía surgir alguna confusión en los principales

y el pueblo. No debíamos dar la impresión de montonera triunfante sin estrategias definidas de un ejército respetable, capaz de llenar de inmediato el vacío de poder. Si tomas la capital debes continuar tus operaciones en un plano político-militar, pero sin demoras ni vacilaciones. Las juntas han fracasado, decía. Y menos entendía. Por eso casi grité en el esfuerzo de salir de mis timideces:

—Mi general, ¿y de qué sirve usted? ¿Usted no es el hombre? ¿Presidente es algo tan distinto a usted que no puede? ¿Se tienen que separar esas cosas y por un lado va el presidente y por el otro el general?

Él me miraba sin dejar de acariciar desesperadamente la cucaracha de oro:

—En esto soy un bruto, mi general; acabo de llegar de los lados realistas y entendía muy poco en 1810. Soy solo un hombre de armas y cuando volví a la patria con Torrealba siempre he caminado en la vanguardia de sus ojos para adelantarme unos instantes a sus presentimientos de jefe. Yo creía que Caracas era el objetivo, la victoria y después otras hasta saciarnos de victorias. Dígame, ¿debemos elegirlo primero para luego liquidarlo cuando ya no lo necesitemos?

Me tomó por los hombros y me dijo:

—Cuando un llanero no quiere entender, Braulio, echa por delante todas las brutalidades de su caballería. Y mi vanguardia debe saber que la patria no es el acto solemne, sencillo o desesperado de gritarla para identificarse con otra vanguardia. O invocarla en las largas noches de espera, de soldados medio muertos de miedo. Un presidente sirve para tirar los puentes de las alianzas, de los apoyos, de los ablandamientos. No es un jefe para la guerra y la gente en armas, sino para la paz, los principales y el pueblo. Porque quienes no aceptan la soldadesca salvaje, maloliente, de lenguaje grosero y de pocas vucencias, adulan al presidente y contribuyen y le rinden reverencias.

En una pausa busca entre los papeles unas palabras del Libertador, pero no las encuentra. Me dice: es algo sobre un hombre para la paz y otro para la guerra.

—Y necesitamos uno bueno: orador, elegante en su uniforme de gala sin manchas de sangre, pulcro y sin barro en las botas, valiente, de buen afeite.

Tampoco un bolsas ilustre, iluso y de pintas, incapaz de comprender su papel. El hombre que comprenda los verdaderos alcances y limitaciones de sus poderes.

Yo insistí:

— ¿Y por qué no puede usted, mi general? Dos veces me gritó Braulio con los ojos encendidos. Pero luego se suavizó con un anisado entre los dos. Y dije apenas:

—Uno con pinta de jefe que lo acepte a usted en campaña como superior...

Bermúdez no respondió y se produjo el silencio de los granos de maíz en los colmillos del caballo. Le caía todo el sol por la claraboya del techo e iluminaba el altorrelieve de su rostro picarazado de viruelas. Y por fin apareció una sonrisa breve, apenas una fuga de su genio malhumorado y soñoliento.

—¿Y el Libertador? —pregunté animado por el anisado.

Caminó hacia el caballo y le dio azúcar negra, se lavó las manos ruidosamente, a salpicones largos y me miraba sin volver el rostro:

—Con azúcar siempre los cristales y las manos quedan limpios.

No se me ocurrió nada en este gesto de entonces. Pero siempre lo recuerdo vivo ante mis ojos. Y luego estas palabras:

—Nosotros debemos hacerlo frente a la Catedral para oír votar toda la tropa, en la escogencia más limpia, pero sin desconocimiento a los mandatos del Congreso convocado por el Libertador... una asamblea en armas, porque eso somos, ese estilo nacido en Oriente, donde las cosas son más directas.

Cuando me retiré no marcaba las espuelas arrogantes en los ladrillos ni aprecié el rosal, las rosas y los pájaros: me creí flotar en una nube patria nueva para mí. Con mi viejo fusil caminé con los colmillos del caballo en el maíz y una voz de trueno que asustó a las palomas e hizo levantar la cabeza del gallo:

—¡Viva Venezuela! ¡Viva Colombia!

Y ya en el zaguán, muy débil:

— ¡Viva el Libertador del Libertador!

Pensé:

—Mi general está conmovido y quiere comunicarnos a todos nosotros su emoción, la más profunda razón de su existencia. Seguramente ahora está solo otra vez con la cucaracha de oro entre sus manos...

Cuando llegué a mis catorce solo me quedaba el eco martillante de aquel grito, pero miraba al sol y evitaba sus rostros ansiosos, curtidos, oscuros de barbas o lampiños, según lo blanco o lo indio predominante. Sonrisas, guiños, oídos tensos, alegrías contenidas por ese presentimiento constante de soldados cuando uno conferencia con los jefes. ¿Qué presentían? ¿Una orden de saqueo como ya lo temían los principales de un jefe como Bermúdez? ¿Botín? ¿Rifarse una o dos de las escasas señoritas blancas de Caracas como premio?

Muchos eran unos recién llegados como Torrealba y yo a la patria. Pocos venían de siempre. Y el sol empezaba a herirme en esas lágrimas profundas que provocaban en nosotros las pocas muertes fuera de combate. Sin embargo, dije sin mirarlos aún:

—Mi general Bermúdez nos convoca a la Plaza de la Catedral con todas las armas. Quien tenga muda limpia que se cambie y se lave (pero yo mismo me preguntaba, ¿quién puede tener muda limpia o sucia entre nosotros?). También pueden usar el uniforme de gala realista...

Parecían más ansiosos.

Agregué después de una pausa de alegres comentarios entre ellos:

—Recojan flores y llévenlas, aunque no vamos para un matrimonio o un funeral... vamos a nombrar presidente de la patria...

Trataba de adivinar en el conjunto oscuro de sus rostros:

—Quien tenga sucia de sangre la lanza, que la lave, pero no en las pilas de agua bendita de la Catedral...

Y para lograr alguna alegría:

—Pueden beberse las raciones de ron dos veces... serán tres toques de reunión al centro, muchachos...

Yo no lloré ante mis catorce a caballo, pero nos abrazábamos y nos despedíamos como en un duelo por la patria, llegada a la catástrofe de elegir presidente como única solución para seguir adelante.

Vi como corrían, bebían, escupían y se arreglaban sus trapos en los portales de la catedral y los zaguanes de las casas de los principales.

Me agotaba en esta primera elección. Y así cansado, le dije al corneta (porque entonces tenía corneta):

—Toque reunión al centro, aunque nos veamos rodeados de gente extraña...

Y volvían más preguntas en el primer clarín de reunión: venimos de victorias colectivas, ¿quién nos garantiza una victoria en la elección de un presidente?

Cuando terminó la segunda reunión le grité al corneta:

—Toque una oración...

(Yo no sé si mis temores, mi duelo por la patria, puedo encontrarlos en los instantes anteriores a la toma de Caracas. No fue un encuentro casual. Déjame volver a aquel instante.

Volvimos á marchar cada uno en puesto. A las nueve de la mañana encontré veintidós personajes ó caballeros bien puestos, con los sombreros forrados en blanco. Les pregunté:

—¿Quién vive?

Me contestaron:

—Patria.

—Alto esa patria hasta segunda orden... Dando tiempo á que mis catorce se acercaran.

Cuando me llegaron les dije:

—Si son patriotas avance uno...

Se vino un buen hombre en una muía záina. Le pregunté:

—¿Quiénes son ustedes? Contestó:

Somos la plana de Caracas, que venimos á recibir al general Bermúdez...

Entonces los mandé á avanzar uno á uno con diez varas de distancia, los formé frente á los míos y les dije:

—Ustedes quedan aquí hasta mi venida.

Regresé para donde estaba Bermúdez y le dije lo que había encontrado.

Dice él:

—¿Esto es verdad, Torrealba? Han sabido el palo que le dimos ayer y vienen á encontrarnos. Vamos allá.

Me puse delante y me siguieron Bermúdez y Torrealba, cada uno con su espaldero: llegamos á donde los tenía parados. Les preguntó Bermúdez:

—¿Quiénes son ustedes?

Contestó el de la muía que era un señor Francisco Berrutia:

—Somos de la plana de Caracas, que venimos á recibir al general Bermúdez.

—¡Oh! Yo soy Bermúdez...

—Pues venimos para servirle de norte para la entrada del pueblo...

Ofreciéndole que si le disparaban un tiro, pagara con nuestras vidas.

Contestó Bermúdez:

—Eso es lo que yo quiero; vengo á sembrarles en la fuente de Caracas el árbol de la libertad para que vuestros hijos gocen de completa dicha.

Entonces allí esperamos al ejército, pusimos la infantería delante y yó vine á dar con mis catorce de retaguardia, llevando á los veintidós caballeros arrestados. Dando el reloj las 12 del día 14, nos estábamos formando en la plaza de Catedral, y con voz estentórea y triunfante gritó Bermúdez:

—¡Abajo la Corona y arriba Venezuela!

Y en el acto mismo nombramos al General Soublotte primer presidente de Venezuela”.

Porque yo sabía que siempre los principales o plana mayor de Caracas se adelantaban antes de llegar a la capital y no importaba si era realista o patriota el ejército).

Bermúdez no gritó para la tropa solamente. Gritó ese abajo la corona al mundo con un carajo enorme donde se incluían todas las tiranías de la tierra.

Y Soublotte estaba pálido en su caballo pálido, consciente de sus responsabilidades y que lo expresaba siempre, sencillamente, cuando nos amenazaba la dispersión:

“—Bermúdez: como la vanguardia patriota me ha nombrado presidente, el resto debe acatarme en donde yo instale mi Congreso; soi de opinión que lo hagamos aquí, porque nos queda el camino libre por Río Chico para las comunicaciones hasta Güiría y las embocaduras del Orinoco...

Y muchas veces levantamos las lanzas al cielo, donde vivía primero mi general Bermúdez, después de mi general Soubllette.

Y la tropa estaba satisfecha de estrenar presidente:

—Hacía mucho tiempo no teníamos uno —me dijo el Zambo en una confianza de borracho—. A mí me hubiera gustado votar por mi general Bermúdez... le tengo más confianza...

(Pero Soubllette era igual a cualquiera en campaña, joven, de nuestra misma edad y decente, porque llevaba también un congreso en la cabeza para hacer las leyes como dios manda).

Poco antes de la orden de romper filas, Soubllette abrazó a mi general Bermúdez ante la tropa y dijo:

—Gracias, mi general...

Y ninguno de la plana mayor de Caracas nos dijo forajidos o bandidos y se retiraron a sus casas con sus cajitas de rapé a celebrar derrotas victoriosas.

(Pero después de este acto solemne no hubo una recepción en la Casa de Gobierno, ni siquiera para los oficiales. Soubllette, acompañado de Bermúdez y Torrealba, caminaron entre las distintas secciones de la tropa y saludaban y abrazaban con grandes demostraciones de alegría. No era un besamanos como ese que ustedes conocen. Era todo lo contrario. El presidente venía a nosotros. Cuando llegaron al lugar donde me encontraba con mis catorce —allí mismo en el centro, donde está la estatua del Libertador ahora—, oí cuando Soubllette le preguntaba a Torrealba:

—¿Y dónde está el Catire? —así me llamaba Soubllette.

Torrealba respondió:

—Allí está, vucencia... le canta a sus catorce...

Soubllette me abrazó el último y dijo:

—Ahora la patria tiene presidente, Braulio...

—A sus órdenes, mi general —pude articular medio muerto de responsabilidades, pero con los ojos fijos en mi general Bermúdez.

Y Torrealba me dice al oído:

—Braulio, ahora es el presidente y hay que decirle vucencia, ¿acaso no oíste a Bermúdez?

Y corregí en voz alta para que oyeran mis catorce también:

—Perdona, mi general, vucencia...

Bermúdez, Torrealba y Soubllette sonrieron, mientras mis catorce gritaban:

— ¡Vivan mi general y vucencia!

Y Soubllette emocionado me abrazó de nuevo para decirme:

—No importa, Braulio: esto es nuevo hasta para mí, que ahora me estreno de presidente, con sin vucencias...

(¿Qué se sentirá de presidente?, me preguntaba cuando me quedé solo con mis canciones. Uno viene haciendo la guerra sin importarle otra cosa que matar españoles o criollos al servicio de los realistas, y de pronto tiene que nombrar un presidente y decirle algo distinto a general o comandante o don Carlos, como cuando se sentaba en una punta de la cobija a jugar dados. Dime, muchacho, ¿las cosas son más grandes y el presidente debe ensanchar sus espaldas, su frente y sus ojos para captarlo? ¿Debe hablar más y ser más padre de todo y de todos o sentirse humilde, humillado, pequeño ante el compromiso y las soluciones previa consulta? Siempre me resultaron extraños los presidentes. Porque desde el principio cuesta acostumbrarse a mi general Bermúdez y a mi vucencia el presidente Soubllette.

Después, en otras guerras, cada vez que necesitábamos uno, lo nombrábamos y seguíamos en campaña como si nada, busca y busca sin encontrarnos y a veces hasta sin reconocernos a nosotros mismos en los presidentes que nombrábamos).

Al día siguiente fuimos a La Guaira por espadas y cobijas. Yo pensaba en mi general Bermúdez en el presidente, en el vengo a sembrarles el árbol de



la libertad, después de aquel. ¡Oh! Yo soy Bermúdez, y apuraba el paso para despejarme.

Era algo extraordinario para mí en el primer contacto con la brisa marina: ¿Bermúdez desconocía sus dones para reconocerlo en otros? Y más extravagante todavía cuando no aceptó la sugerencia y las presiones de los adulantés, que lo querían cubrir con el manto de libertador de Caracas en la Catedral. El no aceptó y me dijo en sus soledades de cucaracha de oro:

—Mientras ustedes me acompañen no seré Libertador, sino conductor de los libertadores, porque la libertad no es un hecho individual. Tenemos solo un Libertador y los notables me ofrecen el título, porque quieren putear esta distinción: todos cuantos llegan, para ellos —realistas o patriotas—, son sus libertadores. Luego agregé con amargura:

¿Cuántos se han gastado sin ver la libertad de ellos mismos, siendo libertadores?  
 ¡Cuánto lo hace pensar a uno la bestia en el camino!

Yo me decía, los presidentes se gastan como jabón, solo los libertadores quedan...

Recogimos las armas en La Guaira y nos llevamos todas las cobijas necesarias para nuestros escuadrones. Y un celador real, muy celoso en el cumplimiento de sus deberes —que ya no existían porque los habíamos destrozado— correteaba detrás de nosotros con sus letanías y sus responsabilidades que en aquel instante dejaban de ser realistas por la sustitución patriota. Se quejaba malherido en su orgullo de celador, y de cada diez palabras dos eran Dios y pecado y violación de mandamientos, hasta que el Zambo sacó el cuchillo y empezó a destrozarse las cobijas que quedaban:

—Si no son para nosotros, no serán para nadie —rrritó y los demás lo imitaron en una danza de cuchilladas en un ejercicio con almohadones para el arma blanca.

Y el celador lloroso, en un hipo infantil de anciano, se hincaba y santiguaba al mismo tiempo, con un viejo inventario de existencias donde le iba la vida.

Yo lo tomé de sus manos y sin leerlo siquiera escribí al final del legajo:

“Vale por todo lo que había en este depósito. Por la patria, Braulio Fernández”.

El viejo celador se calmó, dijo que lo correcto era un acta y testigos, pero que eso valía.

Yo no estaba conforme. Me parecía que faltaba algo. Antes, en las requisas de bestias, dejaba constancia de sus hierros, su pelo y sus colmillos y firmaba yo solo sin sentir que me faltara algo por hacer. Pero ahora sabía que algo no estaba en regla. Poco antes de irnos encontré la falla en el inventario. Le pedí los papeles de nuevo al celador, todavía receloso y agregué:

“También por vucencia el presidente Soublette, vale”.

Regresamos a Caracas medio godos por las cobijas y espadas nuevas. Todavía olían a sebos, betunes y cachos rancios los sables. Y por eso deduje que los filos apenas estaban vaciados en la forja y solamente podían cortar por fuerza, por empuje y por coraje, y no por su propia naturaleza de arma punzante, cortante y de golpe.

Como experto armero, reuní a mis catorce y di la orden:

—Todos a espada desnuda... revisen los filos y tíenténlas de punta a tarama para saber las fallas de la hoja. Noten el floreo de la punta y descubran si hay crujidos...

Y todas resistieron las pruebas en unos arcos y sonidos sutiles en el aire. Pero queríamos mejores filos.

Por eso dije:

—Todos a buscar amolador, mollejón de grano fino y asentador...

Pero cuando algunos ya montaban, venía por la plaza el amolador con su cajón de gran rueda y su música de cañutos de bambú. Traía el agua terciada en una tapara larga y curva con un tapón de tusa. Vestía una casaca raída de paño —fino antes de 1810—, sudada y quemada a la altura de la cintura veteada de limaduras. Parecía el hombre más pobre de la tierra con su nariz aguileña entre dos ojillos verdes profundamente incrustados de moscas redondas en la cara.

Sin duda, espiaba porque sabía que tendríamos necesidad, en algún momento, de sus servicios profesionales.

Nos saludó con la diestra estirada como diciendo: venga el primero.

Pero yo le dije:

—Nosotros tenemos un reglamento de filo y filo en la punta hasta por el lomo, como las espadas barinesas, de totuma, ¿usted lo sabe?

Me miró con cierto desprecio en sus mosquitas verdes y respondió:

—Si sé, mi doncito... yo le he sacado filo hasta a Bobes...

—Nosotros no somos Bobes —respondió el Zambo.

—Ustedes son la patria —replicó altivo.

—Está bien —dije—, pero me respeta los canales del aire que son reglamentarios... y humanos, porque el arma no se adhiere como ventosas en la carne.

Y el amolador comenzó a hablar y hablar. Para halagarnos, decía que era algo nuevo inventado por nosotros para humanizar la guerra. Y las lanzas —lengüevacas, palmasolas, chivacoas, santacatalinas, pencas, maraconas, cu-loehuesos—, ya los patriotas las descartaban por las de dos filos y dos crestas, más humanas todavía.

Y cuando decía eso de humanizar la guerra, yo esperaba el nombre de Morillo para mandarlo a callar y que sólo se dedicara con amor a hacer filos si realmente ese era su oficio. Pero hablaba y hablaba: Bobes tenía una lanza lengüevaca con la que se afeitaba y un puñal que llamaba el maracón y le habían mandado una espada especial de España de una hoja de cuatro dedos de ancho y de cuatro canales, más larga que una braza, difícil de amolar porque quedaba crucificado en la espada:

—La chivacoa siempre la cargaba en el cuadril izquierdo —y una navaja sevillana escondida en la bota...

Pero ya no resistía tanto decir y decir de Bobes. Me parecían ofensas de amolador insultado en su casaca española de antes de 1810. Y volvía a enrostrarme la reconquista de Caracas en otra derrota de las armas patriotas. Y recordé cuando nos derrotaron en aquel combate de Aragua de Barcelona, donde caí en manos de los godos y renuncié a la patria porque me trataron bien.

Pero no podía permitir que este amolador me amargara las horas felices de la toma de Caracas.

Le dije con calma:

—El arte de amolador no es como el oficio de barbero. Un amolador no opina ni dice las noticias del día porque es un hombre silencioso, meditador, que pone todo en tacto y vista. Y tiene licencia real para amolar de cualquier bando, sin opinar siquiera ni decir una palabra desagradable que pudiera parcializar el filo que hace en su mollejo...

Silencioso, me miraba y luego observaba el filo. Quizás pensó probarlo en mis carnes y más allá en mis huesos profundos.

Por fin dijo:

—Yo antes era barbero...

Y se cambió a amolador porque ya nadie se cortaba el pelo, ¿quién se corta el pelo o la barba en esta guerra? Nadie quiere sentarse a descansar y oír las últimas noticias de los barcos recién llegados o ya viejos en La Guaira. Ya no hay bayonas ni Pepes recién coronados con la pepa de la constitución. Los barberos se morían de hambre. Los clientes se fueron a la guerra y cambió la moda: lampiños obligados a las barbas enmarañadas de tapasoles en la cara. Y los barberos sabían tanto de pelos como de filos. En la preparación de sus instrumentos de trabajo había otra profesión escondida: amolar, hacer filos pacíficos y ciudadanos, afinar los hierros capaces de acariciar y dejar una sensación de vitalidad en la piel.

(Y también era una manera de protestar, porque se pagaba impuesto a la corona por las barbas, en un derecho a Cid o a Quijote).

—Y nos hicimos amoladores sin licencias porque había buena clientela para amolarlo todo. Amolar los hierros y no solo la cabeza de la gente, los rostros bravucones de los jóvenes patriotas que no comprendían un Miranda que siempre se afeitaba y se hacía su colita de caballo en una trenza de seda.

—De aquí en adelante eres amolador exclusivo de nosotros. Quién sabe cuántos de los nuestros han caído con un filo donde tú te esmeraste con la piedra pómez de los repasos. Y silencio, porque tu voz puede empavar los filos...

Para nosotros fueron las primeras espadas después de tener presidente. Y el Zambo con su cuchillo cachicuerno le hizo una muesca en la empuñadura.

Cuando le pregunté, me respondió:

—Es la marca del primer presidente que nombro...

Y otros lo imitaron...

El presidente Soubllette, cuando no recibía a la plana de Caracas o escribía informes al Libertador, se confundía con la tropa. Fuera de su espaldero, no tenía acompañantes ni hombres que anunciaran su presencia para levantarnos enérgicamente si estábamos sentados en el suelo o en la vieja raíz de un árbol. Merodeaba entre nosotros inquieto, quizás con la idea de expresar algo hasta entonces fuera de los planes presidenciales de Bermúdez. Y le dice a Torrealba: un presidente necesita una guardia de honor, escogida entre los mejores.

Torrealba me lo dijo para que yo entendiera que no era otra cosa lo que buscaba el presidente cuando entraba solo con su ordenanza y espaldero en medio de la tropa:

—El hombre escoge su guardia de honor...

Y ese mismo día le dice:

—“Torrealba, para mi guardia de honor necesito quince hombres de los suyos, entre ellos Braulio”.

Bermúdez estaba allí, pero no dijo nada porque al fin y al cabo era gente de Torrealba y a él correspondía resolver el mejor destino de sus hombres.

Torrealba se empinó en los estribos y escupió, aunque siempre evitaba escupir ante sus superiores, sobó el pico de plata de la silla, abarcó a la tropa en todos los grupos dispersos y respondió tímidamente:

“General, le dejaré a vucencia los que crea convenientes, menos á Fernández, porque hasta aquí nos ha traído soltariamente, así espero en Dios nos vuelva á nuestro Oriente”...

Yo sé que mi general Bermúdez aprobaba la decisión tomada por Torrealba porque confiaba en mí verdaderamente.

Vucencia se lamentó en voz alta. Él no era quien para privar al ejército de un hombre como Fernández. Él se sacrificaba como presidente por la patria, tal como tenían que sacrificarse siempre los presidentes en las horas malas y buenas. Y sobre todo en este primer sacrificio consciente, donde los destinos de Colombia reclamaban para el ejército a los hombres como Fernández...

Mi comandante Torrealba le fue escogiendo la gente y mi general Bermúdez nos observaba, cucaracha y cucaracha entre sus manos...

—Esa es la patria cuando nace. Empieza a loquear hasta que se encuentra o se sigue buscando en las revoluciones... o en las nuevas locuras...

Y al final, Soublette salió con una buena guardia de honor, la mejor para el primer presidente de Venezuela...

## IV

Espera. Hay un frío:

—¿Es de noche, verdad? Lo sé en esa sombra del Libertador que adivino por encima de los árboles y me patea el corazón aquí dentro. Me engaño y trato de esperar, pero ya no grito como antes:

—¡Libertador, baja!

No temas, muchacho... sigo aquí a tu lado.

Ahora no vuelvo a Chaguaramal de Mayorga a soplar una brasa en el fogón y a descubrir la artillería en el humo azul de mi tabaco. La sangre de los gallos ya no me emociona. Estamos sentados aquí en un banco de la Plaza Bolívar y ya un policía ha pasado dos veces sus rondas malencaradas frente a nosotros. No está mi mujer en túnico morado en ningún patio en el ritual de quemar las basuras diariamente para darme después su olor de hojas quemadas, en la cama. No está. Ni me emborracho junto con mi caballo ni hay salvas de aleluya de la prevención cuando paso frente al cuartel. El gallo tuerto y rojo se murió ya cuando empezaron a caer los gallitos del bucare para llenarme de nostalgias. Ella no anda con el túnico morado de las semanas santas apropiado en las reglas, las prohibiciones y las abstinencias, ¿verdad? Y ya maté hace tiempo al jefe civil paecista y no me mandaron al Perú, donde dicen que uno raja las nubes con el sombrero y hay que bajar

la lanza para no quebrar uno a uno los rayos del sol. Y por cada hijo me nacían tres potros.

Estamos aquí en la plaza, donde han atado las patas del caballo del Libertador. Lo tienen paralizado en el salto que no da, en los pasos frustrados, en unas nuevas batallas que no salen de su brazo con espada luminosa, hoy estéril en ese bronce marchito. Ahora me conformo con venir a comunicarme con él en secreto.

Pero no vuelvo a mi pueblo lejano donde mi mujer anda en el fantasma de su túnico morado con un grano de café entre los dientes.

—Espera. Ya salgo. No quiero regresar adonde la soledad te obliga a compartir los anises con el cura. Los catorce han muerto varias veces... allá están ellos con amapolas chupahuesos en la sustancia carne-tierra de los héroes. Los enterré con sábanas y sudarios limpios cuando escasearon las banderas y les labré cruces de palo que ya deben estar tan muertas y tan cenizas como ellos... enterré mis caballos de guerra también y obligué al cura a decirles sus misas para su descanso en paz después de su guerra muda sin libertad ni patria...

Yo me quedo aquí... me necesitas ahora, muchacho, pese a mi tristeza de este instante. Ustedes viven momentos muy difíciles, ¿acaso nos encontramos alguna vez en las victorias o los fracasos? Ustedes viven horas de desesperaciones suicidas, de aislamientos entre ustedes mismos.

—Nosotros alguna vez vivimos así en la desesperación, en grandes oscuridades, en mutuas desconfianzas, donde sólo la anarquía era posible en la nada de la amarga intimidad.

Uno dice:

—La paz solo es posible cuando tú eres el pacificador... para seguir en la anarquía saludable de vivir en la paz de uno mismo que no se comparte ni con la mujer ni con el caballo, ni con los hijos siquiera.

Y esa es otra ley importante en el fracaso. Porque todos creen que es fácil, cuestión de adaptarse, de pequeños puntos por ceder... y el mundo sigue igual.



Los combates vendrán al final, porque esa enseñanza de la guerra emboscada por emboscada entusiasma, pero te da una concepción facilista donde eres capaz de ganar batallas imaginarias. Cualquiera de ustedes puede hablar de combates, de confrontaciones de inteligencias en medio de los roños. Y derrotar ejércitos y convertirse en tigres o serpientes, como en los viejos mitos, o en Páez o Fidel Castro en nuestros tiempos.

La justicia revolucionaria se descubre tarde. Eso del roponcito y el cura que tanto te han impresionado fue una lección de justicia revolucionaria, un mirarnos en el espejo de la codicia, del botín —del saqueo de roponcitos—, del convertir la guerra en un pequeño medio de rapiña. Robas o no robas, matas o no matas, ¿la revolución justifica todo? ¿Te haces adorar como dios y eso es bueno?

A la revolución llegan algunos de los mejores hombres de la tierra; inteligentes, sensibles, valientes, pero también y con más frecuencia vienen los frustrados, los megalómanos, los rencos, los obsesivos, los anormales y generalmente con unos deseos de venganza que pueden evitarse por unas disciplinas y unas justicias que a veces se rompen en los desbordamientos. Hay algunos en nuestro campo con espíritu de policías. En cualquier momento difícil se pasan al enemigo. Si se sienten policías en la revolución, ¿por qué no pueden sentirse policías, igualmente, en el campo enemigo que le garantiza la vida y el derecho a matar impunemente?

(Si te doy una pistola nada más, te hago policía, pero no comandante revolucionario, o tu comandancia solo alcanza el límite de las balas de tu pistola. Esos son tus alcances o tus luces, como decíamos antes. Hay armas esenciales que debo darte antes de la pistola. El arma por sí sola nunca crea una nueva y superior condición humana).

Yo sigo tan humanista aún con mis manos en los calambres fascinantes de las armas de fuego o en mis tensiones tenebrosas con un cuchillo. //Si tomo la espada del Quijote —más untada en óxidos y orines, en frustraciones y sueños que en sangre—, por eso no me siento más justo ni más humanista que

Cervantes. Si me hago Cid aquí en Caracas, nunca paso cerca de Burgos ni tomo Valencia ni un bon vino de juglar desesperado caminador por esa Castilla llanera o carupanera por donde han caminado sus tres días de buscarse, tú mismo o Julio Bonet. Si tú, entre amadises te sustentas y te encuentras palmerin entre mesas redondas, no sería para la cruzada de Mario Abreu que hace las magias de merlín y recrea sus ungüentos y sus filtros de amor, propicios entre damas aherrojadas en hot-pant de acero puro —o de nailon antibalas—, donde las llaves se convierten en estímulo sexual, y entran primero que la carne en la carne, en nombre de aquellos hombres que se fueron un día a las cruzadas sin sexo y sin amor//. Te sientes abyecto y pobre diablo en la paz. Porque así lo hacemos todos cuando no portamos nuestras lanzas ni tenemos las verijas untadas de caballo y ni podemos mirar tranquilos las estrellas desde los gallos y acariciar el morrillo fruncido del becerro que te parió la vaca con un lucero blanco y de cuatro puntas en la frente.

Los españoles hacían una guerra a los criollos con los criollos. Y entre ellos mismos había discriminaciones: eran españoles los blancos con encajes blancos, con fustanes blancos y blancas dentaduras manchadas de café, cacao y tabaco. Eran canarios los amarillos-casicriollos-isleños, de otro color verde en el cuello, para distinguirse de esos hidalgos de bragueta, con siete hijos varones en su descendencia. Y blancos criollos y cacaos-blancos, que aún lampiños compraban derecho a barba. Y enviaban a sus hijos a las escuelas de barberos, donde podían obtener conocimientos más frescos y de una especie distinta a los libros sagrados.

(Pero después, cuando sacamos a Monteverde, yo tenía un canario en una jaula que cantaba la carmañola. Y los jefes civiles educaban decenas de turupiales, paraulatas y hasta cucaracheros que podían cantar por horas el himno nacional en las fechas patrias).

Los españoles requisaban lo que podían llevarse y destruían todo a su paso. Querían arruinar nos el país. Si el cacao no era de ellos, no debía producirse cacao.

No podíamos ser iguales y debíamos crear un abismo entre ellos y nosotros. Liquidamos la vieja regla revolucionaria —la francesa venida de Haití teñida de negro: quien mata y destruye más, gana la guerra. No teníamos por qué quemar siempre. No era el español quien iba a vivir después sobre las ardientes y enconadas cenizas.

Nosotros sí fusilamos. Quizás más de lo necesario. Pero mi general Bermúdez no siempre fusiló tantas veces como se ha dicho, sobre todo después de su entrada a Güiría, a pocos días del doble fusilamiento de su hermano Bernardo. Yo vi cómo varias veces echó la partida para atrás con un fusilamiento. (Sí, también vi cómo partió en dos rolos al corneta con su sable, pero fue una necesidad del combate, cualquiera lo hubiera hecho).

Pero en los primeros días me pareció un jefe malo y despiadado de la guerra: bigotes y patillas unidas en el lazo mortal de la horca, por encima de una boca floja en los pronunciamientos de sentencias de muerte. Venía dolido de Güiría por la mala muerte de su hermano: flaco, alto, picado de viruelas, severo, puro, general entre los primeros generales, pero amargo por las penurias de la guerra y el fracaso.

(La guerra siempre hace los rostros de la gente. Quizás sin guerras no habría rostros, expresiones renovadas de la humanidad. Ni se hubieran acelerado los pulsos y la muerte sería solamente un instante feliz como los nacimientos. Pero la especie inventó tantos rostros como miedos cosechó en la guerra. Y la cara de mi general Bermúdez fue siempre para mí la verdadera faz de la guerra revolucionaria, la de aquella moral que hace tiempo quiero expresarte y se me pierde en unas divagaciones extrañas.

Porque mi general Bermúdez nunca quiso que nosotros fuéramos una tropa cualquiera de la patria, sino los escogidos para una misión de grande arrojo.

Pero por encima de todo, quienes pudiéramos dejar no la libertad, sino la enseñanza del sacrificio).

Él venía de Güiría cuando lo conocimos y poco después condenó a muerte a un teniente. Fue una dura prueba para nosotros los recién llegados a buscar

la patria, y todavía en el espíritu conspirador de hacer la guerra por nuestra propia cuenta si no encontrábamos los jefes apropiados, los verdaderos fundadores de la patria, sin españoles ni mantuanos. Veníamos asqueados de fusilamientos (pero entiende, muchacho, no creíamos que la guerra era un permanente fusilamiento entre nosotros mismos como único medio moralizante. O un encontrarnos con jefes que mientras más fusilaban, más cercanos se encontraban de la libertad).

¿Era lo mismo fusilar aquí y allá? nos preguntábamos Torrealba y yo, confusos y nuevos con ganas de comenzar por nuestra propia cuenta a ejercer justicias.

Pero déjame continuar sin detenerme en nuestras pobres almas confusas de entonces. Te contaré cómo llegó mi único general, ese Bermúdez que me distinguió y yo supe escoger entre los generales de la patria. Porque él fue mi general a la medida y en tantas guerras nunca encontré otro igual:

—“El mismo año 21, el 12 de abril vino de la costa de Güiría el ágil e intrépido general Francisco Bermúdez y por Fernández se puso á la voz con el comandante Torrealba en las mediaciones de Onoto y San José de Uñare, para consultar como daríamos cumplimiento á un decreto del Libertador, que decía así: El jefe que me tome á Caracas el año 21, el 12 de mayo, será premiado, él y sus tropas. Y convinimos la reunión en Sabana-Uchire. Allí supo Bermúdez que un teniente de apellido Salcedo había dicho que por un forastero iban á aparecer á Caracas. En el acto mismo lo mandó á capturar para fusilarlo. Lo pasaron frente á su compañía que estaba almorzando, se despidió de ella y le contestaron:

—Bien puede marchar mi teniente... déjenos acabar...

Ligeramente se desocuparon, corrieron cartucho, calaron bayoneta y marcharon formados de á seis hacia la Comandancia. Dice el centinela:

—General, tropa armada...

Se asomó Bermúdez y vio el armamento brillando con el sol á una cuadra de distancia. Les preguntó:

—¿Qué quieren, muchachos? Contestaron:

—A presenciar la muerte del teniente Salcedo...

—¿Y qué querían ustedes?

—Libertad...

—Regresen para su cuartel y cojánselo...

Así lo hicieron sin más escándalo y sirvieron bien”.

(¿No era ya una extraña comunicación entre jefes y soldados? Esta pregunta ¿y qué querían? en un jefe como Bermúdez y una respuesta gigante de la tropa: libertad, ¿acaso no era el ejercicio de la democracia en armas, después de la guerra a muerte? ¿Habíamos avanzado tanto que nuestros jefes ya sabían de lo que éramos capaces como soldados de la libertad casi a vuelta de camino?

// Fue una consulta para no fusilar, ¿elaboración de nuevas relaciones entre oficiales y tropa, donde casi todos proveníamos de las filas realistas? Era que los fusilamientos habían dejado de ser el centro de la disciplina y de la unidad de mando. ¿O tú crees que no se gana nada moralmente después de guerrear diez años? La guerra no fue un medio para alcanzar como meta la barbarie, en los últimos años nos formábamos como seres humanos, quizás ya asqueados de la matanza. Y los jefes se preocupaban más por nosotros en sus lecciones diarias. Decían:

—¿De qué servirán ustedes después de la guerra? ¿Acaso haremos solo un país de soldados-jefes- civiles mandones, nacidos en la independencia bárbara de la lanza pura de la gloria ensangrentada y sedienta de sangre?

Y Bermúdez me dijo a la hora del fusilamiento frustrado, ya en sus primeras manifestaciones de confianza:

—Todos saben que vamos para Caracas, es el rumor y ningún jefe, aunque sea teniente, debe divulgarlo entre la tropa. Porque muchos están aquí tres días patriotas y dos días allá realistas. Y si ellos lo saben y descubren que somos apenas ochocientos dragones escogidos en desertiones, nos escogen la muerte y nos ponen a señalar caminos con los brazos extendidos y curtidos en aceites de Castilla...

Le respondí:

—Somos distintos, mi general... aquí sin ser los únicos desertores Torrealba y yo, ya rompimos con el rey. Esta es una tropa que ya no se siente con ganas de fusilar a nadie... ni a sus piojos, porque con los años ya son patriotas también...

Me miró de un modo extraño y me sentí fusilado en la seriedad de su rostro, pero luego pasó a acariciar la cucaracha de oro para meditar en voz alta lentamente:

—La tropa piensa y ya no acepta jefes de fusilamientos solamente...).

Para Torrealba y yo —mientras nos mirábamos y escupíamos nuestro tabaco sobre las hierbas fresas— fue una de las primeras lecciones aprendidas al lado de mi general Bermúdez, terror de Güiría, capitán exaltado, vengador implacable, y ahora —entre saliva y saliva— justo entre los justos, gigante que se volvía atrás en una de sus órdenes inexorables. Nació la nueva justicia que nosotros habíamos venido a buscar para no hacer la guerra por nuestra propia cuenta. Realmente comenzamos a sentir la patria bajo los pies.

Por eso desde el principio fue para nosotros nuestro general, el conductor de una columna invencible. Ese que recuerdan siempre como gran fusilador y como distrito lejano del estado Sucre, donde Humberto Angrisano, con su espíritu de feria, inventó un carnaval de gran pompa.

(Reconozco que tú buscaste a Bermúdez allá en un intento de entroncar con su espíritu. Te fuiste con Julio Bonnet, Chuchu Molina y otros a encontrarlo aquel 4 de mayo de 1962, en el Carúpano-Bermúdez de interpretar el ejemplo que dejó en su proclama de la toma de Caracas. Pero ustedes se clavaron en la tierra, cuando debían salir de allí y golpear en los campos petroleros y fueron derrotados en pocas horas).

Y en otro fusilamiento tampoco fusiló. Se le quedaron otra vez las balas del condenado entre la boca, pesada, amarga, con el consuelo de acariciar la cucaracha de oro. Fue cuando el ropón de tocuyo y el cura.

(Mi general Bermúdez todo lo relacionaba con la libertad y para mí era la palabra mágica que ablandaba o endurecía su corazón, según un código de sentimientos que solo él interpretaba.

Mandó formar el ejército y en pocas palabras nos manifestó para dónde íbamos y el objetivo de andar de un lado para otro con el enemigo a las espaldas, y si no quería seguirnos lo obligábamos con tres o cuatro tiros y un rastro claro para que no nos perdieran de vista.

Y dijo Caracas, esa palabra mágica que entre los oficiales comenzamos a nombrar en clave //porque empezábamos a pasar de los santos y señas a las claves tímidamente, como nueva arma de guerra. Y decíamos 1812, terremoto, lechuga /// por Coll y Pratt///, el santo del almanaque o misión libertador//.

Y hasta dijo:

—Bolívar y mi gente saben que tengo derecho a llegar primero a Caracas y beberme el agua bendita de la catedral, en una misa mayor... ¿Verdad, muchachos?

Y todos dijimos el sííí de los fusiles y las lanzas alzadas en esgrimas de aire y luces quebradas y silenciosas en los brillos inútiles.

—¿Verdad, muchachos?...

Y armamos y desarmamos picas en el ruido que nos hacía recordar siempre nuestra propia pobreza de pólvora en los asaltos desesperados, con la fuerza en la pólvora de nuestros brazos y nuestros caballos.

Bermúdez, inmutable, pálido, empinado sobre el caballo ya en espumas de sangre por el bocado del freno en tantos caracoles muertos en sus quijadas, dijo:

—Que el que quedara vivo el 15 llegara a Caracas...

Y nos jugamos Caracas a los dados, nos hacíamos caracas de las barbas y caracas de los filos infernales, en la Caracas triste de cuatro Bobes de calles desoladas. Caracas mía y de mi naturaleza de hombre, manifiesta bajo un techo cualquiera con señorita o sin señorita de mantilla.

Y en el entusiasmo de la fiesta, mi general Bermúdez hizo sus advertencias para evitar que se nos subiera el humo de Caracas por las verijas, por los dedos y por los ojos y la boca abierta de la codicia. Nos leía un reglamento para la toma de Caracas —yo todavía no he oído otro igual—, que debería distinguirnos de los demás: ...“que comida podían cojer, pero que el que le cojera el valor de un pollo, era otra cosa, lo fusilaba...”

Comprendí que lo mejor era coger a Caracas y así se lo dije a él y mis catorce a caballo.

// Y era ya la Caracas en la frente de no dejar tuerta la libertad en Guayana o en Cúcuta de los congresos. Por eso nos llenamos el alma de Caracas y en la noche bautizamos nuestras ochocientas lanzas con el nombre de Caracas.

Así salimos de Boca-Uchire aunque se nos había declarado una peste de viruelas. Pero nada podía detenernos: o llegaba la libertad a Caracas o se podría para siempre en la inmundicia de nuestras pústulas).

Lo del roponcito y el cura es muy lejos, pero te lo voy a contar porque estás loco por saber si el ejército libertador robaba, saqueaba o solamente nos conformamos con las expropiaciones de cierta utilidad en la guerra. (Y no era que faltaran tentaciones o necesidades: nuestras mujeres estaban desnudas y a veces se prestaban entre ellas el camisón para ir a misa o para indagar entre los desertores y heridos por nosotros. Los hijos de la retaguardia solo podían cubrir sus cuerpos con el guarapo —si había guarapo— y el polvo que se adhería instantáneamente como vetas sobre el brebaje).

Eso del roponcito lo dije una vez a una prensa extranjera o nacional que buscaba los sensacionalismos de la guerra. Lo recuerdo. Fue así:

“Y en continuación seguimos hacia abajo á saber del Libertador...”

Llegamos á San Pedro, y habían en un solarcito unas piezas de ropa, secándose, y de paso un soldado llamado Ramón García del Caño Acarí, vecindario del Distrito Onoto de la Sección Barcelona, cojió un camisoncito morado cinturero y lo metió dentro de su capotera. Cuando estábamos formados en la plaza, llega una mujercita reclamando del general sus enaguas. Ligeramente



mandó Bermúdez con una ironía tremenda que registraran la tropa; y encuentran el roponsito en la capotera del referido García. Incontinenti lo mandó á la capilla y nos dijo:

—Antes de movernos, fusilo á este pillo, porque yó se los amonesté en Sabana-Uchire...

A pocas horas después viene el cura de allí donde yó estaba, y me dice:

—Oficial, dígame en que casa está hospedado el general.

Le dije:

—En casa de don Roque Pinto...

Y me pregunta:

—¿Qué clase de hombre es ese?

Le contesté:

—Largo, picarazado de viruela, con una cucaracha de oro en la esclavina. ¿Y Ud. que vá á buscar, padre?”

(Porque nunca se sabe la clase de hombre después de tantos bobes sin clasificación posible. Y lo previne de su cara malempedrada de viruela para evitarle conclusiones falsas, extraídas superficialmente del rostro. Y el cura quería saber si era de la clase de hombre que saca el cuchillo y te corta la lengua antes de empezar cualquier conversación. Pero no podía confiarme: cualquiera podía disfrazarse de cura —y hasta ser cura de verdad— y matar a mi general desprevenido y confiado. Por eso le pregunté):

“—¿Y usted que va á buscar, padre?

Y me dice:

—Hijo, á ver si meresco; he sabido qué van á fusilar en mi pueblo á un militar por que se robó un ropón. Que se salve el hombre, que yo pago lo que sea...

(Porque un ropón no vale una vida humana ni eleva la moral en campaña. Y sobre todo, después de ver cómo los españoles se llevaban los ropones y las mujeres dentro o fuera de los ropones. Y, aparte del cura, no había ropón con algo adentro que no se llevaran, y una vez intentaron con el cura, pero pesaba mucho y lo dejaron, pese a que se habían agotado las mujeres en el pueblo).

“Cuando el cura volvió con su salvación por escrito, ya el reo estaba sentado en el banquillo, él mismo lo paró por la mano y se le saltaron las lágrimas diciéndole:

—Hijo, no vengas á manchar mi pueblo; vete a tu fila y sírvele á tu patria como dé órdenes tu jefe...”

El cura era español, pero sabía su neutralidad de encontrarle patria a uno en cualquiera de los bandos para que nos matáramos como Dios manda en combate, sin mancharle su pueblo con sangre de fusilados

—Cuántos fusilados habrá visto este cura? —me preguntaba—. ¿A cuántos ha confesado entre meados y temblores?

Pero cuando venía de regreso no me dijo nada de la justicia de mi general Bermúdez y la diferencia entre las normas realistas y patriotas. Le dije para buscar conversación:

—Padre, usted es un buen cura... si tengo tiempo me confieso con usted... Pero me contestó con un corte de lágrimas viejas en un trozo de cobija que le servía de pañuelo:

—Yo no te puedo confesar en guerra, hijo... si no traes una orden de tu jefe...

Pensé, cura resabiado, sin embargo, le pregunté:

—¿Por qué, padre?

Me pueden fusilar como traidor... y a ti también... y eso no me gusta ni le agrada a Dios...

Cuando le pedí permiso a mi general Bermúdez, me miró con rabia porque pensaba que había perdido su tiempo conmigo en tantas conversaciones entre cucaracha y cucaracha. Atropellaba confesiones de conspiraciones descubiertas, movimientos de tropa, postas traicionadas, mensajes perdidos, fugas, secretos en unos oídos de dios que se convertían de inmediato en la lengua de fuego del diablo de las traiciones.

—Yo soy el único confesor de mi gente, Braulio... dime tus pecados, tus tormentos interiores. Un cura es un cura. Y yo no quiero fusilarlo después que

te confieses... porque entonces no lo salva nadie. Un ropón se puede perdonar, pero una confesión no, Braulio... así sea ante un cura bueno.

(Cuando regresaba a mis catorce me repetía todos los reproches e insultos del mundo por tanta porquería de blanduras. ¿Quieres confesarte, Braulio, con un cura bueno, que salva al soldado del roponcito de la muerte?

Fue más tarde cuando comprendí dos cosas: mi general Bermúdez era la verdadera justicia de la patria. Y nunca las confesiones son buenas ante nadie, como no sea ante el coraje de uno mismo para rehacerse y volver a empezar ya en el conocimiento de las propias debilidades. Los curas, los policías, los partidos políticos, siempre quieren confesiones individuales para condenarte, absolverte y después llenarte la vida de remordimientos y temores. Se te quiere crear la conciencia de la autodestrucción para que sobreviva la superestructura que te imponen: sistema, colectivo, partido y tú no eres nadie y debes crear el mecanismo de negarte a cada instante.

Por eso, para mí, Bermúdez no fue nunca la personificación de los fusilamientos).

¿Cuántos fusilaron ustedes? ¿Acaso con esos muertos lograron rehacer la moral revolucionaria?

¿Esa es la ley?

—Yo fusilo uno o dos y moralizo a los demás... Pero ustedes lo entendieron tarde: siempre fue más importante destruirse entre ustedes mismos que destruir al enemigo...

—Porque te hablo de los fusilados físicamente, pero sobre todo aquellos que cayeron espiritualmente, quizás para no levantarse más...

Nunca el miedo ha sido un principio moralizante...

Y eso lo aprendí también de mi general Bermúdez.



Cuando lo creía de nuevo en las brumas de Chaguaramal de Mayorga —gallos-mujer-hijos-fiestas municipales—, su rostro se ilumina en fugaces ángulos verdosos. Sus manos de tendones armados en la piel dejaron de temblar. Yo no sé si va a gritar y abrazarme con unas palabras extrañas en la boca de tantos heroísmos:

—Te amo, muchacho...

No es Chaguaramal de Mayorga encintado a todo tricolor de la euforia. Apenas adivino cuando se toma la lanza en el costado izquierdo y se bebe un trago, escupe y dice ronco, muy ronco, con todo el respeto en la mirada tensa de sus manos:

—Brindo por la emboscada, muchacho...

(Busco los últimos reflejos del sol en la punta más alta de la estatua del Libertador, pero se había diluido la figura en una masa oscura. Se me achica la piel junto a los ojos, me encuentro en las distancias compartidas y me da pena decir las tres palabras cuando miro las manos simplemente vacías, agarrotadas, pero sin nada. No digo también con todo lo que siento—: Brindo por la emboscada, Braulio...

Y me quedo en ese azul de no tener coraje.

Salto de la esquina, corro, llevo la pistola apretada y sólida: está aquí, hermana de mi miedo y mi esperanza. Estoy casi a la entrada de una esquina, quieto en

el frío de lanzarme: busco sencillamente un arma, una prueba, un estar conmigo mismo en la acechanza. O me quedo quieto-gato en un recodo del camino mientras pasan, se confunden con las hojas y ya no sé de la jungla de las calles. Espero tenso en el pequeño monte, para trocar mi amargura de ahora, en la Plaza Bolívar, en la emoción de aquellos instantes:

—Emboscada de mi alma —me digo en la pared de mis límites—, ¿cuántas veces te fallé, amor?

Apenas vuelvo de mis frustraciones y retomo ansioso el eco fuerte de sus palabras).

—Porque para mi la patria es sinónimo de emboscada —afirma rudo, sin posibilidades de conciliación.

De ellas nació la patria. Al principio, las inventábamos rústica y paciente-mente, sin prever los desenlaces definitivos: dejábamos un largo margen de improvisación, pero al final surgían espontáneas como si improvisáramos una copla más para el amor o para el desafío.

—¿Cómo reconstruirlas ahora?

Las han deformado historiadores y políticos. Las cuentan como anécdotas simples, despojándolas previamente de su esencia y de su sangre. Porque si algo han querido ocultar es la enseñanza que deriva de todas nuestras guerras.

—Allí están en los monumentos, en las recreaciones de las artes y las letras. Nos identifican con mitologías prestadas.

—Endiosar de tal manera a Páez para perderlo en lo humano y criollo, entroncarlo con mitos y leyendas antiguas que impidieran identidades presentes.

(Ocurren cosas extrañas en las revoluciones anteriores o recientes. Fidel como Lenin latinoamericano, deja de ser Fidel en la yuxtaposición. Se tiene que ser como un anterior, viejo o nuevo, pero nunca uno mismo ante la juventud, emuladora de heroísmos y sacrificios).

Se ha reconocido al caballo como símbolo de la libertad, que nadie sabe pintar ciertamente como caballo cuando el escudo es una tarea escolar. Te ponen

un caballo de la libertad allí, para que tú lo odies todos los días cuando no lo puedes dibujar perfectamente en ese gran cuartel del escudo. ¿Y un caballo solo, sin llanero, para significar la libertad de los caballos y la esclavitud de los hombres? ¿Fue intencional la escogencia del caballo en el escudo? ¿Quién vino de Europa bruñido de patriotismo e inventó ese caballo?

Darío Lanrini pintó un tablero de ajedrez en la cárcel, donde el caballo enloquecido rompía las demás piezas con sus dientes y sus cascos malditos. Darío ya no lo aguantaba más, veía en el caballo del escudo las frustraciones en los años de juventud perdida en la prisión, sin la visita de su libertad simbólica y altiva que no sale de nuestro lápiz de escolar. Y dijeron que Darío estaba loco de cárcel y de falta de nacionalidad.

—Yo no niego al caballo... ya sabes cómo lo amo.

(El negro Tepa se murió hace treinta años, en Zaraza, una noche que no pudo con el dolor de perder su caballo. Él y el caballo andaban juntos siempre, se sacaron mujeres medias-noches del alma, bebían caña y guásimas en la misma lata, se coleaban las cintas en las Mangas Coberas, paseaban por El Rastro sus cansancios, llegaban a La Villa por cuchillos, se les formaban juntos los gusanos de monte, y el caballo le rascaba la espalda y le contaba secretos en la oreja. Y se murió. Tepa se iba borracho a su tumba de caballo porque lo enterró hasta con música de dianas que le tocaba un albino. Y se dormía en el montón de tierra. Y los muchachos del pueblo le preguntaban por su caballo Veraíta, y él rogaba:

—No me lo recuerden... nómbrame mejor la madre que también se me murió hace dos meses... pero me duele menos...

Y Tepa se murió en la tumba del caballo una noche que no lo pudo soportar más y en las manos le encontraron un puñado de sus crines...

No fue como a Fucho, hace pocos años en Apure; perdió el caballo y se compró un Jeep y dijo que más nunca montaría a caballo, aunque el carro no sabía regresarlo a casa cuando estaba borracho...

—Caballos... ellos no lo necesitan ni lo reclamaron nunca de nosotros... pero los hombres muertos sí...).

—Sí, muchacho... aquí los intelectuales levantaron un culto mocho a los héroes: un poco a la lanza (la de Páez sin hierro en el Museo Bolivariano porque alguien se la robó para dejarla como un toro afeitado de inocentes embestidas. O aquella del Paraíso donde la empuña en el aire como un novato que por primera vez toma un arma en sus manos.

¿Esos son los símbolos de la emboscada en nuestro país?

¿De dónde sacaron ese cuchillo en el costado derecho de la estatua de un negro llanero a la entrada de San Fernando de Apure? ¿Desde cuándo los llaneros dejamos de usar el cuchillo a la izquierda como cualquier mortal?

Acaso me interesa ese busteaje trunco de cuerpos enjutos terminados en columnas y brazos de Venus ausente?

Aún no hay un monumento nacional a la emboscada, ¿quién de ustedes nos hará ese homenaje?).

Nosotros inventamos la emboscada sin bosque, sin ocultamientos y con todo el ruido imaginable para los miedos realistas. Recuerda a Las Queseras del Medio y su Vuelvan Caracas poderoso: fue una emboscada a cielo abierto —horizontes, medio-sol semioculto en los pajonales, donde la única sorpresa la encontró el enemigo en la voluntad de volver, de regresar-salvajes-espumeantes a cortarle la baba al enemigo con el polvo de nuestras caballerías. Ellos confiaron en la superioridad numérica —y quizás sonrieron cuando nos falló el apoyo del Libertador desde el otro lado del Arauca. No fue sorpresa de ocultamientos en bosques, en recodos de caminos, en bebederos de agua o en clarear de calcetas. Fue el recurso sobrehumano donde la voluntad de uno se impone a las patas del potro brioso y corretón.

Cada uno de los hombres del Vuelvan Caras mató tres, hirió tres y le pintó de miedo las sonrisas a los demás en un duelo sin ocultamientos.

— ¿Qué había en nuestro espíritu y en las puntas romas de nuestras lanzas?

Yo sé desde entonces que la juventud está integrada por titanes que quieren realizar su propia hazaña no solamente en la fantasía y en los sueños. No quiere seguir viviendo todos los días en los héroes del pasado o el presente fugaz.



(Y tal vez muchos de los yerros de ustedes encuentren explicación en ese entroncar falso en los ejemplos más recientes de la revolución, y poco o casi nada en la vieja historia nuestra, rica en experiencias que han tratado de ocultar con falsedades de oropel).

Nos miramos un rato: la guerra nos comunica en lejos y acercamientos donde ya empiezan a dolerme las derrotas. Ya estoy a punto de irme a vagar fantasías por las calles y buscar a los más jóvenes para llenarme de ira de nuevo y no dejarme caer en el trazo rojo y sucio de la amargura. Porque pensaba vender la pistola esta mañana y en dos cuartillas contaba su historia de pistolas para que un rico adornara su pared de la pacificación. Pero mi mujer me dijo con tristeza:

—No la vendas, mi amor... es lo único que nos queda de la guerra. Nadie la querrá ya de souvenir...

Y la tomó en sus manos y la guardó en su funda con ternura:

—Ella y yo te hemos compartido muchos años...

Y no me atrevo a preguntar a Braulio:

—¿Acaso vendiste tu trabuco de bronce alguna vez?

Porque me parece una de las mayores ofensas a un hombre de la guerra.

—Estás muy triste, muchacho... ¿te duele tanto apenas el comienzo de una guerra? Nosotros, cuando terminaba una, empezábamos la otra...

Y no me deja tiempo para salir de la tristeza...

Otra vez viene su voz de mando ya apagada en el relato.

(Hasta ya viejos nos invitábamos entre nosotros mismos a guerrear, y aceptábamos o rechazábamos el convite. Nos conocíamos tanto y para qué servía cada uno en campaña que todas las guerras nuestras fueron avisadas.

—Que nos vamos otra vez, Braulio... busca tus catorce a caballo...

Te vas o te quedas).

Un hombre llega y desmonta sin malicia en el tranquero, entre cerdos, gallinas y bostas de tamaños y texturas diversas. No son extrañas para nosotros las miasmas, los gusanos, las moscas y los bichos. Entra con las espuelas puestas

y se encamina hacia el trozo de patio de la cuerda de gallos //ese antiguo lugar de conferencias y secretos solemnes que ya no existe//. Toma un pollo —según el color de la bandera de la revolución— y lo acaricia y lo sopla de pico a cola, mientras tú mandas a los muchachos por café o lavagallos, para ofrecerle un frasco nuevo a la visita. Esa comunicación pollo-lavagallos en señal de confianza para cualquier secreto de ultratumba. Tú eres jefe-civil o autoridad de alguna cosa y a veces despachas los asuntos urgentes entre los gallos... —y si andas en camiseta, como Juan Camiseta Falcón— mandas a buscar la blusa como un hábito propio del acontecimiento de hacer justicia. Y hay vecinos que se asoman entre las jaulas de los gallos. Pero tú no tienes secretos para ellos porque te respetan como última palabra en caso de alzamiento.

Y el recién llegado te da noticias del Zambo, a quien mataron borracho en Calabozo, en la apuesta de un Bobes por tres Páez, aculado en un mostrador. Y Francisco, su hermano, que le escribe de Chuquisaca y le pide los sobrinos para que aprendan un oficio con don Simón Rodríguez, que inventó una escuela en aquellos andurriales. Y te habla de enviar los hijos a Chuquisaca —difícil de pronunciar borrachos— a aprender algo porque esta guerra no termina aquí nunca. Y por último, aquel decir sencillo, después de empolvar el gallo con aguardiente y tragarse media botella, sin escupir: el general Farfán, ¿ya es general Farfán?

—Y su hermano también...

Anda con los esclavos y no admite la ley de manumisión de Páez, reclama los fueros y quiere hacer efectivos los bonos de tierra y volver a la Gran Colombia del Libertador.

Además parece que les vendieron Apure a los ingleses, en pago de la deuda nacional, o van a traer de nuevo a los españoles para poblarnos más, porque hablan el mismo idioma. Ya muchos se han ido de Apure a otras provincias. Pero la mayoría nos quedaremos con mi general Farfán a defendernos como antes.

Los esclavos se le unen a montón y él los rechaza porque no sabe pelear con mucha gente, sino con escogidos. Y tú entre ellos, Braulio...

—Porque él sigue la guerra... y que si usted quiere acompañarlo... ya lo tiene escogido con el grado de general...

Y te muestra un despacho de General con sello, rúbrica y todo en regla, fechado en un lugar de Guayana donde funciona con su Estado Mayor. Y tú miras el sello y es verdad, de concha de jobo, en tinta parda por la humedad del cañuto de bambú semiseco en la premura.

Y te dice que hará un congreso de esclavos, manumisos y criollos en Ca-bruta, en Caicara o en La Urbana para hacer la ley justa de quienes pelearon por la Independencia, la libertad y contra los impuestos que ahora han vuelto...

—Y él cuenta con usted...

Y entre ellos tiene secretarios para todos los servicios de las armas. Y quien tiene Apure tiene al país, pero hay que pasar por Guayana primero, para hacer una Angostura antes de desplegar la campaña...

—Para seguir la cábala del Libertador...

Y tú sabes que los de San Juan de Payara están con él y funden los metales en lanzas en el barro del Cotayo: Páez les dejó la fragua y no se la llevó por vieja para su San Pablo Paeño.

Y noticias que tú no sabes de gentes que creías muertas o en su andanza detrás de los rebaños cimarrones en ojeos de tanta calamidad.

—Cornelio (Muñoz) le escribió de Apure y dice que va a entrar en campaña cuando él lo pase buscando con su tropa... porque no quiere riesgos, ahora, Cornelio, después de general...

—Y cuenta con usted...

—Y tú —de momento— le ofreces dos lanzas, cuatro espuelas de plata (un par para Farfán que se las merece), tres caballos probados en combate y un fusil de rueda que no cambias por todo el arsenal de los ingleses.

—Entonces, ¿van a entregar a Apure?

Y tenías dos caminos: quedarte en casa —en el fastidio de la casa, en la rutina del pueblo tricolor, en los deseos municipales de grandeza— o irte con él

o contra él, a la gran emboscada de la independencia nacional (porque ya te molestan las manos en los ocios de las escasas justicias, en las sangres de gallos que ya no animan y en el ritual de tu mujer quemar las basuras todas las tardes para brindarte en la noche un amor chamuscado en hojas semisecas y sucias ya de tanto andar al sol, huyendo en los rincones de los patios).

Tu mujer no rezonga cuando le ordenas que mate unas gallinas gordas y mande a buscar a los catorce de tu concejo municipal.

Y vamos a ver que dicen los muchachos, si tienen ganas. Porque no siempre hay ganas de guerrear...

Y bebes con el deseo de irte a la guerra en cada trago.

¿Acaso tú no sientes ahora, en este instante, frente a la estatua del Libertador, esa necesidad?

No sé qué responder en la certeza de verme en la casa tranquilo cuando bebo agua, limonada o aguardiente, en la angustia de no hacer nada y dejarlo todo para un día incierto. O caminar por las calles en busca de trabajo, de un amigo que me hable normalmente y sin recordarme que soy un desperdicio de la muerte. Le quiero decir:

—Sí, Braulio... Bolívar está allí en su Plaza Bolívar y yo siento desde mis diez años cumplidos la misma necesidad...

Pero apenas me deja un instante de aliento para seguir tras él, ese Braulio Fernández de la guerra, entre tanto oficial que nunca muere, mientras tenga por delante una batalla inconclusa que yo sé comenzó hace tantos cientos de años. Suspiro hondo ante lo inalcanzable, y para no dejarme caer en las tinieblas de mis remordimientos, empiezo a descubrir su voz de lejanía satisfecha//:

—Es difícil abandonar la guerra y abandonarlo todo... al mismo tiempo, muchacho...

La guerra no te abandona cuando te toma como uno de sus protagonistas... siempre estás en guerra, aunque rías desesperadamente para apartar de tu vida las sentencias de muerte que te pesan. Los que enviaste a matar a viva voz o aquellos que llenaste de entusiasmo, de optimismo y alegría para que se

enrolaran voluntariamente en la causa perdida, ya signada en tu corazón y tu conciencia con la muerte.

Y piensas con simpleza mientras te mira beber desesperadamente el emisario de Farfán:

Tú, personalmente no te sientes perseguido, despreciado o humillado, no ves llegada la hora de la guerra. Si te acosan, eres una fiera y te vas solo si no encuentras gente apropiada. Así llega la ocasión de pensar en uno mismo. Esa comodidad del hogar, de la familia que por fin comienza a interesarte como algo tuyo. Aunque huyes todavía en tus sueños cuando quedas vivo y medio muerto en la cama. Y siempre eres un loco poseído de la guerra.

—La guerra solo abandona a los muertos, pero nunca a los mortales. Se sigue allí, pese a la vejez de caerte del caballo.

Después, ¿me comprendes?, me fui a la guerra muchas veces. Sin motivos, hasta sin querer, porque me llamaba ese realizarme o perderme en cada tiro, en cada temeridad a vuelta de la esquina.

—O sencillamente ir a la muerte para que ella me despreciara siempre...

Pero esta vez, ante el emisario, no podía, aunque ya no sentía satisfacción ninguna en la sangre de los gallos.

Y el emisario veía mi lanza amolada y repasada con ternura de viejo lancero en el rincón como un adorno. Quizás pensó pero no me lo dijo:

—En eso se convirtió la lanza de Braulio... en un adorno de su casa... seguramente su mujer la limpia con sebos de ganado, para que él no la limpie en algunas tripas que nos atormentan y merecen otra guerra...

Y el emisario curioseaba de soslayo la expresión de mi mujer en esa indiferencia de rostro que le dan las preocupaciones a las mujeres. Y seguramente culpa a la mujer de Braulio porque no se va a la guerra. Y le achica la hombría en la entrepierna. Y le reclama amor de paz y no de guerra. En esa gran mentira de buscar culpable siempre en la mujer.

—Porque siempre puede más la guerra que la mujer, muchacho... y eso lo sabíamos también perfectamente.

Y todo lo ve en la pared. Y se detiene en la balanza de pesar los gallos de pelea junto a un retrato del Libertador. Y te dice mientras se cuadra firme:

—Ese sí fue grande... Páez nos abandonó cuando se metió a cantante de mantuanos...

Tú no le reprochas nada ni sientes tampoco esa necesidad.

Y cuando llegan tus catorce a caballo, les dices que a Páez le hacen la guerra sus compadres y ha nacido el odio entre amigos que hasta esta mañana eran hermanos y se endilgaban heroísmos mutuos. Les dices que eso puede ocurrir entre ellos mismos y concluyes muy serio, muy pausado, en esa lealtad de antes, adquirida en los compromisos y los riesgos:

—Él es un propio de mi general Farfán. Si ustedes quieren nos vamos con él para que el pueblo nombre otro concejo municipal... ¿Qué dicen, muchachos? Farfán sigue en la guerra y es mi amigo... pero yo no puedo guerrear sin ustedes.... sería como irme manco, cojo o tuerto a la guerra y eso ya es una desventaja.

Nunca el enemigo se corta una mano o se saca los ojos cuando va a la guerra. Al contrario, inventa los medios para multiplicarse y crear todas las ventajas posibles.

—Y todos se preguntan, ¿Farfán, el de Las Queseras del Medio?

—¿Y es cierto que van a entregar Apure a los ingleses? ¿Les debemos tanto a los ingleses?

Pero es que ya tus catorce no pueden dejar a la mujer, los hijos y los gallos, y someterse a unos nuevos pernoctes que se te pueden convertir en el único objetivo real de la guerra. Y eso no puede ser un objetivo de la guerra cuando tú la tomas como causa y esencia de ti mismo.

Ellos no pueden irse: uno es pesero del pueblo y mata dos reses diarias, otro tiene escuela, barbería y sanguijuelas blancas, más allá botiquín y gallera con dos cuartos de posada y un pequeño alambique de papelón y un queso con músicos de bandola y cuatro que son herreros, carpinteros, alpargateros y barberos a la vez, y un curandero y un tahúr y amenazador de bestias que se miente a sí mismo al inventar de nuevo la volatería. Y a mi lado, mi secretario,

que fue esclavo en la casa de don Miguel José Sanz, mira a la gente como si tomara nota en el caldo de gallina, con grandes ruidos, a la espera de mis decisiones supremas.

Ya borrachos hablamos de Juan Pablo y Francisco Farfán, los gigantes de fuerzas envidiables que se hicieron capitanes de la libertad cuando desertaron de Yáñez.

Aquellos caballos enormes que montaban en Las Queseras del Medio en una sola pieza con la lanza.

—Y Francisco tumbaba un jinete enemigo con una patada en el corazón de la bestia...

—Y cómo berreaba...

—Y en bolerear un caballo no hay otro... Y alabanzas porque después de la toma de Puerto Cabello se fueron llanerazos a sus hatos de Apure...

Y empezaron los impuestos de la patria en sustitución de los impuestos del rey...

(Y todos recordaron que la libertad era el caballo hasta donde pudiera llegar, sin límites, sin leyes. Porque si algo importa en la libertad es ir contra las leyes. Que ninguna sea impedimenta en el acto supremo de hacer la voluntad.

/// Se alzaron el 36 y desistieron para llamar de nuevo padre a Páez, ante las promesas falsas de Cornelio Muñoz, compadre también como ellos. Y el 37 se levantaron con programa y todo para crear a Apure como nación sin impuestos ni gobernantes nombrados en Caracas. Y en el encuentro de San Juan de Payara, a Juan Pablo lo mata un criado de Páez de nombre Rafael Salinas. Y Francisco tiene la mala suerte de salir derrotado contra su voluntad cuando una bala perdida le rompe el freno a su caballo, que se espanta y se lleva toda la gente dispersa en la derrota. Y Francisco sigue y se habla de un envenenamiento en Caicara, Cabruta o La Urbana, meses antes de enviar su emisario. Aunque también se dice de una mala huida al Casanare, por donde siempre los llaneros de Apure se van a los infiernos con el diablo ///.

Y nadie se va con Farfán, aunque ya estamos borrachos muy cerca del espíritu de la guerra que nos nace en la paz. Mis catorce me miran superioridad y yo les digo que:

—Ahí le mando unas armas a Farfán...

Y el de la gallera ofrece gallos y ron para que los muchachos no se aflijan los domingos sin misa y sin combate. Y el tahúr ofrece cartas y un hijo suyo de corneta, pero el emisario lo rechaza porque solo busca gente escogida:

—Braulio y sus catorce...

Y buena suerte a Farfán. Y a la orden para lo que quiera fuera de este compromiso de ahora. Y si quiere venir a esconderse, ¿verdad muchachos? O venir a probar sus gallos —racionales o animales— en esta plaza, será bien recibido como jefe y gallero de cuerda prestigiosa de Apure...

—Porque debe tener muchos gallos mi general Farfán... y yo todavía no he visto al primer gallero con mala voluntad...

Y tú te quedas en casa con la excusa abrupta de no darle tu lanza porque es tu lanza y la quieres conservar hasta que la malgastes —otra vez inútilmente— en las tripas godas de la Federación...

El emisario se va con las armas cargadas en los caballos que le das y un buen abrazo para mi general Farfán, porque otro día será y siempre habrá guerra entre nosotros.

Ahora no quieres guerrear y disfrutas de la paz de tu mujer encinta y de un desafío el domingo con una cuerda del Guárico de Abajo, donde tienes tu cita con la muerte de los gallos.

Te acuestas al lado de tu mujer: farfán... farfán... farfán... va el caballo de tu corazón galopando en la sabana, con fiebres y con fríos:

—Farfán onomatopéyico de los pajonales en las patas del caballo para beber agua una vez sin darte cuenta de los pájaros, las huellas del venado o de los tigres.

No puedes dormir con tu conciencia al lado de tu mujer y no resistes la tentación de tocar y acariciar la lanza en el amor de un instante total con la guerra, para volver a la cama cuando te llama tu mujer. Le oyes una voz que apenas conoces y se te parece a la conciencia o la ambición y ella tal vez se siente culpable acostada a tu lado pacíficamente con la muerte y la guerra que han invadido el cuarto. Y recuerdas que sirvió el hervido de gallina



tranquilamente en la contemplación de la largura de tu lanza vertical en el rincón de las decoraciones patrias. Tú la creías dormida al lado del macho que la prefiere a ella —al menos esta vez— que a la maldita guerra. Pero te dice firme-mujer-de-la-guerra una razón más para que no te quedes en la vela de las armas solamente.

—¿Por qué no te vas, Braulio? Es la primera vez que te ofrecen hacer la guerra de general...

De general andante, siempre escaso de estado mayor, como eran los generales de entonces... Pero con la mucha hombría de saber salir a la hora.

/// Me acordé de aquellos días finales de realista junto con Torrealba, cuando invitamos al superior a que nos acompañara a hacer la guerra por nuestra propia cuenta. Nos contestó con desprecio:

—Ustedes se van para darse los grados que ambicionan... a cortos plazos o de una sola vez: general Torrealba... coronel Fernández...

Y por eso nos incorporamos de rasos en las filas de la patria. Pero la patria no quiso aceptarnos de reclutas porque eran grados de sangre y cicatrices, y generosamente nos incorporó en nuestras jerarquías. Pero no siempre cuando te pasas reconocen las estrellas o los galones que traes. Si te pasas hoy, tienes que demostrar todos los días con un sacrificio nuevo que no eres realista y aceptar —a veces— unos jefes ni más valientes ni más inteligentes que tú, pero reconocidos como jefes no se sabe en qué guerra ni en qué situación victoriosa.

—¿Tú me entiendes, muchacho?... ///

Yo me levanté lleno de amargura y tomé de nuevo la lanza del rincón. Mi mujer se incorporó en su túnico rosado. Quizás pensó que la iba a matar como tantas veces han hecho los policías y después de la independencia algunos soldados borrachos con sus mujeres: los soldados parecían vengar las ataduras del hogar con la muerte de ellas en un río. Pero yo sólo besé la hoja de la lanza a la luz del candil, y mi sombra se proyectaba —largo-Quijote— de calzoncillos y franela. Titilaba inmensa en esa horrible danza de lancearme yo mismo en la sombra de mi cuerpo huidizo y ágil, feroz en la

acometida y la acechanza, hasta cansarme sudado, y clavarla muy alto en la piña verde del cesto del techo, que ahuyentaba los murciélagos y me llenaba el cuarto de mosquitos...

Tambaleante, busqué la botella, bebí un largo trago, abracé a mi mujer, ya comprensiva, y grité:

— ¡Viva mi general Braulio Fernández!... ¡y sus gallos!...

Poderosa la voz de uno en la sombra de un cuarto. Y mis hijos y dos más de Torrealba que estaban conmigo nos rodearon contentos... y a un ritmo de aprendices de la guerra, blandieron sus cuchillos cachipalos, en esa oscuridad donde eran más elocuentes las sombras, y gritaron:

— ¡Viva!...

Y los gallos empezaron a cantar fuera de hora...

A la mañana siguiente, cuando iba trasnochado al corral con la comida de los gallos, niños y adolescentes —los míos y los de Torrealba— silbaban nuestras viejas tonadas de pastores que nos acompañaron en la guerra y ensillaban —diestra y mansamente— las bestias. Los saludé —voz, manos y ojos juntos en la misma intención— y se cuadraron solemnemente, como habían aprendido con mis catorce... Y gritaron:

— ¡Viva mi general Braulio Fernández!

Y estaban decididos a irse detrás del nuevo general Braulio Fernández... que no se fue esa vez...

Y yo me fui con un guiño en los ojos, para que no se me mojaran, a aturdirme y encontrarme con los gallos).

Nuestra guerra se desarrolló en la proliferación de la artesanía militar: estratagemas, celadas, asechanzas, ardid, peine, concha de mango, insidia, emboscada en una palabra. Una lucha falaz, de engaños y situaciones falsas en el recurso de sorprender y exterminar, con pocos efectivos, el mayor número de enemigos, ciego y confiado. Por eso te repito, todavía en el asombro del nacimiento de una patria:

— ¡Brindo por la emboscada, muchacho!...

Y nuestras mejores emboscadas —para mayor asombro— fueron aquellas sin bosque, a cielo abierto te repito. Ustedes trataron de imitarlas en la ciudad, pero nunca Las Queseras del Medio, porque no se estudió la posibilidad de unas queseras en plena ciudad y con el recurso nuevo del vuelvan caras de ahora. Ese vuelvanse bobos de pedirle un fósforo a un policía somnoliento, fue primitivo ardid de aprendices, no de pioneros de la libertad en aquellos instantes. Y no condeno a los ejecutores, sino a los autores del desequilibrio juvenil. A quienes pensaron que la primera instrucción para un combatiente revolucionario consistía en liquidar los escrúpulos que le impidieran matar a sangre fría. Un combatiente es el resultado de una actividad colectiva en un ejercicio práctico e ideológico.

—Jamás el primer grado de combatiente se adquiere con un asesinato... y esa es otra ley importante de la guerra, muchacho...

Porque fuimos soldados a caballo fundamentalmente, nunca los bosques, los terrenos quebrados y montañosos pudieron darnos el mejor teatro de operaciones para la caballería.

(Para ustedes era buena la ciudad sin bosques ni caballos. Sobre todo esta ciudad quebrada, de grandes y pequeñas curvaturas pobladas y descontentas. Ustedes pueden decir un vuelvan caras terrible desde los cerros y toda la gente del valle de Caracas mirará con horror hacia los cerros. La gente trepa sus hogares precarios allá arriba para caerse escaleras y calles y peroles y niños, todos los años con las lluvias. Pero un verano dirán desde lo alto de los cielos:

—Vuelvan Caras...

Y ya no llegará al valle el amasijo de barro y sangre solamente).

Si ves la lista de Las Queseras del Medio, aún hoy te encontrarás con una sorpresa y la admiración de Morillo por los semidesnudos llaneros que lo derrotaron. De los 150 —el secretario de Juan José Rondón dice que eran 152—, había setenta y siete oficiales, once sargentos y sesenta y dos cabos y soldados. Más de cien oficiales y clases —Farfán ya era teniente coronel. Y no murió ningún soldado raso. Cada uno valía —como oficial veterano—

por veinte o treinta enemigos de la península. Y realmente era así y no una ilusión del sobrestimarse fanfarrón a que nos acostumbran las exageraciones revolucionarias.

Mi misión principal en campaña era desemboscar, descubrir una brizna de paja pisada, un transitar humano sobre bestias, una huella en la sed de los cansancios, un silencio de pájaros perdidos, una rama quebrada o las cenizas dispersas y azules de fuegos vegetales verdes o secos, de pequeñas o de largas jornadas.

Un por aquí pasó gente armada, Braulio, victoriosa o en derrota, confiada o montaraz, veteranos o bisoños, por la huella que dejan.

Descubrir una emboscada por un solo hombre que bebe agua y hace la cruz en su sombrero en la encomienda al cielo, sin armas, pero con fornitura de cuero o un pesado morral, donde solo falta que alumbren las balas... entonces tú lo coges.

Y lo maltratas zambo por la espalda sin sangre, y lo amarras tuerto, pecho de paloma de pulgares, y lo arrebiasas mi ñato a la cola del caballo, pero impides que el negro le reviente por el corazón las alas. Y sabes cuántos son y quién los manda por esa disciplina fofa de beber agua y no aguantarse, y le adivinas en el culo el color de su caballo y todas las jornadas que pasó con fiebres de siete días de calambres.

Le dices:

—No me digas nada, canario... por tu barba sé que montas bestia zaina, mañosa, baquiana solo en su querencia y que solo se calma cuando le acaricias suavemente las quijadas...

Y te dice un sí... verdadero y trágico.

Y sin esperar más le hicimos una descarga al bosquecito, rasante, enhorabuena de encontrarlo, para ver salir la emboscada malherida de sorpresa y de balas en todas las direcciones de los pájaros. Y el tiro fijo no sabe a quién disparar porque no descubre al jefe. Y mis catorce se ríen y se complacen a gusto con la lanza, desplegando —desbandada de pájaros ausentes— todas las plumas brillantes de las alas.

(Pero hay otra emboscada:

—¿Todavía no te atreves a brindar por ella? Tú siempre dijiste que era la mejor... ¿La recuerdas ahora, muchacho?

// Pese a que trato de olvidar, a mirarme presente de un instante, vuelvo al pasado siempre a buscar la victoria de todo lo perdido. Emboscar tus ideas en un supuesto enemigo para que germine amigo tuyo. Decirle:

—¿Acaso sabes distinguir la realidad de tu soberanía?

Le quiero afirmar eufórico:

Ya sé, Braulio: Carúpanooo... donde una vez yo anduve detrás de mi general Bermúdez también...

Y empieza a ser menos amarga la saliva.

Pero solo le digo:

—Por la emboscada, no... brindo por mi general Bermúdez, Braulio...

—Esa fue la enseñanza —respondo—. Ya yo sabía que nos identificábamos, pero no en Páez ni en Bobes ni en Ovalles ni en Gallegos... nos identificamos en Bermúdez... y que perdone mi general —todavía de restos extraviados y perdidos—, por no decir por primera vez mi general Bermúdez...

Se pierde en un silencio respetuoso, ni siquiera escupe. Sé que tiene la mirada en los cascos de bronce de la estatua del Libertador. ¿Allí encuentra y lee la historia de Bermúdez? ¿Como sostén de libertadores?

Me dijo:

—Mi general Bermúdez tomó a Caracas no solo para la libertad, sino para la enseñanza...

Me mira desde aquel fondo donde empezamos a ser los mismos hombres de la guerra con destinos distintos y prosigue:

—Él inventó la gran emboscada nacional, porque no sabía emboscar...

Silencio y luego un grito que sobresalta al policía que empieza a rondarnos:

—¡Brindo por mi general Bermúdez, el emboscador de la enseñanza patria!  
¡El mensajero de quien tomo su espíritu ahora...!

¿Recuerdas su proclama cuando tomamos a Caracas?

—¿Recuerdas ?

Me dijo, mientras sonaban esas u otras campanas de la Catedral, que debíamos aprendernos el mensaje para que pudiera llegar de hijos a hijos, hasta tantas generaciones como se necesitasen para que comprendieran su verdadero significado.

///Yo, narrador, no quiero repetir esa palabra para las alegrías o las tristezas, pero él dijo, una vez más:

—¿Recuerdas la proclama de mi general Bermúdez cuando tomamos a Caracas?

—Muchachos hay que aprendérsela como una lección///.

“La opinión está ya demasiado pronunciada. La mayor parte de mis soldados han servido a nuestros enemigos. La suerte de nuestra patria está ya decidida”.

—Y eso fue el mismo 14 de mayo de 1821 — ¡un mes después fue Carabobo!

Era un hecho enorme que para un jefe como mi general Bermúdez debía formar parte de su primera y breve proclama: los soldados y los jefes criollos se incorporaban al ejército libertador.

—Soldados prestados. No eran propios...

\*\*\*Y no era la horda de Bobes, consciente solo de su propia violencia. Estos venían de hacer una guerra de diez años prolongados contra los patriotas. Si es cierto que hubo un período de pasaderas, una epidemia de lado y lado, hasta que uno se quedaba fijo en la fiebre revolucionaria. Ahora era distinto y así lo proclamó mi jefe\*\*\*

Mi general Bermúdez, uno de los jefes más audaces y terribles —el mismo que hizo pasar tres veces a sus soldados sobre los muertos, para ya no temer nunca más a la muerte—, lo reconoce, le da categoría de ley victoriosa de la guerra y lo registra como un documento digno de pasar a la posteridad.

—Es un mensaje para la juventud: hacer la guerra revolucionaria con la tropa de tu propio enemigo.

¿Lo entiendes, muchacho?

Y lo dice en un instante supremo. Cuando ha logrado la máxima ambición patriótica de la guerra: la toma de Caracas, la entrada en profundidad, sin apoyo, sin comunicaciones, sin retaguardia, sin reservas, sin tropa numerosa en el corazón del enemigo. Llega al centro del coloniaje, de la opresión, a la capital del despotismo.

Y con una tropa formada toda por el enemigo.

—Yo vengo solo aquí —dice—. Ni siquiera es la división de oriente... deben comprender: una parte del ejército de represión se convierte en tropa de liberación...

Un nuevo principio revolucionario en las guerras de liberación que nunca deben olvidar...

—Quizás ustedes trataron de entroncarlo en Carúpano y Puerto Cabello —4 de mayo y 2 de junio de 1962—, un mayo y un junio que no culminó en Carabobo.

Y con todo eso, yo te pregunto: ¿Cuántas veces han podido decir ustedes: antes nos perseguían, ahora son nuestros compañeros de armas?

¿O acaso es simplemente decir: ¡Hola! Somos jóvenes y estamos dispuestos a morir... ¿Vamos a hacer la revolución?

¿Bastará que unos cuantos jóvenes exaltados, inteligentes, soñadores, valientes, anhelantes, profesionales del sacrificio, desilusionados de la vida, rencos, jorobados, lampiños —en la década de las barbas—, cultores de la muerte, etc., lo decidan?

—Perdóname. Pero cuando recuerdo esa proclama me exalto, ya no soy yo solamente: en mí reencarnan todos los muertos de la guerra...

Ya creíamos concluido más de la mitad del camino cuando nos encontramos con Bermúdez de nuevo y la conciencia de vivir-morir, en ese arte que tiene tan pocos profesionales porque resulta el peor remunerado: el arte del sacrificio. (Porque el arte es creación con la vida y generalmente la revolución es creación con la muerte de uno mismo).

Y es que los libertadores, los verdaderos deben pasar por la prueba de fuego de transformar al enemigo en amigo, llevárselo con un grito. Aquel de mi general cuando dijo ante un enemigo que lo iba a liquidar:

—Yo soy Bermúdez...

Y en ese grito salvar la vida...

Bermúdez aprendió esta gran lección después de sus soberbias y desespe-  
raciones. Cuando de José Francisco Pueblo o Libertador del Libertador, la  
amargura y la derrota lo llevaron a la impotencia de arrancarse —Cid— las  
barbas a puñados. Y se dijo:

—Si el enemigo es capaz de formar un soldado, déjalo tranquilo, todo será  
cuestión de tiempo para que descubra de qué lado alumbra la justicia...

Y esa fue la enseñanza-emboscada de mi general Bermúdez. A ella debes  
volver siempre, aún en la peor derrota, cuando todo parece oscuro a tu  
alrededor).

Porque desemboscar significa desentrañar sorpresas, ser más embustero que  
el enemigo mentiroso: convertirles su valor oculto en miedo manifiesto.

(Tú lo ves como viene con su lanza en el empuje, sordo y ciego y con un  
caballo tapado en las orejas y los ojos: espuma chasqueante en el bocado, y de  
pronto reconoces a un hijo de tus catorce decidido a matar. Parte derecha-iz-  
quierda dominador, dunero en sabana pelada, embiste, pero se va del lado de  
la coleada con el caballo que solo sabe de toros y de rabos tomados entre las  
crines. Y tú lo esperas mudo con la lanza en el aire de no matarlo en seco en  
ese primer arranque de alegría. Pasa sin tocarte y tú reconoces la lanza de uno  
de tus catorce y te pones a discreción y le escupes la bandera de la secta en el  
asta y saludas con una inclinación, con una profunda reverencia el tricolor del  
sombbrero de Torrealba. Tú le dices cuando regresa armado, fiero y ofendido  
porque no lo quieres pelear:

—¿A dónde vas con esa lanza, José?

Y antes de dejarlo hablar agregas:

—¿Y ese no es el sombrero y la escarapela de Torrealba?

Y el muchacho se viene con la lanza bajo el brazo, se arrima el sombrero  
para la nuca, escupe de confianza y de compadre a su izquierda y te pregunta:

—¿Con quién estás tú, Braulio?



—Hace un año con la patria, muchacho... Se acerca más con la lanza alta, como si punzara la panza del sol en cada paso. Y le digo, tu caballo está cansado. Pero él insiste con quién estoy y aunque estábamos en guerra civil yo siempre le respondo con la patria. Y él parece entender y me pregunta:

—¿Y eso es muy difícil?

—Muy difícil, ¿qué?

—Eso de estar con la patria...

Otra vez me siento solo, desamparado, triste. ¿Qué hemos hecho, Torrealba y yo? Pero le respondo con una gran alegría en la voz:

—Sí, es muy difícil... yo pasé siete años guerreando al lado de los godos antes de encontrarla... y Torrealba también, pero nos pasamos y de godos nos convertimos en soldados de la libertad. ¿Quiénes son tus jefes?

—Debo matar a uno de ustedes... Quería gritarle:

—Mátame, muchacho...

Pero comprendí en ese instante que habíamos levantado los hijos en la leyenda de nuestros combates para que nos adoraran como héroes. Los hicimos combatientes frustrados y ellos querían demostrarnos que eran mejores que nosotros, llenos de vanidad y de jactancias. Y todos los días veían las lanzas en el rincón junto con las sogas de la paz, aquella que nos había convertido en super-hombres. Y cuando no quisieron oír más nuestra propia alabanza, salieron a buscar la oportunidad de su heroísmo.

Y ese debo matar a uno de ustedes para probarse a sí mismo que eran mejores que nosotros.

Le dije:

—Si vas a matar a uno... toma mi bestia... con ese caballo no matas a nadie, como no sea tu propia ilusión...

Y el muchacho se va en tu bestia-zaina, con la lanza en el pie de la guerra civil, a repetir las muertes mías y de Torrealba.

Pero me daba pena verlo partir así, detrás del primer ambicioso gritón que más tarde lo negocia en las capitulaciones políticas).

Nosotros éramos la descubierta que avanza y no avanza porque camina en las tinieblas de la exploración. La columna Bermúdez. Nunca llegó a constituirse la División de Oriente: Arismendi no llegó de Margarita, Marino no se unió, Zaraza tampoco. Y debíamos —en la finta— convertir la retaguardia enemiga en vanguardia defensiva. Y eso solo podía hacerlo un general de prestigio y arrogancia como mi general Bermúdez, uno de los más extraños generales de la guerra de independencia. Ningún otro podía llamar la atención de los realistas como este jefe. La diversión la garantizaba —antes que tropa numerosa y disciplinada, nacida y criada en la patria— el nombre prestigioso de un general capaz de paralizar la muerte misma con el grito enorme de su nombre.

Así fue siempre.

Debíamos avanzar a los Valles de Aragua —después de la toma de Caracas— con nuestra mísera tropa de escasos dragones. Por eso cuando me faltaba como media legua para llegar al pueblo de El Consejo, yo esperaba encontrar siempre la descubierta de un enemigo superior. Me derrotaba a mí mismo en la imaginación de grandes columnas que tapaban el sol con el polvo de sus bestias. Y me repetía a mí mismo a cada paso:

—El miedo solo permite la imaginación de la muerte, Braulio... y nunca debe acompañarte...

Iba con los ojos echando cruces por el camino y bajando una pendiente alcancé á ver á un militar sin fusil pero con su forniture, bebió agua y volvió á subir por donde mismo había bajado; entonces puse de marca un cardón floreado que ya había dejado dos flores en el suelo y regresé diciéndoselo á Bermúdez quien me dijo:

—Esa es una emboscada que nos tienen; El Consejo está inmediato...

Que nos tienen emboscada corrió en la tropa con el zafarrancho de pulsar los hierros. Pero nadie preguntó cuántos son y qué gente, sino al arma y un encomendarse a las ánimas en lugar de Santiago español y al combate, aunque teníamos a Santiago en la punta de la lengua de godos conversos, recién llegados a la patria.

—Esa es emboscada que nos tienen...

Y vamos a pelearlos aunque sean muchos.

Y dirigiéndose á un capitán llamado Lucio le dijo:

—Saque cincuenta hombres, váyase con Braulio á donde él le diga, se forma en alas y manda á dar fuego, aunque no vea nada...

Lucio escogió, miró bestias y aperos, mandó a asegurar las lanzas con las sogas mojadas y me dijo:

—¿Sus catorce están dispuestos?

—Ya se lo dijo mi general...

Yo le dije adiós con la mano a Ramón, mi hermano; Torrealba me dio tres golpes en el hombro con su cuchillo cachihueso y abracé a mi general como siempre lo hacía antes de entrar en combate. Y él siempre me decía lo mismo:

—¿Por qué me abrazas, Braulio? ¿Es que no piensas volver?

Y yo me retiraba firme con estas palabras:

—Mi general, yo estaré siempre a su lado, mientras viva...

Y uno se iba con la voz de Bermúdez y sus ojos, en la confianza de volver victorioso y sin heridas.

Y así lo hicimos y antes de sonar el último tiro desfiló la emboscada desparovidamente; al salir al camino hirieron a tres, los que nos confiaron ser ciento para cortarnos cuando estuviéramos peleando con doscientos que había en el pueblo. El capitán Lucio me dijo entonces:

—No me deje compañero con sus de á caballo que no voy á dejar parar al enemigo...

Continuamos al pasitrote hasta que llegamos á dicho Concejo.

Nos recibieron con un fuego desganado, casi en derrota.

A la media hora de fuego llegó el ejército y le dijo Bermúdez al primer capitán Bardonado:

—Dispárole una descarga al enemigo y cárguelos á la bayoneta...

El enemigo resistió la descarga, pero no esperó bayoneta para salir en fuga (porque para el enemigo el fuego es distante, pero cuando oye el ruido de

las picas, presiente el cuerpo a cuerpo de un choque a muerte, donde la ventaja se atribuye al atacante). Los volvimos á atacar en forma hasta media legua del lado abajo de La Victoria. Allí alcanzamos al cura del pueblo y le pregunté:

—¿Por qué huye usted, mi padre?

Me contestó:

—Hijo: me dicen que la patria viene quemando la tierra.

Le dije:

—No crea eso... regrese para su hogar —y lo traje conmigo.

Cuando lo estaba introduciendo en su casa, noté en la pieza mayor un volumen de hallacas o bollos de pan de maíz que contenían nueve mil raciones y otras tantas de queso de flande que Morales había mandado a preparar...

Que la patria viene quemando la tierra y solo quedan cenizas bajo los pies. Y él venía de enterrar la custodia y otros valores de la iglesia y ya se lo había notificado al Obispo de Caracas. Y dijo que no era por la patria sino por Morales, a quien le reservaba el tesoro de las nueve mil raciones. Y se lo creímos para no condenarnos con sangre de cura. Porque poco después lo confirmaba cuando cojí al mosca de Morales, aquella vez que me salió su mujer en túnico morado, después de pernoctarselo un buen rato.

Ella me dijo:

—Oficial: mi marido acaba de llegar de las fuerzas de Morales y está dormido en mi cama...

Le dije:

— Introdúzcame allá...

Se me puso delante y tres de mis compañeros detrás de mí; sin duda, la muerte lo tenía dormido boca abajo; me fue penoso amarrarlo dormido, le puse mi espada inmediata al pulmón y lo desperté con estas palabras:

—Paisano, recuerda, y en el nombre de Dios y de la Patria no te muevas, porque te paso el arma...

Y lo amarré.

Le cojí un trabuco de bronce que tenía debajo de la cabecera, que hasta hoy no he visto otro mejor: cuando disparaba el tiro armaba una bayoneta.

Salí y le llevé el reo al Estado Mayor, lo mandó á colocar en el medio del traspatio, llamó a todas las ordenanzas y les dijo:

—Cerquen á ese á espada desnuda... Y él entró á examinarlo y le dijo:

— ¿Quién es usted?

Le contestó:

—Yo soy hijo de La Victoria... hacen tres años que estaba en el Apure y he venido en las fuerzas del general Morales, y me mandó á vigiarlos y me he quedado dormido...

—¿Dónde quedó Morales?

—A donde llaman Los Dos Caminos.

—¿Qué distancia hay?

—Menos de una legua.

—¿Por qué no entró ayer?

—Porque topamos los derrotados muy tarde y determinó mandarlos a vigiar, para amanecer con el pueblo cercado...

—¿Cuántos hombres trae?

—Nueve mil de infantería y siete escuadrones de caballería...

—¿Esto es verdad?

—Como si usted lo hubiese visto.

Le dijo al primer Capitán:

—Lléveselo, Bardonado —y en la mano le hizo la seña: 21 a la bayoneta...

(¿Antes te dije algo de El Consejo o la mujer de La Victoria?)

—Es lo mismo, muchacho...

Por la distancia de la encrucijada era La Victoria... bueno, aquí en cada pueblo fue una emboscada, un mosca, una escaramuza, unos lamentos, un ciego de viejas chimeneas de las armas de fuego que dejaban escapar la candela hacia la culata.

—¿La Victoria, te dije?

Eso fue en cualquier parte de casi un siglo de guerras).

Y yo dije:

—Antes de irnos voy a visitar a ese cura...

Y mi general Bermúdez aconsejó:

—Tenga cuidado con lo que hace, Braulio... ya esas raciones no se las comerá Morales...

—Pero yo no voy con mala intención, mi general... solo quiero ver la cara que pone un cura embustero...

Las ordenanzas dormían con las bestias ensilladas.

Bermúdez les dijo:

—Ya oyeron lo que nos dijo ese hombre. Pongan freno y cada uno vaya á avisarle á su escuadrón que se venga volando...

No apareció la ordenanza de lanceros.

Me dijo á mí:

—¿Usted sabe en donde están los lanceros?

Como mi costumbre era saber en donde dormían todos los escuadrones, le contesté:

Si, señor...

—Vaya y dígales que se vengan. ¿Y usted recuerda como se llama la ordenanza?

—Si, señor: José Camejo...

—Si lo encuentra traigame la cabeza...

Pero yo no pensaba en la cabeza del Camejo sino en Torrealba y mi hermano Ramón, quienes venían con la intención de empiernarse en la primera noche de pernocte en un pueblo tranquilo. Y me habían invitado a mi también porque decían que en el pueblo había muchas de tantos hombres muertos en la guerra. Pero no me atrevía con todo lo que había averiguado del enemigo, allí mismo. Tan cerca que para mi era difícil ignorarlo al lado de una mujer. Les dije:

—Muchas gracias... por lo que pueda suceder... Y no era que me faltaran ganas, ahora en el ejército de la patria...).

Me fui, moví el escuadrón, y como yo esa tarde había visto á dicho Camejo en una casita cucarachando á unas mujeres, se me ocurrió que estaba allí.

Lo encontré, pero no quise cumplir la orden.

Lo eché por delante al pasitrote y empecé á maltratarlo.

Cosa de la Providencia: Torrealba, mi hermano Ramón y varios oficiales mas estaban con un mujeraje dentro de una casa. (Desde la calle podía oír las timideces simuladas en la risa de mujeres decentonas, capaces de llevarte al infierno por el camino mas corto al cielo. Yo sentía ahora la misma necesidad de posesión. Y los imaginaba ya en las escogencias. Pero me acerqué a la ventana y les grité con otra voz fañosa y de chingo para que me creyeran su ordenanza).

Torrealba me conoció por la voz y abrió una ventana y me llamó por mi nombre. Yo también lo conocí pero le contesté como extraño; pero siempre me le acerqué, y me preguntó:

—¿Qué hay?

Y le contesté:

—El enemigo está cercando el pueblo... Me dice:

Apéate. Ayúdame a ensillar...

El asistente trajo el caballo, yo saqué la silla y él descolgó su hamaca y marchamos.

Cuando llegamos á la plaza pregunta Bermúdez:

—¿Dónde está Torrealba?

Le contestó éste:

—Aquí estoi, general...

Le dijo:

—El pueblo debe amanecer cercado, según los datos... regresemos con todo silencio para esperarlos en las cercanías de las Cocuizas...

Y marchamos. Esa noche no había enfermo de ninguna especie.

(No podíamos traer enfermos o heridos en las filas. Nuestro movimiento no permitía impedimentas. Ni bestias ni hombres enfermos, porque ya empezábamos a creer que habíamos derrotado a la muerte en las mil formas que se presenta en la guerra).

A las 24 horas de estar en las Cocuizas me dijo Bermúdez:

—Braulio, quiero saber qué movimiento trae el enemigo... escoja en el ejército la bestia que le guste y si no hay aparente vaya en la mía...

Yo le contesté:

—No cambio la mía por ninguna otra... Yo andaba en una llegua rúsia marmoleña, machorra, con colmillos arriba y abajo, del Pao de San Juan Bautista donde la aparté de en medio de cuatrocientas bestias que antes me había entregado un señor Juan Pablo Salinas; todas de su hierro. Oída mi contestación, dijo Bermúdez á su espaldero:

—Antonio: dele la mañana á Braulio para que se le aclare la vista...

Este desafó un frasco del anca y me lo presentó. Yo tomaba poco, pero accedí tomando como para morir harto de anisado y salí acompañado de Torrealba, mi hermano Ramón y varios otros oficiales que me encaminaron como á una milla, durante la cual Torrealba iba dándome los consejos de ánimo siguientes:

Que no volviera diciendo lo que no hubiese visto... que un hombre se favorecía de siete y ocho también... y que si no me podía favorecer al escape, que no me dejara amarrar vivo... porque se iban a informar del pequeño número y no los dejaban parar más y después de amarrado de ninguna manera contaría con vida.

(Y parecía que me encaminaban a las fronteras del infierno, por la puerta de una entrada que no se sale nunca. Escaleras y escaleras hasta allá en un camino sin retorno, como también dicen que son los caminos de los cielos. Pero yo confiaba —llanero y supersticioso— en ese destino superior que hasta entonces me daba salidas y entradas hasta del mismo infierno, aunque el portero fuera Morales, el diezmador de Venezuela. Y siempre llanero me repetía:

—Si hay entradas, hay salidas... nunca nosotros nos quedamos a mitad de camino).

Cuando yó me despedí de ellos se le saltaron las lágrimas á mi hermano Ramón. Yo, lejos de entristecerme le consolé diciéndole:

—No seas sonso Ramón... vida que Dios Guarda no la quita nadie...

Y seguí...



(De pasitrote pasé la bestia a volaterías para aprovechar en la trama de las patas de la yegua, el último vistazo a los sombreros de ellos que ya empezaban a esconderse entre las ramas. Me salí del camino y me embosqué entre mereyes y chaparros para descansar la bestia y darle aliento en las orejas y la nuca.

Le dije:

—Paloma, ricoamor, ternura, virgen de cuatro cielos en tus cascos veloces // aunque no era virgen y nunca confíes en una yegua virgen, así sea machorra//, devoción, ternura // y ella ponía oídos con sus ojos tristes //... sácame del malpaso, no me dejes, amor en la emboscada... ahora vamos a entrar al infierno y debemos salir juntos como entramos... no forrés si el viento cambia las aromas en tus belfos, no te dejes embobar por los caballos... no me extrañes si te tapo los ojos... dame tu corazón en la huida pasilargo.

Y arranqué raíces y tallos tiernos, aromáticos y se los dejé debajo del bocado del freno en un olor de siemprevivas muertas.

Le dije:

—Tendrás solo este olor de la confianza... deja para otro olfato los mastrantos —y la acariciaba en la garganta, exactamente donde ella esperaba mi mano y mi silencio.

Luego llevé la cincha a las argollas, miré la gurupera // la baticola como dicen en los llanos altos de Apure//, las arciones, los tientos de tres cuerdas, los estribos de cuernos chamuscados, y cuando me montaba le dije palmeándole el pescuezo y limpiándome las manos en sus crines sedosas:

—No me olvides nunca, yegua mía, que ahora te llamo para siempre Centella... Y volví al camino).

Yo temía pasar por el pueblo del Concejo, porque era una sola calle y podían cortarme por detrás. Pero llevaba formada la idea que si así sucedía y mi yegua se acobardaba, echaba pie a tierra con mi espada en la mano y moriría como Olivero. Pero como á media legua de este lado de dicho Concejo, en vez de asustarme me alegré, cuando topé con su mosca que venía con un plumaje colorado, en una bestia rucia mosqueada.

(Me dije:

—Este trae plumas, no se va a asustar, y aunque yo era catire las usaba a veces y mi contrincante era indio con un corte de pelo recién salido de la totuma afeitadora. Y rojas porque eran de gallos y seguramente gallero de muchas sangres chupadas. Y en silla chocontana recién tomada en el botín de las necesidades. Y él me veía con ojos de indio a zambo en la certeza de asustarme-blanco con su plantaje y con sus plumas).

Le pregunté:

—¿Quién vive?

Me contestó:

—España... ¿Quién vive allá?

—Patria...

(Nos examinamos España allá y Patria aquí de criollos con la misma patria bajo los pies, en unas separaciones de reyes y presidentes constitucionales o no— que poco comprendíamos los dos. Se le veían los dientes marrones del tabaco y la baba del aguardiente muerto unas horas antes en su boca.

España allá...

Patria aquí...

Y me imaginaba los tamaños y las distancias de las separaciones, donde mi bestia era más importante que mi vida o la información que buscaba Morales para dejarme patria-tendida y boca-arriba de una España tan lejos de sus plumas. Y medíamos nuestras posibilidades de victoria sobre intereses totalmente extraños. Pero en el fondo yo también quería su bestia y su plumaje rojo de hombre libre de España).

Ya yo tenía mi carabina preparada, puse el brazo izquierdo de mampuesto y le di candela al maruto. Formé la idea que si le pegaba caía para detrás, el caballo corre para delante y yo lo cojo. Pero cuando me vió el movimiento se agachó tanto que se le cayó el sombrero. El hombre no me tiró pero en el intervalo que volví a cargar, apareció otro bastante bárbaro en una bestia zaina pavona. Estuvieron secreteando y haló una carabina de gancho y me la disparó a una mano.

(Muy bárbaro de estampa y carnes moradas —en los betunes del onoto— sobre su bestia de pavas y quizás bueno con flechas o cerbatanas largas, pero de escasa o nula puntería en los fuegos de sus armas. Porque el tiro de su carabina apenas picoteó en el suelo de cuatro hierbas asustadas y se vieron salir por el cañón los bajeros prendidos de los tacos, por la falta de trapos viejos o papeles que ya se habían agotado en las proclamas. Le alcancé a ver una cruz blanca de yuca, semicurtida en el baile de las tetillas del caballo, y apunté sin santos ni ánimas precisos, pero sí con todos los héroes de la patria.

—Cruz-de-yuca, la muerte te la voy a crucificar en las caricias de esta bala. Y puse la carabina en las orejas paradas de mi yegua que en lo juntas parecían ventana).

Le volví a disparar otro tiro. Entonces oí las cornetas tocando pasitrote con toda páusa. Me resolví y les di mi hombro izquierdo y marché descuidadamente para probarles que mi gente estaba inmediata. Pero cuando una vuelta de camino me tapó, le dije á mi abogada Santa Rita:

—Me escapastes...

Y sofrené mi yegua para avisarles á los míos con tiempo...

(Yo los había emboscado en unas matas y me fui solo porque no quise arriesgarlos en un pueblo tan peligroso como ese Consejo de una sola calle. Me adelanté con mi yegua, mis cuatro tragos de anisado y mi Santa Bárbara en Santa Rita que nunca me ha quedado mal desde que ando en la guerra. Recién habían oído los tiros cuando llegué a escape y ya salían al camino en la seguridad de que la segunda detonación era mía, porque la oyeron nítidamente y lograron identificar mi arma. Apenas les dije:

—Gente de Morales...

Y me siguieron para cubrirme las espaldas... Pero ni con este movimiento confundí la gente de Morales. Pensaron que éramos el grueso del ejército, no al mando de Bermúdez, sino del mismo Capitán General Libertador que con el nombre de Bermúdez había tomado en persona a Caracas. //Yo siempre le había dicho a mis catorce que si teníamos que retirarnos ante una descubierta

enemiga debíamos hacerlo serenos, confiados para que se fueran con el engaño de volver al seno de un contingente mayor, capaz de envolverlos y destruirlos. Por eso le di irónicamente el lado izquierdo, obligando a la yegua tapada —mi Centella— a seguir un paso corto, de cabeza metida en las manos, para incorporarme seguro a un cuerpo de ejército mayor. Después les expliqué en las Cocuizas cuando me preguntaron porque no corrí al principio:

—En mis andanzas con los realistas las ordenanzas se referían a un escape asustado, si vienes solo de explorador o retirada digna y meneada en la bestia, si regresas a incorporarte a un cuerpo poderoso cercano, ya en despliegue de combate. Te decían:

—Véale el movimiento si se retira...

Y todo lo demás de la instrucción.

Y cuando logras cubrirte en el monte, en una vuelta del camino, le quitas el tapaojos a tu bestia y ella corre al encuentro del general si cada cierto tiempo le acaricias las crines).

Cuando este dicho mío, me avistaron los mismos que salieron á encaminarme. Vinieron á mi encuentro y me preguntaron:

—¿Qué hay?

Les dije:

—El enemigo...

—¿En dónde?

—Donde ustedes me dijeron que llamaban “Los Mamones”...

—¿Qué ha habido?

Les conté el resultado hasta oír pasitrote.

(Torrealba dijo:

—Puede ser la descubierta...

—Descubierta de nueve mil hombres, siete escuadrones y Morales —dijo mi hermano Ramón, que siempre andaba con Torrealba en estas polémicas.

—O derrotados de tres días —agregó otro oficial que apareció días después apoyado en el Guaire.

—Esa es la gente que nos busca —añade Torrealba—. ¿Cómo te saliste ante ellos?

—A paso corto con mi abogada Santa Rita y esta mi yegua que no cambio ni por tu caballo Veraíta...).

La yegua estaba al morir y yo no le había notado nada particular: no podía sacarle el freno, tan atarriliada así estaba. Pero pude salvarla con sangrías...

(Me dolía matarla: clavarle la lanza en la nuca // no podíamos disparar en el movimiento que hacíamos para que nos siguiera el enemigo en el engaño de llevarlos a Bolívar o a Cruz Carrillo, hacia la costa y remotamente a un Bermúdez medio loco y arbitrario, capaz de tomar a Caracas con escasa tropa de procedencia enemiga//. No podía ni siquiera imaginar las convulsiones de mi yegua en los pulsos. Y solo se sintió mal, casi muerta, cuando me trajo a la seguridad del campamento.

Pensaba en lo comprometido que me habría visto si a mi yegua le entran las convulsiones de la muerte frente al bárbaro emplumado de rojo, cruzeyuca, que antes de disparar su carabina de gancho la besó para dejarla en el péndulo de su pecho lampiño y sin camisa. ¿Cómo clavar la lanza en el lugar de mis caricias y las palabras de rico-amor que la animaron a sacarme del mal paso en una retirada honrosa? Las bestias se conocen más en las retiradas, en las derrotas, cuando ya sus fuerzas solo dependen del cariño del jinete. Uno habla de la nobleza de una yegua cuando ves que te falla uno de tus mejores hombres. Tu bestia no te abandona y te demuestra su fidelidad con la muerte...

Cuando Bermúdez me dijo:

—Toma la punta, Braulio...

Mi sirviente sangraba la yegua y ella ni se movía y Bermúdez la contemplaba. Le respondí su toma la punta de esta manera:

—¿La mato, mi general?

Él le tocó algunas venas, la cabeza, un casco adelante y otro atrás, le miró en el ojo abierto hasta donde comenzaban los azules, me preguntó por su hierro, y le dije otra vez su procedencia, su historia de yeguasoldado libertadora y me contestó:

—Esa yegua hay que salvarla...

—Yo creo que no hay tiempo para la yegua... No oyó mis palabras y prosiguió:

—Dio la vida por ti, Braulio... esa es una bestia de la patria. Sálvala. Ella no sabe ni de patrias ni de reyes, pero entendió los mensajes de tus manos...

Y yo se la di a mi sirviente para que se viniera con ella, sin forzarla y la yegua respondió).

Lijeramente ensillé un caballo que cargaba mi muchacho y que había cojido en La Victoria. Con la misma seguimos hacia arriba.

Cuando el ejército acababa de formarse en dicha mesa, llegó la guarnición que había quedado sosteniendo al enemigo. No pudo resistir aquel numeroso cuerpo más que una descarga porque venían á ocho de fondo. Pero allí nos estuvimos divirtiendo cinco horas que no fueron suficientes para verle el resto al enemigo.

(Un enemigo culebreante a lo largo del camino que parecía impulsado por un gigantesco velamen de polvo ya colorado a la puesta del sol. En las primeras horas comencé a contar las unidades: medía los hombres y caballos entre dos samanes distantes. Pero era interminable la columna y sonaron los primeros tiros con los moscas, y nos fuimos moscas más arriba a unas lajas protectoras. Disparábamos uno a uno, ininterrumpidamente, los sesenta y cinco hombres. Y como los sirvientes no alcanzaban a cargar a buen ritmo, pasamos diez hombres más a servir y sincronizamos los tiros por secciones. Después graneábamos otra vez, pero nunca dos veces en la misma formación. De esa manera no podían saber con precisión cuántos éramos, calidad de la gente, instrucción, moral y grado de bisonía de jefes y soldados. Por su parte el enemigo seguía desconcertado en tanteos y no enganchaba ni siquiera su primer escalón varias veces desplegado y recogido. Yo pensaba como oficial realista:

—Hay junta...

Y veía llegar otro oficial al parecer más resuelto, daba unos pasos hacia nosotros y reculaba a pasitrote cuando le picoteábamos las yerbas hasta las patas de los caballos.

En cinco horas no resolvían. Y yo le dije a Lucio:

—Compañero, mandaron a buscar a Morales, por eso no atacan. Además usted sabe cómo influye en la tropa una partida de derrotados.

Y Lucio:

—A quien lo pica macagua, bejuco le para el pelo...

—Pero yo creo que hemos abusado bastante y escasea el parque...

—Vamos a informar al general...

Y partimos).

A las seis de la tarde las milicias tocaron silencio.

(Torrealba me decía:

—¡Ah bestia buena esa yegua suya!... parece humana la bicharanga, por lo entendida. ¿Cómo supo que tú ya no estabas frente al enemigo?

Pero no pude responder).

Se apareció como a veinte varas distante de nosotros el general Tomás Morales, en un caballo rucio palomo, con un pantalón negro del ancho del ala de la coraza, y un garrote en la mano, y preguntó:

—¿Quién es el jefe de este ejército?

El mismo Bermúdez contestó:

—Francisco Bermúdez...

Le dice Morales:

Le prometo que á las ocho de la mañana ha de ser cojido con mis cazadores y mis granaderos...

Le contesta Bermúdez:

—Me parece tarde... cójame ahora...

Le dice Morales:

—No, no. Mi ejército está muy estropeado... Yo estaba á pié, sirviendo mi caballo de mampuesto. Le apunté con mi carabina al cuadril y le dije a Torrealba:

—¿Le tiro?

Me contestó:

—No, no. Ya tocaron silencio...

Entonces Morales se quitó el sombrero y nos hizo la venia. Acá se le hizo lo mismo...

A las siete de la noche, al toque de retreta, desbaratamos una casa, hicimos como 500 fogones para hacerles ver que estábamos en ranchería, pero con la misma alzamos pabellón y nos retiramos más hacia Caracas, pero siempre á una vista para entretenerlos, dando tiempo á que el Libertador pasase del Apure, que éste éra el interés.

(Bermúdez nos dijo confidencialmente —desde que estuvo seguro de la presencia de Morales en los Valles de Aragua— que el Libertador y Páez ya debían estar juntos, muy cerca en los llanos occidentales. Con nuestro movimiento le habíamos dado el tiempo suficiente para su maniobra. El enemigo, con buena parte de sus tropas, seguía una falsa ofensiva y su comandancia principal tomaba posiciones defensivas frente al Libertador.

Esas palabras de Bermúdez nos llenaron de orgullo y de confianza:

—Otra vez habíamos cumplido con la gran emboscada a cielo abierto frente a un poderoso enemigo).

De este lado del pueblo de San Pedro, en un lugar cómodo, nos volvimos á parar. A las quince horas de estar allí me vuelve á decir Bermúdez:

Braulio, vuelva á ir á vigiarme al enemigo...

(Pero yo iba y no iba por el camino en el alazano cachetón de cuartos traseros y rendidor. Me había fijado el barbuquejo en la nariz para no confundirme ni alarmarme con los hedores del moralaje invasor. Pero cuando se me soltaban las soguillas del sombrero, me bailaban en los ojos con la imagen de Morales y la mira en su cuadril. Yo supe que se dio cuenta cuando esperó un rato en los riesgos y luego saludo ceremonioso con su sombrero. Porque confiaba en la honradez de mi general Bermúdez y la disciplina impuesta a su gente. Yo sé que pensó en los dichos que corrían entre los realistas:



—Bermúdez no tira por mampuesto aunque tenga hambre...

—Bermúdez es un general-danta...

—Bermúdez es el hombre de las paradas, pero de frente...

—La tropa de Bermúdez no se sale de cuerdas...

Y para Torrealba ya habían tocado silencio y no se podía romper con un disparo. Ese silencio en campaña que solo se da para las armas, aunque las armas sean mudas o blancas de gritos de agonía.

Y mientras caminaba el caballo culón y me amarraba de nuevo el barbuquejo debajo de la respiración, volvía nítidamente Morales de blanco a dieces en el cuadril y el no obediente y sumiso de Torrealba ante el silencio de una corneta, que pudo ignorar, para dejar a mi carabina salirse de cuerda un instante, y lograr así el verdadero silencio que necesitaba la patria. Porque yo estaba seguro —y nunca se lo dije a Bermúdez ni lo discutí con Torrealba— que la mitad del enemigo se pasaba cuando matábamos un jefe y la otra mitad hubiera huido sin mayores cargos de conciencia.

La tropa estaba allá abajo y se veía lenta, cansada, quizás sin esperanzas o a la espera de su ración de carne solamente. Yo los veía con una resignación a seguir detrás de Morales porque no tenían otro medio para vivir y saquear. Y repartía grados que confirmaba o negaba el rey cada diez barcos que llegaban a La Guaira.

Y ese cuadril cuadrado y nítido en la mira untada de sebo de flandes para que una pizca de luz me la ilumine, se perdió en las alas y las plumas del sombrero.

—¿Le tiro?

Brisas y pájaros SI, cuando voy por el camino a descubrir sus movimientos un rato. Donde nunca más veré el cuadril en una segunda oportunidad para bajarlo de su caballo rucio palomo y ver caer su garrote de vera quemada, a lo mariscal criollo, que ya se siente grande de España.

Por eso me salí de la cuerda de la disciplina de mi general Bermúdez cuando grité a distancia de tiro a su primer mosca:

—¡Morales... dame la mierda de tu cuadril! Y lo tumbé todavía en el susto de mi grito. Uno anda en campaña y respira un código donde la muerte es lo principal.

—¿Por qué no podía matar a Morales después de silencio? ¿Existe algún acuerdo de Ginebra?

Hay que matar a Morales, muchacho... eso es importante saberlo también...

—Ustedes deben tener la segunda oportunidad)

En el Ejército andaba un joven de Santa María de Ipire llamado José R. Medina Mayorga, quien me llama aún amigo y quien después fue yerno de Torrealba. Dicho joven le suplicó á Bermúdez lo dejase ir conmigo, porque ese era su gusto. Bermúdez le concedió lo que pedía, diciéndole:

—Si se halla con ánimo, bien pueda ir...

(Porque ningún joven valiente se podía frustrar en la guerra larga que llevábamos. Él quiere merecer entre nosotros y hacerse de las dignidades que había venido a buscar en el ejército patriota. Me gustaba el gesto del muchacho y no era la primera vez que los más jóvenes querían venir conmigo. Y a veces hasta me pedían mi lanza para probar y yo se las prestaba con la condición de traerla otra vez victoriosa).

Aquí volví yo en dicho caballo alazano y Medina en un ruano. Como á las cuatro leguas subimos una cuesta de un repartimiento y alcanzamos á ver una humadera. Llamé á unos ancianos que estaban allí y les dije:

—Ustedes, como prácticos del lugar, díganme si aquello que se vé es polvo ó humo.

Me contestaron:

—Aquello es polvo, sinó, ganado ó tropa. Para que quede satisfecho, aguarde cinco minutos que van á salir á La Delicia donde se nota todo.

Dicho como hecho: empezaron á salir por compañías.

Yo cargaba la bandera venezolana enrollada en mi lanza, se la extendí y para violentarlos les disparamos dos tiros cada uno y nos volvimos á decir por donde venían.

(Pero no creas, la bandera creció gigante al viento y al muchacho se le saltaron las lágrimas y bailó con su caballo en un remolino de polvo que parecía un caracol pardo. La tropa enemiga sofrenó confundida. Y los viejos corrieron a esconderse con su carrera de ancianos vacilantes y nosotros reíamos alardosos y malagente mientras disparábamos. Y la brisa soplaba patriota la bandera en todas direcciones.

// Sin embargo, presiento que algo anda mal. Me siento raro. ¿Será miedo? —me pregunto desesperado. ¿Por qué esta inseguridad momentánea si todo está claro y hasta he descubierto dos caminos distintos por donde regresar?

Miro al muchacho a mi lado. Ríe y carga el arma alegremente. ¿Será real esa risa? Y allí encontré el origen de mis temores. Le dije:

—Cuando uno es mosca, no abusa. Y más si la misión es tenerlos a vista y traerlos detrás...

El muchacho, sin dejar de reír, trata de responder, pero le corté el habla con estas palabras:

—Aquí el único parecer es el mío —sin tonos altos pero en mi condición de jefe—. Dos disparos son suficientes para que entiendan nuestro mensaje de muerte: uno puede ser de miedo, un segundo es seguridad y confianza en nuestras fuerzas, pero un tercero es pendejada si no lo acompaña todo el grueso del ejército... esas son lecciones que no debes olvidar...

—Tiene toda la razón, mi capitán —y me besó la mano con humildad//.

Cuando regresamos, Bermúdez lo despidió con una palmada en el hombro, en un gesto propio de él, y me llamó aparte:

—¿Cómo se portó el muchacho, Braulio?

Yo le conté todo sin grandes halagos, pero con mucho reconocimiento:

—Es bueno y tiene condiciones, mi general —y veía su figura en el remolino de su caballo.

—¿Te parece que lo deje para mi guardia de honor?

Yo podía comprender mi propia risa frente al enemigo, pero me parecía extraña la de este muchacho, quizás un poco bocón ante unos riesgos tan dis-tantes. No sé... pero le contesté a mi general:

—¿No está muy jojoto todavía? Después de dos fuegos más puede gustarme. Con eso dejará de bailar el caballo ante el enemigo, en las payasadas que ya le conté... es demasiado valiente todavía para ser de su guardia de honor...

Bermúdez me miró, acarició la cucaracha de oro de la esclavina y me dijo:

—¡Ah Braulio!... yo quiero uno así, medio virgo en combate: no creas nunca en espalderos mayores de veinte años...

Y fue el mejor ayudante de mi general en esa retirada).

Entonces me dice Bermúdez:

Braul, aunque ya el Presidente sabe que venimos haciendo una retirada con honor, usted con sus catorce se va derecho á la casa de Gobierno y me le dice á Soubllette que yo me voi por fuera de la ciudad temiendo se embriague la tropa, que esta noche nós reunimos en la Ahullama. Y á todo el que encuentre á caballo convídelo á una retirada con honor y al que no quisiere, quítele la bestia.

(Y me dice Torrealba:

—Recuerda que mi general Soubllette es Presidente y Vuecencia...

Me dice mi hermano Ramón:

—Recuerda que es La Auyama...

Me dicen los ojos tristes de mi yegua rucia marmoleña, desde su convalecencia:

—Si no es con honor, quíteles las bestias en mi recuerdo de machorra...

Me dice mi sirviente:

—Recuerde que lo sigo a pie...

Me dice una de las mujeres que viene con la tropa con los ojos en el suelo de sus pies desnudos:

—Dile a mi marido que si no le pide pernocte a vuecencia, yo se lo pido a cualquiera antes de La Auyama. . .

Me dicen los ojos secos de la cucaracha de oro desde su esclavina:

—Convídelos a una retirada con honor...

Y así me despedían con palabras que a mí me parecían un testamento colectivo. Un no vernos más porque era una retirada con honor. Y cuando no había

honor en la retirada debía quitarles la bestia para que arrastraran los pies de la desvergüenza como un cualquiera y no como un hombre a caballo.

—¿Por qué esta larga despedida de tantas recomendaciones y cautelas?

Lo comprendí en la salida del campamento ya en las últimas vigías, cuando un soldado me dijo:

—Compadre Braulio, recuerde que soy de Santa María de Ipire...

¿Acaso quería decirme: dígales que nos retiramos con honor... y por eso no regresé?

Pero yo sonreía o gritaba algo divertido con unos deseos locos de mujer en La Auyama que no encontré nunca porque casi todas se habían ido a los montes, y entre ellas, muchas mantuanas disfrazadas de sirvientas.

Me empiné en la silla y les respondí a todos, aunque apenas podían oírme las avanzadas:

— ¡Hasta La Auyama, muchachos!...

Y le saqué dos patadas en el aire al caballo del sirviente cuando le toqué la verija con la lanza, mientras el Zambo me decía:

—Ese sirviente tuyo no le ha enseñado al caballo nada de particular).

Llegué á donde Soublette y cumplí estrictamente mi comisión. Ligeramente entro para dentro y sacó un cajón en la mano y dijo:

Antes dejo mi espada que esta prensa...

Y se la dió á un asistente para que la llevara. Mientras se preparaba, yó con mis catorce anduve algunas cuadras y reuní trece muías. Cuando volví a donde él, ya el enemigo venía á cuadra y media de distancia, en guerrillas, con los fusiles en balanza: nosotros salimos de la plaza de San Pedro hacia el Sur; cuando atravesamos cuatro cuadras buscamos la salida para Rio Chico. Á las 10 de la noche nos reunimos con Bermúdez; al amanecer le entregué doce muías y yo me quedé con una parda que valía 500 pesos; al fin se la vendí al capitán Arbeláis por un criado de quince años y un caballo escogido entre veinte.

(El criado se contentó porque Arbeláis era hombre duro, de muía, que gocheaba a las bestias en la oreja con el palo de su lanza. Y siempre recuerdo

cuando quiso agarrarse a la cola del caballo y llevarme la lanza y las espuelas porque así lo había acostumbrado Arbeláis —como los españoles—, en mezcla de escudero y esclavo, que nosotros cambiamos en la patria con el nombre de sirviente o espaldero. El muchacho estaba contento cuando se lo expliqué y le dije como conclusión:

—Nosotros luchamos por la libertad, hijo, y no podemos ser dueños de esclavos...

El Zambo me pregunta medio preocupado y medio irónico:

—¿Y qué vamos a hacer con ese cajón de vucencia que es mejor que su espada? Yo no le veo la utilidad en la guerra...

Le respondí:

—Hay que llevarlo con mucho cuidado... escoja una mula de paso fino... y que mi sirviente ayude la carga.

El muchacho, en su alegría por una verdadera responsabilidad, me besó el estribo. No me gustó y lo aparté con brusquedad, mientras le decía que aún estaba en los gustos de Arbeláis y en la sumisión de su gente.

Esa misma noche se lo conté a Torrealba. Me dijo:

Eso nos pasa a los recién venidos de la tropa realista: queremos patria libre y soberana, pero solo en el reconocimiento de nuestras propias soberanías sobre el caballo...

Yo me quedé mudo y mordí desesperadamente mi bola de tabaco, porque ya Torrealba, mi hermano de confidencias y sacrificios, se me adelantaba como un verdadero oficial de la patria.

Y cuando le dije lo del cajón de vucencia, el Presidente se tiró el sombrero para atrás, escupió lejos y miró arriba una hoja tierna del yagrumo:

—Esa es un arma moderna inventada por el Generalísimo Francisco Miranda, que en paz descansa. La mitad de la guerra la hemos ganado ya con “El Correo del Orinoco”. Esta maquina también trabaja con plomo como un fusil, pero solo dispara el papel y se queda con el plomo adentro. Cuando se acabaron o se pasaron los tipógrafos realistas, las cosas comenzaron a cambiar para la patria.

Yo sabía algo, pero no estaba seguro, y fue la primera vez que envidié a Torrealba en sus reuniones de Estado Mayor. Mientras yo andaba en la descubierta gozando de los montes, los pájaros y la diversión de los primeros tiros, Torrealba aprendía en el lenguaje nuevo al lado de mi general. //Después aprendí mucho y hasta sostuve polémicas con hojas sueltas, siempre en interpretaciones de la libertad. Y algunos estados mayores a los que pertenecí me enseñaron, con otros no aprendí nada, pero no eran ni fueron de la plana mayor de Bermúdez//.

Torrealba avanzaba y yo seguía lanza, caballo y vista adelante. Me preguntó por el cajón de vucencia y lo conduje hasta donde lo había dejado con el Zambo y mi sirviente. Preguntó:

—¿La carga va fácil y liviana?

Le respondió el Zambo:

—Estas no son muías de cajón, mi comandante... pero Braulio dejó su nuevo sirviente para ayudar...

Me miró, ¿nuevo sirviente?, y agregó sin esperar la respuesta a la pregunta de sus ojos: use colleras, y palmeó al sirviente

—Una prensa es hoy el alma de la libertad, muchacho.

Era un nuevo Torrealba. Hicimos la guerra a lo largo de siete años en las filas realistas y ahora me parecía desconocido. Quizás nos habíamos acostado con las mismas mujeres a lo largo de los caminos, juntos escupimos muchas tardes nuestro tabaco sobre las mismas hierbas, era más mi hermano que Ramón mi hermano, y, sin embargo, en menos de dos meses de patria juntos me había dejado atrás, en mis viejas ignorancias de realista.

Y para mayor asombro —ya sin imitar las eses de español silbante— con caída de llanero fantaseador me dijo con una gran sonrisa:

—Masque tabaco, hermano... los soldados y los tipógrafos saben mezclar muy bien el plomo y el tabaco en la saliva de la libertad...

Entonces fue cuando descubrí las risas de Bermúdez y Soubllette a mis espaldas y solo alcancé a decir:

— ¡Vucencias!

Y les presenté la lanza a lo largo de mi cuerpo, con la parte muerta en el corazón.

Me quedé entre ellos y por eso oí cuando llegamos a El Rodeo la lección más importante sobre la formación de un gobierno en campaña. Soubllette estaba preocupado de legalidad. No dejaba de hablar del enemigo numeroso que no nos daba descanso ni oportunidad para estructurar un gobierno en forma. Pero Bermúdez, muy serio, afirmaba:

En menos de dos semanas, la mitad de esa tropa será nuestra. Se pasará... ¿no es verdad, Braulio?

Yo contestaba un sí tímido entre los jefes, pero estaba seguro de esa verdad. Y Bermúdez se volvía iracundo con todos los huecos de la viruela en la cara: —Apenas hace dos meses, ¿dónde estaban Torrealba, tú y la mayoría de los hombres que forman mis dragones?

Pero Soubllette insistía en la formación de su gobierno. Y allí dijo lo que te conté al principio:

—Como la vanguardia patriota me ha nombrado presidente, el resto debe acatarme en donde yo instale mi Congreso.

Y Bermúdez:

—Ya le he dicho que el presidente es usted, vucencia, y todos lo acatamos. Mi problema es el ejército. Recuerde la dolorosa exposición del Libertador en Angostura. Aquellas palabras claves en la guerra: “Un hombre sólo no puede atender a la conservación de la paz y al ejercicio de la guerra, y un hombre solo difícilmente reúne las virtudes y los talentos que requieren el tribunal y el campo...”

Me miró y repitió las palabras para decirme al final:

—Recuérdalo, Braulio, si alguna vez haces la guerra por tu cuenta.

Le dije:

—Las recordaré, mi general...

Pero Soubllette insistía y dijo:



—Entonces aquí instalo mi Congreso...

—Usted manda, vucencia —respondió Bermúdez.

Y la cucaracha de oro se empañó las alas en los dedos de Bermúdez).

Cuando íbamos de aquí para allá le había yo cogido al Jefe de Caucagua, un comandante Ferrón, una muía rucia color de báquira, con todos sus aperos. Cuando llegamos a Caracas dice Bermúdez:

—Voy a hacer un patriota sin conocerlo...

Y le remitió la muía sin faltarle una pistola, con un teniente que se nos había enfermado y llamado Manuel Guerra, padre de Juan José Guerra Palma que vive en San Pablo //y quien ha guerreado mucho a mi lado //. Diciéndole:

—Monte en esta muía, vaya por Caucagua y entréguésela con esta carta á Ferrón, yéndose U. para su casa...

Y Bermúdez largo-Quijote caminó en un desplante de seguridad, en su teoría de que ya casi todos los enemigos empezaban a pasarse a la patria. Yo no sabía qué pensar. Y cuando se lo conté a Torrealba, me respondió:

—Ese Ferrón se viene. Cuando veníamos de Oriente hacia Caracas no se pasó porque todavía su palabra estaba empeñada con el enemigo...

Comprendí menos. Pero todos los días me iba al camino y esperaba sin descubrir el polvo de Ferrón y su bestia enjorada con una montura y unos aperos de plata.

A los nueve días de estar en “El Rodeo” se nos apareció Ferrón á quién conocí por la muía. Después que lo alertaron salí a recibirle preguntándole:

—¿Quién es a U.?

—Soy el comandante Ferrón —contestó—. Y vengo á conocer al general Bermúdez. Y espero que U. me presente á él...

Yo lo llevé á donde estaban los jefes... Dijo ahí:

—Hacen tres días que Morales regresó con el objeto de encontrarse con el Libertador, dejando dos mil hombres de guarnición al mando del general Pereira... pero de estos, quinientos dejó en La Guaira y otros quinientos llegaron anoche á Santa Lucía.

Entonces dice Soublette dirigiéndose á Bermúdez:

—Este es el plan para encerrarnos entre dos fuegos... corramos á destruirles la división de Santa Lucía, sirviendo de baquiano el mismo Ferrón...

Anduvimos toda la noche por una quebrada enmontañada. A las 10 del día salimos al camino real y me dice Ferrón:

—De aquí al pueblo hai poco más de una legua... yó me vuelvo para Cau-cagua asegurándoles que mi espada no se manchará con sangre patriota...

Nos despedimos, volví grupas y se lo conté a Bermúdez.

—Como usted dijo, lo convirtió en patriota sin conocerlo.

Bermúdez hurgó en las cañoneras de su silla y dijo casi con alguna emoción en su voz:

—Me dejó sus dos pistolas. Morillo obsequió a los oficiales del centro con ellas. Te regalo una como recuerdo de la pasadera. A ti, uno de los primeros, con Torrealba, que vino a nosotros por sus propios pies...

Y no la conservo aún porque se la regalé a Víctor Manuel Ovalles, cuando me dijo que no quería morir sin oír de nosotros, los sobrevivientes, nuestras impresiones de la guerra de la independencía. Para entonces quedábamos muy pocos vivos y él tenía una farmacia en Zaraza.

De Ferrón supe otra vez en la Guerra Federal, pero estaba con el gobierno. Y después lo conocí gobiernista siempre, como jefe civil o montando la prevención de algún jefe.

Entonces seguí yo en mi puesto. Cuando había andado como media legua alcancé á ver que venía uno corriendo con la vista hacia el suelo. Yo me detuve y me preparé. Cuando él me vió ya era tarde, y le dije:

—Si corres, te mato...

El me dice entonces:

—No tire que yo no corro...

Le pregunté:

—¿Para dónde vas?

Me contestó:

—Para mi casa...

—¿Y de dónde vienes ?

—Yo vengo huyendo de una emboscada que hay allí, que ayer me cogió.

Entretanto llegaron mis catorce. Hice desmontar á uno para que fuera detrás del hombre y regresamos á donde Bermúdez; éste lo examinó y le dice á un capitán Toro:

—Hágase cargo del preso, marche con su compañía y Braul con sus catorce detrás de usted vayan á donde el individuo diga que está la emboscada, prenda el monte aunque no vea nada...

Así lo hicimos, pero estos no se despidieron, salieron dando fuego en retirada hasta que se introdujeron en su ejército. Allí prendimos los fuegos en forma; a las 5 horas 8 minutos de batalla metió Bermúdez el antejo, y dice Torrealba:

—Esta la ganaremos por suerte... se encontró la columna de la Reina con la del Rey que se baten con música... (orden a Bermúdez):

—Yo con mi suego y Soublette nos vamos á parar á donde llaman “agua amarilla”. No mandaremos auxilio, cuando las guerrillas replieguen, ponga el batallón de reserva detrás y me manda á avisar.

Le pregunto a Torrealba:

—¿Cómo es esa o de la Reina y el Rey?

—Muy fácil, nuestra única Reina es la Libertad, Braulio...

Y agregó mirando el campo:

—A lo nuestro, vamos a matar ese Rey...

A la media hora de haberse ido estos jefes, me dice el corneta mayor:

—La guerrilla del centro pide auxilio...

Torrealba, que pocas eran las veces que no consultaba algo conmigo, me dice:

—¿Qué haremos, Fernández?

Yo, como temíamos de allá el triunfo, le contesté orgulloso:

—Aunque sin orden, sería bueno mandar por última vez...

Torrealba, que sin duda estaría algo desanimado, con voz queda les dice:

—Salgan veinticinco voluntarios...

Como no sabían de donde debían salir, se amorazaron. Esto no me gustó, salté de mi caballo y con voz fuerte les dije:

—De la quinta compañía del número 1° salgan veinticinco hacia mí...

Velozmente se movieron. Tengo presente que el primero se llamaba Clotilde Guerra, el segundo Silvestre Salazar; los mandé a desflorar paquetes y correr cartuchos. Yo no fui, pero le dije á un ayudante Carrera:

—Tome mi lanza é introdúzcame esta gente á la guerrilla del centro.

Así lo hizo. Después de introducida, en la primera descarga le reventaron una pierna á Carrera; pero no desamparó su puesto, sosteniéndose con el asta de la lanza. En el intervalo de la segunda descarga nos dice el corneta mayor:

—Tocaron á la bayoneta...

Los nuestros corrieron cartucho, pero el enemigo estaba tan fatigado que no lo corrió. Cuando llegaron á tiro de soga, los nuestros soltaron su descarga y tendieron la guerrilla hasta su oficial, un tal González.

Nos vuelve a decir el corneta:

—La ganamos: los nuestros tocan firme...

Entonces les dije yo:

—¡Esa caballería, lanza en mano! —y me les puse delante.

Pero no pudimos obrar como en nuestras llanuras por lo tarde y lo quebrado del terreno, pero nos posesionamos en el pueblo. Entonces mandó Torrealba á mi hermano Ramón á buscar los jefes, quienes vinieron á las ocho de la noche. Nos encontraron con catorce marranos hirviendo en unas pailas de hacer papelón...

(Mientras comíamos, Torrealba ampliaba su primer informe al Estado Mayor. Mi general Bermúdez exigía hasta los más insignificantes detalles. Cuando traté de levantarme para dejarlos en su libertad de Estado Mayor, Bermúdez me puso su mano en el hombro y me dijo:

—No te vayas, Braulio. Ahora analizaremos la batalla, esa es nuestra única escuela militar...

Torrealba contó al final su pedido de voluntarios y la confusión de la gente.

—Braulio me ganó —concluyó orgulloso de mí.

Pero Bermúdez intervino con cierta picardía en los ojos:

—Tenía que ganarte el Catire, por algo lo seleccionaron aquella vez entre mil y pico de dragones: por su porte y por su voz de mando.

Me revolví un poco incómodo y confundido por la alusión a la oportunidad de mi selección para la guardia de honor de Morillo, cuando era realista. Pero Bermúdez se dio cuenta de mi ánimo y enseguida aludió otra anécdota en las filas de la patria:

—¿Y recuerdas aquella vez que le cantó al artillero, en Guatire, poco antes de la toma de Caracas? ¿Recuerdas, Braulio? Y me hizo repetir aquella vieja batalla, ganada hacía pocas semanas).

El 12 de mayo á las dos de la tarde encontré dos criados del juez de Guatire, el señor Juan Félix Parra, que traían un oficio para Torrealba donde le decía que donde encontrara sus criados tuviese la bondad de pararse hasta su venida, para ponerse á la voz como conocido. Torrealba consultó con Bermúdez y convinieron la parada. A las 9 de la noche apareció el señor Parra con los mismos dos criados, lo llevé á donde estaban los jefes.

Nos dice:

—Las fuerzas que estaban en Caracas, que eran 500 hombres, han salido á toparlos y están posesionados en la altura de este lado del pueblo de Guatire, que por delante es imposible que los rompan. Yo vengo con la buena idea de introducirlos por dentro de estas haciendas, para que ustedes se apoderen de la plaza, que ellos tengan que regresar para la batalla y de esta manera puedan ustedes dar el triunfo...

Y confiamos todos en la buena fe de Parra. En el acto mismo puso sus dos criados delante, con machetes conuqueros para tumbar los limonares y abrir pasos en las sequias. Y marchamos toda la noche con las bestias en las manos. A las cuatro de la madrugada nos posesionamos en la plaza á tiempo que el enemigo tocaba su diana.

Le dice Bermúdez á la banda de nosotros:

—Tóqueme una diana venezolana más repicada que aquella...

Al amanecer del día 13, por el anteojo se miraban formados.

Dice Bermúdez:

—Si no nos atacan a las 8, a las 9 los peleamos. Dijo Torrealba:

—Mire á ver con qué nos desayunamos...

Velozmente bajaron á los trapiches y trajeron cuatro yuntas de bueyes. Los desnucamos y no hubo tiempo para desollarlos. Me dice Bermúdez:

—Braulio, dígale á Torrealba que se deje de comida, que mande á abrir dos cargas de pertrecho y se venga, que el enemigo viene marchando en columnas de á 8. Y usted se vuelve a venir...

Diciéndole al primer capitán Bardonado que saque 50 hombres y vaya á encontrar al enemigo. Este valiente oficial desnudó su espada y dijo:

—¡Mitad de compañía! Abrir cartucheras, desflorar paquetes y correr cartucho —y se puso a la cabeza como cinco varas delante.

No pudo resistir más que tres descargas y tuvo que venirse dando fuego en retirada.

Entonces dice Bermúdez al artillero:

—Liscano, salve Ud. á Bardonado y de le fuego á la columna.

Recuerdo que alzó una sola cuña y prendió. Por salvar á Bardonado se salvó el capitán de ellos, de apellido Albornoz, que en pocas horas después lo hicimos prisionero, pero desde su espaldero para atrás le tumbamos dieziocho, todos por la frente. Entonces replegaron en guerrillas y nos encierran á tres fuegos.

Le dice Torrealba a Bermúdez:

—General, sangre el cuerpo...

Le contestó:

—No, no, déjeme darle ánimo á mi tropa... Y le echó un ajo al artillero y le dice:

—Dispare Ud., no arrase que le dá ánimo al enemigo...

Graciosamente le contestó:

—Mi general, un cuerpo tan grande déjelo echar una quebradita...

No pudimos menos que sonreímos. Entonces le dije yo:

—Dése tono, hombre, que se diga artillero que con arrogancia te mantienes al pié de un cañón.

A las nueve horas de batalla vuelve Bermúdez á decirle al artillero:

Cargue de metrallas y destrúyame aquel fuego que me sale de aquel guatacaral...

Á los tres disparos de cañón volvió á meter el antejo y me dijo:

El enemigo vá en derrota, llevan los fusiles por las trompetillas. Monte á caballo y síganlo.

Salió conmigo un escuadrón de 90 hombres é hicimos prisioneros á setenta-seis. Les dijo Bermúdez:

—Muchachos: ¿quieren irse para sus casas o seguir la libertad?

Le contestaron:

—Seguir la libertad, mi General...

Les dijo:

—Hijos, ustedes deben estar muy estropeados. Soy de parecer que se vayan para sus casas y cuando descansen la seguirán. No tengo comida para tanta gente, yo los he batido con mi manguardía. Mi ejército llegará aquí dentro de tres días. Reúnanse los de cada pueblo, para darles libre pasaporte, por si acaso encontraren gente de la mía no tengan ningún trastorno.

Y puso tres secretarios á escribir y él á firmar. Á las seis de la tarde los despachó. Entonces llamó al señor Parra y le dijo:

—Nosotros nos vamos sin revisar el campo de batalla, debemos llegar mañana á Caracas, antes que los derrotados; usted al amanecer lo revisará, al mal herido lo matará y los que puedan salvarse los hospitalará y los mantendrá con el pueblo.

Marchamos sin comer, toda la noche. Nos amaneció en el pie de la cuesta de Ahullama. Esperé á mis catorce compañeros y les dije:

—Esperen aquí el Ejército, yo voi á la cumbre á ver un algo.

Llegó Bermúdez y que preguntó por mí y le dijeron que estaba en el cerro á ver si vigiaba, y que dijo:

—Bien hecho. Vamos allá, Torrealba.

Y marcharon ellos dos con sus espalderos.

Aquí supo que Ramón, espaldero de Torrealba, era hermano mayor mío.

Dice Bermúdez á Torrealba:

—¿Ramón será de las fibras de Braulio?

Le dice Torrealba:

—General, son hijos de una misma madre...

—Mire que ayer pasé la batalla mui divertido con Braul, en nueve horas no le noté cobardía alguna, antes por el contrario, porque yo reprendí al artillero, él lo animó con una canción...

(El mismo Bermúdez comentó con una de las pocas carcajadas que le oí en aquella campaña:

—Ahora en Santa Lucía no le cantaste a Torrealba, pero se te oyó la voz de mando, muchacho...

Yo dije tímidamente:

—La táctica fue de Torrealba, yo sólo presté la voz para ejecutarla...

Y Torrealba comentó:

Cuando uno sale del despotismo y quiere mandar con suavidades en nombre de la libertad, la patria se le cae de las manos.

Y nos bebimos todo el anisado de Antonio cuando mi general propuso un brindis por la patria.

Bermúdez me dijo aparte:

—No hemos revisado el campo, Braulio... ahora comienza la peor noche para la tropa.

Cuando se apagaron las voces del campamento todo se fue llenando de agonías, de quejidos, de ayes moribundos).

Hasta ahora no he visto otra noche más tremenda. Como no hubo lugar de revisar el campo, había muertos atravesados en las quebradas. No se oía más que un continuo clamor. Unos me decían compadre. Otros, primo Braulio... mándenos un poquito de agua. Otros, coronel Torrealba:



—No nos vaya á dejar como á los de Guatire...

Oyendo tantas lamentaciones, dispusimos poner en ejercicio la séptima Compañía para que asistiera á los heridos.

Cuando amaneció, puso Bermúdez la octava Compañía al mando del doctor Cadena, con la disposición de que el que pudiera salvarse, hospitalario, y al mal herido, matarlo. Así lo hicieron y salieron por mitad. De los muertos hicieron tres pillotes, los echaron entre unas zanjas y los prendieron como leña.

(La población decía por mucho tiempo que se les pegó el tufillo de carne chamuscada. Y oían las frituras humanas en las noches. Y no podían comer con tranquilidad porque la brisa había suspendido las cenizas, y los alimentos tomaban un sabor a muerte, que luego daba carrasperas y catarros. Pero era una leyenda: las cenizas de los muertos no se levantan nunca y se adhieren a la tierra, con la grasa. Sin embargo, si alguna vez has quemado, por muchas semanas rechazas la carne asada que sólo pruebas cuando ya el hambre te hace imposible los escrúpulos.

—Y no es que uno sea de estómago y de corazón delicado, muchacho...

Yo sé que los zamuros vienen y bailan muy cerca de las llamas, esa danza zamureada de la muerte para procurarse un bofe, un corazón morado, unos ojos abiertos en el blanco, o los intestinos negros de morcilla, difíciles de acabar en la primera quemada. Y cuando luego ves algún zamuro triste, se te revuelven las entrañas.

Y tienes que dejar guardia en las hogueras. Y nadie quiere cuidar aquellos tristes fuegos en los cuerpos, vivos unas horas antes y que te ofrecían la sonrisa de su escuálido tabaco. A veces en la guardia alguien enloquece y hay que fusilarlo porque quiere probar la carne asada de alguno de los valientes de la partida. Así la locura los lleva a la antropofagia guerrera de comerse el pulgar o el índice de un camarada de infalible puntería o de larga y pesada lanza. Y también había que cuidar a los españoles porque aún en la hoguera de humos ocre, en el odio los lanceaban para que se consumieran antes que los nuestros.

Yo iba en el camino adelante, con una garra de tomillo en el barbuquejo debajo de la nariz y, sin embargo, no veía otra cosa que los huevos del español

reventados-chicharrones, en las mínimas explosiones que produce el cuerpo humano cuando quema.

//La última quema data de este siglo. Fue en Apure, el 20 de mayo del año 22. Tú no habías nacido. Y después no se quemó más, pese a que somos el país de los quemadores, los inventores del mechurrio para que se consuma la riqueza//.

Olía mi tomillo y los cuerpos se mueven en las llamas como si trataran de resucitar, parecen vivos, ¿o el fuego les da ese último aliento?

Torrealba se adelanta y coloca su bestia a mi derecha. Cabalgamos un largo trecho en silencio. Yo le ofrezco tomillo. Y él me dice:

—Me gusta más el limón —y me muestra uno verdoso, brillante y de seda entre sus dedos.

Y esta no es la primera quema que haces.

Después de una legua, Torrealba acerca más su caballo:

—¿Recuerdas nuestro compromiso? —me pregunta con la vista siempre adelante.

—Sí...

Muy débil porque siguen las llamas en mis ojos.

—¿No me estarás engañando, Braulio? Ramón no se atreve. Ya me lo dijo claramente...

Yo le repito lo que hemos hablado tantas veces:

—Te remataré... si tú me rematas...—Pero no remataste a tu compadre...—Ni tú al tuyo... y estamos en paz...).

—Te repito, muchacho... brindo por la emboscada...

Y entonces sí me atrevo a decirle lo que pensaba:

— Brindo... emboscada, mi amor, ¿cuántas veces te he fallado?

Y él me mira con una gran tristeza en los ojos.

Huele a carne quemada y los dos tenemos hambre...

Ahora te acoges a la pacificación y andas por allí en las calles del sin trabajo donde empiezan todas las guerras. Te desesperas y me muestras tu pañuelo ahíto en la grasa de las frustraciones de tu cara. Antiguos amigos antes te daban para hacer la guerra, ahora no te dan trabajo y tu paz se desvanece en los fracasos. El mundo se te pone del tamaño de tus iras unos instantes. Y acaricias, cuando regresas a casa, la pistola que querías vender con todas sus historias. Pero ningún ejecutivo comprador de souvenir quiere tener en la pared esa reliquia, en el año de la pacificación.

//Ahora recuerdo mi lanza y la cara de mi mujer cuando la amolaba y repasaba, con los ojos y la boca llenos de mala intención//.

—Te lo he contado todo, muchacho...

Yo quiero meditar en voz alta contigo. Me nace decirte en este instante, sin otra intención que buscar un punto de partida:

—Tú buscas trabajo, ¿pero qué has hecho en los últimos veinte años? ¿Cuál fue tu verdadero trabajo? Hoy vienes a desempolvar los títulos, las profesiones, la capacidad para otras actividades. ¿Quién puede creerte?

Pese a todos los títulos, te preparabas solo para la guerra, ¿acaso no te amarrabas las manos y los pies para nadar? ¿No dormías en el suelo pelado al lado

de la cama o el chinchorro? ¿Hacías o no hacías vida de campamento en tu propio hogar? ¿No te jactabas de beberle la sangre a un toro? Y dormías con los dedos metidos en los huecos de una calavera humana. Y templaste tu cuerpo y tu espíritu en todas las resistencias, sin ascos ni escrúpulos.

Te ensañabas contigo en las pruebas de aspirante a guerrero, es cierto... abandonabas la mujer y los hijos con el dolor metido en los huesos de la ideología... y cuando querías, evitabas —cachorro de violencias— las caricias, los amarres humanos del hogar con los hijos tiernos que siempre querías tener en la prisión, para rechazarlos a la hora de la partida... ¡Cuánta paz necesitas, muchacho! Tú quieres regresar a la vida que rechazas. Y la sociedad no te acepta... Quizás debes volver a anotar en tu voluminoso libro de las frustraciones. Escribir allí todo eso que se sufre en la soledad de uno mismo.

¡Y cuánta soledad te has dado sin disfrutes!

No te aisles ni te pongas las máscaras del juego triste de la risa para vivir sólo hacia adentro en el espíritu maldito... estás vivo, eso es lo importante...

Y para no acabarte, debes aceptar el sistema, aunque sea temporalmente, pero sin las vergüenzas que descubres en cada uno de tus pasos. No aceptes tus vergüenzas en la frustración de los roñes, si sabes que todo es temporal, moribundo para dar paso a otros nacimientos.

// Yo me fui con mi caballo solo un día, con la idea de quedarme entre los indios. Me dolía de mí mismo cuando me sentí sobreviviente de mis propias hazañas:

—Debí quedarme muerto cuando tomamos Caracas...

Y ni los indios me entendieron porque era un extraño que andaba entre ellos sobre mi caballo. Y volví semanas después, con otra derrota. Y acepté de nuevo la impotencia de quedarme en casa en la caricia estéril de mi lanza, la mujer, mis hijos y los gallos. No me encontraba nunca, ni siquiera en mi propia soledad. Aunque tenía los gallos antaño un trabajo independiente y honorable en las galleras.

Y así descubrí que uno no tiene posibilidades de evasión//.

Tú vienes de tus derrotas con algo más de lo que yo podía traer de mis derrotas. Pese a la ventaja de venir siempre con mis catorce cargados de viejos heroísmos. Ustedes vienen ahora solitarios, cada uno en el descubrimiento alucinado de su propia derrota. Yo nunca regresé solo, porque siempre me acompañaban mis compañeros de armas. Y ustedes vienen por caminos distintos de los desastres donde prevalece la anarquía.

—¿Hacia dónde van? ¿Qué encuentran al regreso?

Hay muchachos que salieron alegres, llenos de juventud hace quince años. Y ahora regresan viejos, huraños, extraños, a tratar de lograr una reconciliación en el hogar paterno.

El mundo siguió, como me lo dijiste al principio.

Ahora hay quienes te aseguran que lo revolucionario es pasar La Hora de los Hornos en un barrio o provocar un cierre de la universidad para no darle profesionales al sistema y ahogarlo en la ausencia de técnicos y ejecutivos. Un hippismo revolucionario que no entiendes y esa incomprensión te lleva al pasado jactancioso, cuando dices:

—Antes no permitíamos una patrulla de la Metro ni un espaldero ni un policía en la universidad, porque se iban desarmados y escupidos, temblorosos y pálidos ante las muchachas.

Pareces hombre serio y maduro y no eres uno de los muchachos, pero tienes ganas de serlo ante ellos, que creen que la universidad es el mejor lugar para prender la mecha de la revolución. O como decían ustedes cuando empezaron hace algunos años: la universidad es territorio libre de Venezuela, como Cuba es territorio libre de América.

—Porque te gustan ellos. Pero no comprendes los nuevos argumentos que animan su violencia. ¿Acaso no son el desarrollo de aquellos que tú mismo inventaste cuando buscabas los mejores razonamientos para una declaración de guerra a muerte al sistema?

—Pero lo grave es que la mayoría de los muchachos de hoy son héroes frustrados. En los liceos, en la universidad, en las calles parecieran buscar algo. No

sé si tratan de jugarse el resto de vida que les quedó de la guerrita y quisieran acabarla en cualquier aventura. Yo no los admiro como tú, los comprendo. Para ellos no se ha acabado el mundo después de la derrota, pese a lo falso de sus concepciones. Son así, sólo para sobrevivir, para no morir en la nada de la inacción, del quedarse en casa donde ni comprenden ni los comprenden.

Ellos son antisistema para sentirse renacer y nada más.

—Compréndelo, es la mejor manera de quererlos.

Lo importante de aceptar el sistema es saberlo rechazar a tiempo y no quedarse en él toda la vida. Pero es peligroso aceptarlo y enviarse en su modo de convivencia. Porque el sistema ablanda, enseña el consumo de la cerveza fría en las comidas y el cobro a fecha fija con sus juegos de bolas o dominó, y la playa para quebrar el sol en los grandes lentes negros, y la mujer recién salida del baño a hora fija.

El sistema agarra, tritura y somete mientras ocurren grandes debates en tu conciencia que te llevan a la locura. Y no sabes la hora de irte o quedarte en casa en los disfrutes. Pero los sistemas no son eternos mientras tú no los aceptes como tales. Y tanto ha nacido la humanidad como sistemas han muerto.

//Yo recuerdo a Páez cuando Tiscar. El pobre andaba malojo y sin gente, pero todavía patriota. Y Tiscar quiere ganado y Páez es el único que puede lograrlo en esos montes. Y acepta la orden, pero huye cuando puede, aunque le deja los novillos para muchos meses de carnear. Se sometió un instante en plena guerra y no se avergüenza ni se frustra porque lo cuenta en su autobiografía. ¿Páez se iba a dejar matar por unos cientos de cachilapos? Cuando huyó, los soldados de Tiscar lo dejaron ir e inventaron el viejo cuento ante los realistas:

—Aquel de hacerse el agua mansa...

Hay momentos, muchacho, para el agua mansa y para las tempestades que cargamos por dentro. No siempre debemos reaccionar con una tempestad en el pecho//.

Me dirás:

¿Quieres convencerme de un sometimiento al sistema?

En este instante yo soy la guerra y la paz en Venezuela. Si me ves los ojos solo encontrarás huellas de mis combates. Pero me he llenado el espíritu con los míos y los de todos mis compañeros de armas. Por eso quiero dejarte algo bueno esta noche en que los héroes me iluminan.

Porque esta noche no soy solamente Braulio el adelantado: Bermúdez y Soublette están aquí, Torrealba y Rondón nos miran desde sus sombras, Páez está allí y Bolívar pasea sus ideas y su largo sable por todo el ámbito. Yo oigo sus pasos, sus voces, el relincho urgido de sus caballos, las estrellas de sus espuelas, bajo aquel sol que siempre anduvo con nosotros en las derrotas.

De ellos he recibido el mandato de encontrarme contigo, para que conozcas de nosotros no solamente las audacias, la impaciencia de patria, sino la angustia de esperar las horas, los días, los años necesarios para convertir las derrotas en victoria. ¿Cuántas fueron nuestras derrotas? ¿Cuántas emigraciones a todas partes con la impedimenta de las familias?

(En una de estas emigraciones —no se sabe hacia dónde—, un hijo menor de Zaraza se cayó de su cabalgadura. Zaraza no lo encuentra en una de sus recorridas a lo largo de la caravana. Cuando lo ve tirado en el camino, llegan los realistas y lo toman como único trofeo de guerra. Y Zaraza no puede pelear por un hijo sin comprometer toda la partida. Y espera con dolor. Y el jefe realista trataba de obligarlo a decir:

— ¡Viva el rey!

Y el niño contestaba siempre:

—Yo no puedo decir eso porque mi papá dice: ¡Viva la patria!

Y todos los llaneros realistas reían de la ocurrencia.

Ni un hijo nos hacía perder la calma: salvar el cuerpo y esperar. ¿Cuánto tiempo? Muchos de los llaneros que oyeron el comportamiento de aquel inocente se pasaron después a Zaraza y guerrearon a sus órdenes hasta la liquidación del despotismo español).

En ustedes prevaleció siempre la impaciencia. Cuando tienen cinco o seis oficiales del ejército los lanzan de inmediato a la toma del poder.

—Porque ustedes hablan así: poder, poder, poder... Y caen presos y les liquidan su carrera militar, casi siempre sin disparar un tiro.

Y el militar también se vuelve impaciente en la conspiración revolucionaria. Ya está incómodo en el cuartel y le surgen complejos de culpa al descubrirse sostén armado del infierno.

Eso fue Carúpano y Puerto Cabello en los grandes entierros de una posibilidad real revolucionaria que no dejaron madurar.

Se quemaron esos militares y mucho del futuro porque los oficiales comprendieron que en esas conspiraciones solo perdían sus profesiones y después de la prisión tenían que salir a inventarse otra en la calle como civiles desadaptados, torpones, a empezar otra vez.

Igual ocurre cuando logran una mayoría momentánea en un sindicato importante. Saben que es temporal y circunstancial y lo queman todo en jornadas aparentes e irreales:

—¡Huelga! —dicen en la euforia de creer como hace cincuenta años en la huelga como algo infalible.

Huelga, eso es lo importante. Y en quince días de huelga se quedan sin nada.

Parece un juego de niños, un gozar la emoción de un instante, en la concepción de que el otro instante —cualquiera que sea— no interesa. ¿O hay cerebros que funcionan y planifican mejor unas situaciones para que tú respondas de tal manera que permitas tu propia liquidación? ¿A eso obedece ese entregarse al detai, donde lo importante es la acción pequeña, menor, por la acción misma, como en un entrenamiento fantasmal?

¿Lograr cierres en liceos y universidades?

Así regresan los jóvenes a sus hogares o a las aceras alrededor de una guitarra, un pito o una flauta dulce, con las muchachas alrededor que admiran tu roído bluyín.

Hoy no importa la coherencia, la planificación, ese saber a dónde vas. A muy poca gente joven inquieta hoy los pasos que da.

Ustedes, quienes andan por allí en la pacificación buscando trabajo, viven hoy un ratón revolucionario. Tienen la resaca —como dicen los realistas— de



una borrachera de aventuras pasadas y no logran la calma. Muchos jóvenes hoy lanzan la consigna de que andan en algo. ¿Qué? Nada, señor... algo, cualquier cosa, no importa qué...

Y quienes no se fueron contigo aquella vez se repartieron el mundo, y tú llegaste tarde —con la pacificación— a la repartición.

Te rechazan arriba y abajo las generaciones. Interrumpes un proceso que ya culmina en los dos sentidos: arriba a tratar de lograr la comodidad o los millones, abajo a llegar a la más baja condición humana dentro de la dignidad del ocio.

Esa es la tragedia. Y por eso te aíslas, te retiras, te impones leyes que pueden llevarte a la locura.

¿Comprenderás si vuelvo a Bermúdez?

Bermúdez, cuando reunió ochocientos hombres, con armas diversas y de procedencia enemiga, hizo la campaña de Caracas. Pero no fue un movimiento táctico aislado, de loquito, sino como parte de una estrategia. No dijo:

—Vamos a tomar a Caracas... a ver qué pasa, muchachos. A encontrar un algo...

No. Ese no era el planteamiento. Bermúdez viene con nosotros a Caracas en un plan de batalla elaborado pacientemente, en desplazamientos en líneas exteriores. Y no en una campaña para culminar en un combate simple de cuatro muertos y cuatro retiradas. Éramos un escalón táctico de la estrategia del Libertador.

—¿Pero cuándo fueron ustedes escalón táctico? ¿En Carúpano, con aquella idea falsa y delirante del bastión revolucionario, ante la conspiración reaccionaria? Se les murió en las manos del fantasear...

—Carúpano fue tu última ilusión. Tal vez tu último esfuerzo irreal en el camino del poder...

Ahora vuelves los ojos a nosotros. Allí está Bolívar, ese gigantesco símbolo de poder. No bajará de ese caballo de bronce nunca más. El ya está allí, en el centro de la Plaza Bolívar.

Yo toqué sus estribos una vez y, en la euforia de su cercanía, le grité:

—¡Libertador, tú debes montar en una bestia que yo amanse!

Esa ingenuidad me nació en su presencia, al contacto de sus pequeños y gastados botines.

Y me dijo:

—No olvides la promesa... espero esa bestia en El Rosario, envíala al Congreso. Porque si con esta hemos podido llegar a Caracas, con una tuya llegaremos hasta el Alto Perú...

Y me hizo caballero del Ejército cuando me tocó en los hombros con su sable dos veces...

Yo quiero darte mi lanza bañada de plata, muchacho... en nombre de Bolívar y de mi general Bermúdez. Un día la debes sacar y gritar podrido de ron y heroísmos:

—¡Viva la patria!...

Y puedes estar seguro que tendrás a Braulio Fernández en tus manos, en tu corazón, en tus sueños.

—Toma mi lanza bañada de plata...

La beso y luego nos abrazamos en la Plaza Bolívar. No es muy tarde, pero el policía nos mira mal. Quizás piensa que el homosexualismo se prolonga más allá de los años centenarios. Y yo le digo a Braulio en el oído:

—Tú serás nuestro candidato a la presidencia de la República, viejo...

Pero él me mira con ojos extraviados, en un blanquear que ya conozco para sus ironías:

—Tanto has entrado en el sistema que hasta tienes candidato... muchacho...

Me abraza de nuevo, pero el rolo del policía nos separa bruscamente, con duras y patrióticas palabras. Policía —celoso de la memoria del Libertador:

—¿Van a seguir faltándole el respeto al Libertador?

Braulio se ríe como nunca lo había hecho hasta entonces. Parece volver a la juventud y el policía ya es una fiera cruz de yuca amenazante con el rolo a la altura del sable del Libertador. Y trata de golpearme en la boca como un

zángano y sodomita. Pero yo tengo la fuerza de la lanza de Braulio y lo golpeo y cae mientras le digo:

—Este es un héroe, señor agente.

Y el policía no oye. Y Braulio, para que no use la lanza, me dice:

—Corre...

Y empiezan a sonar los pitos...

Escapamos del policía. Pero yo no quiero despedirme en Sabana Grande. Tomo a Braulio Fernández por el brazo, compro unas flores y le digo:

—Vamos a mi casa. Yo quiero que conozcas a Beatriz, mi mujer.

Hay muchas luces y carros todavía. Braulio está callado, casi se desploma por el esfuerzo sostenido, pero siento la fuerza de su mano cuando me dice:

Vamos a la Plaza Bolívar otra vez... es en la única parte que puedo comunicarme contigo.

Yo pienso en el policía caído y en mi mala intención de esos instantes con la lanza. Pero él insiste:

—Debemos buscar el último mensaje revolucionario de los Libertadores... no las últimas palabras que dijeron.

Y aunque me atormentan todavía las luces y los ruidos de los carros, oigo perfectamente sus palabras:

—Saca la lanza, bésala: el mundo no se acabó... algún día volverás a encontrarte...

Beso la lanza... y él insiste:

—Yo estoy seguro que será cuando sueñes otra vez...



**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-7301-83-1

**DEPÓSITO LEGAL**

DC2021000735

**CARACAS, VENEZUELA, MAYO DE 2021**



La presente edición de

**TOMA MI LANZA BAÑADA DE PLATA**

fue impresa

en los Talleres

de la Fundación

Imprenta de la Cultura

durante el mes

de mayo de 2021,

año bicentenario

de la Batalla de Carabobo

y de la Independencia

de Venezuela

La edición

consta de

10.000 ejemplares

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Toma mi lanza bañada de plata** Un joven exguerillero a quien creían muerto en acción tras su regreso se encuentra con que ha sido doblemente excluido: ya no encaja entre sus amigos y nadie quiere darle un empleo. Además, a nadie le ha importado lo que ha hecho. Deambula por las calles presionado por el temor a ser apresado y por el agobio de una vida sin propósito. Un día se topa con Braulio, hombre de edad imprecisable, que lo invita a sentarse en su banco predilecto de la Plaza Bolívar y le tuerce la mente: “No se viene con miedo de la guerra, muchacho”, le dice. Y comienza a hablarle de su propia experiencia en otra guerra, una donde él conducía una avanzada de catorce jinetes a la orden del general Bermúdez, que atraían al enemigo a la trampa mortal de sus lanzas. Así, sin que sepamos bien cómo, la novela nos va llevando a un extraño viaje de ida y vuelta en el tiempo, que pasa de una época a otra y reúne a estos dos seres tan distintos en un mismo destino: la patria que aún no han logrado hacer. Corre el fin de los años sesenta en Venezuela y ahí, en ese lugar de Caracas, el muchacho y el hombre maduro comparten la misma inquietud, tal y como están las cosas, piensan: “Esto como que necesita otra guerra”. Y Braulio le entrega al joven la lanza bañada de plata que un día le arrebató al propio Pablo Morillo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

